
EL AÑO QUE LLEGÓ
PUTIN
La Rusia que acogió y catapultó a un desconocido
ANNA BOSCH
CATARATA



EL AÑO QUE LLEGÓ
PUTIN
La Rusia que acogió y catapultó a un desconocido
ANNA BOSCH
CATARATA

Índice

INTRODUCCIÓN

PARTE I. ÉRASE UNA VEZ AGOSTO DE 1998

1. "CUALQUIERA, MENOS MOSCÚ"
2. ANTECEDENTES
3. LA PERESTROIKA

PARTE II. EL FINAL DE LA ERA YELTSIN

1. ENVIADA ESPECIAL AL *CRACK* DEL 98
2. HERENCIA SOVIÉTICA: UpDK
3. ASCENSO Y CAÍDA DE YELTSIN
4. MOSCÚ, 1998-2000
5. LOS NUEVOS RUSOS
6. LOS VIEJOS RUSOS
7. NO LO LLAMES PROSTITUCIÓN
8. ELLAS, LAS MUJERES
9. CUESTIÓN DE FE
10. EPISODIO NINOTCHKA
11. IVANOV
12. UN PAÍS, DOS SISTEMAS
13. APRENDIENDO RUSO
14. ALÍ BABÁ Y LAS CUARENTA ADUANAS

PARTE III. EMPIEZA LA ERA PUTIN
1. HAY QUE ACABAR CON EL CAOS
2. OLA DE ATENTADOS. LA VIDA NO VALE NADA
3. RIAZÁN

4. RIAZÁN CON PERSPECTIVA
5. EFECTO 2000
6. WHO IS MR PUTIN?

PARTE IV. CHENENIA
1. ‘EMPOTRADA" EN EL EJÉRCITO
2. 23 DE FEBRERO
3. LA DIGNIDAD DE LOS REFUGIADOS
4. MOZDOK
5. JANKALÁ
6. GROZNI
7. LA CHARLA CON EL CORONEL
8. MANO DURA
9. MIS ENCUENTROS CON PUTIN

PARTE V. EL KURSK: HECHOS Y METÁFORA
1. EL KURSK Y SU METÁFORA
2. ORGULLO Y HUMILLACIÓN
3. ALERTA, SALTA LA NOTICIA
4. MURMANSK
5. DE CACERÍA PARA EL *TELEDIARIO*
6. MADRES Y ESPOSAS CORAJE
7. DESENLACE DEL KURSK

PARTE VI. PUTIN CON PERSPECTIVA (2000-2022)
1. SOTOGRANDE, 2001. OLIGARCAS
2. PUTIN CON PERSPECTIVA
3. НЕ ЗАБЫВАЙТЕ РОССИЮ (NO OLVIDÉIS RUSIA)

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

ANNA BOSCH

Es periodista de Televisión Española (TVE) especializada en información internacional. Fue corresponsal en Moscú en el cambio de milenio, en los últimos años del presidente Borís Yeltsin y el primero de Vladímir Putin. En aquellos años fue testigo de cómo al comunismo lo sustituyó un capitalismo salvaje donde se imponía la ley del más fuerte y mejor conectado con el poder, cómo aquel cambio en el sistema político y económico dejó millones de rusos empobrecidos y humillados en lo personal y lo nacional. Sin una aproximación a aquellos años no puede entenderse el éxito que ha tenido en Rusia la política cada vez más autoritaria del presidente Putin. Ha cubierto momentos claves de aquella época como fueron los atentados en Moscú, la segunda guerra de Chechenia y el hundimiento del submarino Kursk. Además, ha sido también corresponsal en Washington y Londres.

Anna Bosch

El año que llegó Putin

LA RUSIA QUE ACOGIÓ Y CATAPULTÓ A UN DESCONOCIDO



DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

EL AÑO QUE LLEGÓ PUTIN.
LA RUSIA QUE ACOGIÓ Y CATAPULTÓ A UN DESCONOCIDO

ISBNE: 978-84-1352-6752-0
ISBN: 978-84-1352-645-4
DEPÓSITO LEGAL: M-5177-2023
THEMA: NHT/1DTA/3MPQZ

IMPRESO POR ARTES GRÁFICAS COYVE

A Natasha, Sasha y Tata, que ya no podrán leerlo.
A Karina, Irina, Yuri, Lena, Andrei, Anna, Olga, Anatoli, Hoda…

Nadie nos enseñó la libertad, solo nos enseñaron a morir por ella.
SVETLANA ALEXIÉVICH, *El fin del 'Homo sovieticus'*

INTRODUCCIÓN

Yo no busqué ir a Rusia. No era una rusófila cuando el azar puso a Rusia en mi vida y la convirtió en parte de mí para siempre, como lo son los otros lugares donde he vivido antes y después. Mis *años rusos* coincidieron con un periodo que, con el tiempo, ha resultado decisivo para entender, en parte, el presente de Rusia, su política y su sociedad.

Llegué *parachutée*, como dicen en francés, es decir, caída en paracaídas en una situación informativa de emergencia, y tuve que acelerar mis conocimientos y comprensión de aquel país sobre la marcha. Los acontecimientos que cubrí y las situaciones que viví fueron mi escuela.

Fui testigo del derrumbe de la Unión Soviética y el sistema comunista, seguido por un capitalismo salvaje, sin orden ni concierto, donde el crimen campaba a sus anchas. Participé de la psicosis general durante la peor ola de atentados que ha sufrido Rusia. Viajé a Chechenia durante la segunda guerra y vi con mis propios ojos cómo habían arrasado la capital, Grozni, un recuerdo que la invasión de Ucrania me ha refrescado trágicamente. Veo Mariúpol y me acuerdo de Grozni.

Encabecé el único equipo de las televisiones españolas desplazado al Ártico cuando se hundió el submarino nuclear Kursk y vimos cómo aquel fracaso sacudió el orgullo y la fe en la potencia del país. Rusia no iba a ser la misma a partir del año 2000, el que llegó Putin. Y en todos y cada uno de esos acontecimientos me sobrecogieron la lógica del poder ruso y la capacidad de sufrimiento de los rusos en general y de las mujeres en particular.

A las mujeres rusas, a las mujeres de la antigua Unión Soviética, dedico una parte importante de este libro. Porque lo merecen. Ver cotidianamente las vicisitudes por las que pasan, cómo en tiempos de paz siguen cargando ellas mayoritariamente con la supervivencia de sus familias, al igual que les ha tocado hacerlo en los muchos periodos de guerra, y cómo ellas son las que menos amedrentadas parecen por el poder. Su voz fue en aquellos años la más sonora contra los desmanes del ejército en Chechenia y lo es ahora en los pueblos donde reclutan a jóvenes para mandarlos a la guerra en Ucrania. Y cómo vuelven ahora a hacer lo indecible para evitar que eventualmente el ejército reclute a sus hijos.

Repasando aquellas vivencias y las crónicas de entonces me ha resultado imposible no ver en ello el germen del Putin actual, de la Rusia que apoya la agresión a Ucrania, la Rusia que pretenden castigar las sanciones occidentales, pero también la Rusia que rechaza la política y la guerra del presidente y lo maldice, pero tiene miedo a la represión si lo expresa públicamente. Y me cuesta poco imaginar la quiebra emocional para tantas personas, conozco algunas, que viven en Rusia, son ciudadanas rusas, pero tienen sus raíces en Ucrania.

La idea de que si a mí aquellos acontecimientos, lo que vi y las reflexiones que me hicieron, me ayudaron a comprender algunos resortes de la sociedad rusa, su psicología, de dónde vienen y adónde esperaban llegar, puede que a ustedes también les ayude; es lo que me ha llevado a compartir aquellas experiencias en este libro. Acercarles a cómo era Rusia el año que recibió a un desconocido Vladímir Putin cuando Borís Yeltsin lo sacó de una chistera, como el mago que saca un conejo, y lo elevó a la cúspide del poder.

PARTE I

ÉRASE UNA VEZ AGOSTO DE 1998

1. ‘CUALQUIERA, MENOS MOSCÚ’

Segovia, agosto de 1998. Sentados en una terraza junto a la iglesia de San Martín, uno de mis lugares favoritos en la ciudad, mi pareja, Carmelo Machín, y yo. Carmelo, periodista también de Televisión Española (TVE), me comenta que, tras haber dimitido como jefe de la sección de Internacional de los telediarios, intuye que le ofrecerán una corresponsalía. Si acierta, tendremos el dilema de toda pareja en estas circunstancias: decidir qué hace la otra parte, en este caso, yo. ¿Se queda donde está o renuncia a su trabajo actual y acompaña al consorte?

Mi reacción fue rápida y contundente: “Si te ofrecen una corresponsalía, yo intentaré negociar una excedencia y allí donde te manden me espabilaré para ganarme la vida. Acepta cualquier corresponsalía menos Moscú”.

Al cabo de unos días se acercó a la cabina de montaje donde yo estaba editando una crónica sobre Yeltsin para *La 2 Noticias*:

—¿Tienes un momento?

—Sí, dime.

—Me acaban de ofrecer una corresponsalía.

—¿Cuál?

Hizo una pausa breve con expresión circunspecta. Lo supe.

—Moscú.

—¿Y?

—He aceptado. No puedo decir que no a Moscú.

2. ANTECEDENTES

> En Moscú, Stepán Arkádich notaba con melancolía cómo blanqueaban sus cabellos, se dormía después de las comidas, subía con dificultad las escaleras, se aburría en compañía de los jóvenes, no bailaba en ninguna reunión.
>
> LEV TOLSTÓI, *Anna Karénina*

"Cualquiera, menos Moscú", porque yo ya conocía Moscú. Es un recuerdo en gris. Borroso. Y no lo es porque hayan pasado más de tres décadas, fue así desde el día siguiente de haber vuelto de Rusia. El alud de información, sensaciones y choques culturales fue tal que a aquella joven periodista le costó mucho procesarlo. Se le atragantó.

Juan Antonio Sacaluga, jefe entonces de la sección de Internacional, Miguel Somovilla, jefe de la sección de Cultura, y María Antonia Iglesias, directora de los Servicios Informativos de TVE, me habían incluido en el equipo que viajó al Moscú de Gorbachov en diciembre de 1990 para un programa especial sobre la perestroika. Lo coordinó Montserrat Nebot y lo presentó Rosa María Mateo. Un exceso de confianza el que depositaron en mí, yo tenía apenas 27 años y muy poca experiencia internacional. Eso sí, hacía poco yo había *triunfado* al saltarme un cordón de seguridad, estando en directo para TVE, y lograr unas breves declaraciones de Raisa Gorbachova cuando estaba en Madrid de visita oficial con su esposo.

Entonces, en aquel diciembre de 1990, no lo sabíamos, pero a la URSS, a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la gran potencia que se había repartido el mundo con Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, le quedaba solo un año de vida. Mijail Gorbachov firmaría la desintegración y dimitiría como presidente el 25 de diciembre de 1991. Occidente quiso creer que era el final apoteósico de dos años en los que uno tras otro fueron cayendo los regímenes comunistas de la órbita soviética, de la Europa del Este, el final de la Guerra Fría, el final de un mundo bipolar.

Luego iremos viendo cuánto había de realidad y cuánto de fantasía en aquel alborozo occidental.

Justo un año antes, en diciembre de 1989, yo había estado en Praga de vacaciones. Fui para despedir aquel año entre checoslovacos eufóricos por el fin del Gobierno comunista y por la llegada al Castillo de Praga, a la presidencia, de Václav Havel, el intelectual héroe de la disidencia. Fue mi primer contacto con la realidad comunista que tan desconocida resultaba para mi generación, crecida entre la idealización de la izquierda y la demonización oficial. Y sobre todo, por un telón de acero y por la ignorancia que separaba las dos dictaduras, la comunista y la de Franco.

Descubrí una ciudad hermosísima que se caía a pedazos. Una realidad monótona y desconcertante para una joven educada en el capitalismo. Todos los helados eran iguales independientemente de dónde los comprara, debías esperar una eternidad a que te dieran una mesa en un restaurante vacío y no podías elegir mesa. Anunciaban servicio de comidas las veinticuatro horas, pero para la cena ya no quedaban patatas. El camarero te informaba de que apenas les quedaba nada mientras veías en otra mesa a unos militares soviéticos dándose un festín. Patatas incluidas. Imaginé cómo debía de sentar a los checoslovacos que llevaban cuarenta años viviendo así y sufriendo aquella discriminación.

Viajé con mi hermano, y quien nos hizo de cicerone fue un familiar recién descubierto: *el primo José*, un primo hermano de mi abuela materna, José Manuel Montorio Gonzalvo, una figura casi mitológica en la familia. Un chaval que al inicio de la Guerra Civil en España se afilió al sindicato anarquista, la CNT; con la derrota se exilió a Francia, donde lo internaron en varios campos de concentración; con la ocupación nazi se apuntó a la Resistencia, y luego entró clandestinamente en España para formar parte de la guerrilla contra Franco, el maquis. Se afilió al Partido Comunista (PCE) y acabó exiliado en Praga trabajando en la embajada de Cuba. Durante décadas, la familia, bajo la dictadura de Franco, no supo si *el primo José* estaba vivo o muerto ni tuvo manera de comunicarse con él.

Paseando bajo la nieve por Praga, huyendo de los micrófonos espías en los interiores, el primo José nos contó su decepción con el comunismo y su convicción de que después de Europa del Este caería en breve el régimen de

Fidel Castro en Cuba. Qué ingenuidad. Nos contó que él rompió su carné de comunista en 1968, cuando Moscú mandó los tanques para aplastar la revuelta democrática, la Primavera de Praga, y nos narró cómo era la vida cotidiana. Su esposa, Trinidad, salía todos los días de casa con una bolsa vacía en busca de colas de gente; una cola era la señal de que habían llegado productos a una tienda, y ahí se colocaba. Sin saber qué iba a encontrar. Cuando le llegaba el turno, hacía como todos, acaparaba tanto como le permitían. Si era arroz, arroz; si eran latas de conserva, latas de conserva; si harina, harina; si zapatos, zapatos. Así se iba haciendo la despensa. "Si tienes unos zapatos de un número equivocado siempre puedes encontrar a quien le vayan bien, y cambiarlos por algo que esa persona tenga y tú no". En nuestro primer día en Praga nos tranquilizó así: "Podéis pasear tranquilamente a cualquier hora, es una ciudad muy segura porque no hay nadie a quien robar. Nadie tiene nada de valor".

La idea inicial del viaje era pasar la Nochevieja en Berlín con unos amigos. Praga y Berlín eran las dos capitales donde había que estar aquel invierno de 1989 para ser testigo de la historia. El muro de Berlín, que dividía la ciudad entre el Occidente capitalista y el Oriente comunista, había caído hacía poco más de mes y medio, el 9 de noviembre. Diligentemente, compramos los billetes y a la hora prevista aquel 31 de diciembre estábamos en el andén. Ni rastro del tren. En mi rudimentario alemán pregunté a unos soldados que aparentemente patrullaban la estación si sabían qué pasaba con el tren a Berlín, si había cambiado de vía. Se encogieron de hombros. Volví al interior, con miedo a perder el tren si justo llegaba en ese momento, y miré los horarios. Había dos trenes a Berlín, uno venía de Bratislava, la capital de Eslovaquia, al sur del país; el otro, de Sofía, la capital de Bulgaria. El que llevaba menos retraso marcaba "360".

Me dirigí a una ventanilla para informarme. Con inglés y alemán, sin tener aún noción alguna de ruso, pregunté si 360 significaba 360 minutos.

—¿Del tren a Berlín?

—*Yes. Ja. Da.*

—*International.*

Que fuera a la ventanilla de internacional, que no era esa. Otra cola. Detrás del cristal, la caricatura de la funcionaria-matrona comunista

inexpresiva. Me confirmó que 360 significaba que el tren llevaba 360 minutos de retraso, es decir, seis horas. De momento.

Con señas me dijo que, de todos modos, ese no era nuestro tren, que nuestro tren no venía de ningún sitio, salía de Praga.

—¿Cuándo? ¿A qué hora? ¿Desde otra estación?

—No hay.

—¿?

—Ese tren hoy no sale.

—Pero el billete que me vendieron es para ese tren hoy.

—Sí.

—¿Y por qué no hay?

Encogimiento de hombros. Silencio y cara de póquer. Aún espero la respuesta. Hicimos cálculos y nos dimos cuenta de que había muy pocas probabilidades de llegar a Berlín antes de medianoche, así que nos quedamos en Praga. En alguna caja debe de estar aquel billete de cartón marrón oscuro sin usar.

La cena consistió en zamparnos lo poco que había en el minibar de aquel hotel para extranjeros y salir a recibir el Año Nuevo a la plaza/bulevar Venceslao con los checos y centenares de turistas italianos. Ya en la madrugada del 1 de enero de 1990 formamos un corro enorme internacional y cantamos el *Bella ciao*. De regreso al hotel, quienes se cruzaban en nuestro camino nos abrazaban y besaban, convencidos de que el amanecer traería libertad y riqueza.

A pesar de aquel primer encuentro con la decadencia del comunismo y la euforia desmedida por la nueva era, yo no estaba preparada para asimilar rápido lo que me encontré unos años después en Moscú.

¿Y Putin? Vladímir Putin era entonces, al final de 1990, un burócrata de los servicios secretos (KGB) que había dejado su puesto en Dresde (República Democrática de Alemania) a principios de año y había vuelto a Leningrado. Volvió porque el 3 de octubre la RDA había dejado de existir, Alemania Oriental y Alemania Occidental se habían reunificado. Fuera de su entorno más cercano Putin era un perfecto desconocido.

3. LA PERESTROIKA

El propósito de aquel programa especial de TVE que realizamos en diciembre de 1990 fue contar cómo estaba cambiando la URSS, en qué consistían las reformas de Gorbachov, la perestroika (reformas económicas) y la glásnost (apertura informativa). Con la ayuda de la corresponsalía, al frente de la cual estaban Llúcia Oliva y Xavier Sitjà, armamos una serie de reportajes temáticos. A mí me correspondió la parte cultural, que incluía la prensa.

Estuvimos con la compañía del teatro Taganka, teatro de vanguardia, a cuyo director y primer actor, Nikolai Gubienko, Gorbachov ascendió a ministro de Cultura. Yo lo había conocido en Madrid durante la visita oficial del presidente Gorbachov. En Moscú, estuvimos con varias iniciativas privadas, entrevisté al autor de la novela del momento, *Los hijos del Arbat*, Anatoli Ribakov, en su casa, y al director de *Pravda* (La verdad), el periódico del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

Algunas de aquellas grabaciones se hicieron de día, pero la mayoría, era diciembre, fueron de noche. En esa época del año amanece en Moscú sobre las nueve de la mañana y antes de que el reloj dé las cuatro de la tarde ya es de noche. La combinación de trabajar mayormente de noche, a través de un intérprete y con códigos y referencias culturales y sociales distintos, suponían un esfuerzo mental para mí. Tenía sensación de irrealidad. Me sentía superada, insegura.

Tuvimos además mala suerte con el tiempo porque no hubo días soleados, de modo que la luz fue siempre grisácea, como si entre el cielo y la tierra hubiera una cubierta que nos aplastaba, una losa. Esa luz plomiza combinada con la monotonía cromática de las edificaciones, la práctica inexistencia de

neones, porque apenas había comercios ni cafeterías ni bares, y la precaria iluminación en general convertían el mundo que yo observaba en una película empastada en gris y contada con una lógica que me era ajena.

Había pocos lugares donde refugiarse para entrar en calor y tomar algo; los restaurantes donde íbamos a cenar eran desangelados, me parecían clandestinos y siempre mediaba el soborno. La gran novedad del momento, y noticia internacional, fue la llegada de McDonald's a Moscú. ¡Un McDonald's! ¡El mayor símbolo del consumo, de la decadencia capitalista y Estados Unidos junto con Coca-Cola, en la URSS!

Un mediodía de prisas para seguir grabando exteriores antes de que se hiciera de noche entramos. Había dos puertas. En una, la cola era larguísima, decenas de rusos esperando pacientemente —tenían mucha práctica— bajo cero y aguanieve. En la puerta de al lado no había nadie. Nosotros fuimos por la vía rápida. Porque íbamos a pagar en dólares. Era un país de colas y cartillas de racionamiento, hasta el punto de que en poco tiempo una mayoría creciente de rusos no asociaban ya perestroika y Gorbachov a libertad, sino a desabastecimiento y pobreza.

El cuadro deprimente se completaba cuando regresábamos al hotel, el Cosmos, uno de los hoteles para extranjeros. Como en todos los países comunistas, los extranjeros no podíamos ir a cualquier hotel ni vivir en cualquier apartamento; el Gobierno nos instalaba en lugares determinados y debidamente controlados. En cada planta del hotel había una *dejurnaya*, una mujer sentada detrás de una mesa en el pasillo, dedicada a controlar a qué habitación iba cada cliente. Ese *check-point* me resultaba exótico, una muestra más de falta de libertad. Lo verdaderamente deprimente para mí de aquel hotel se producía dentro de las habitaciones, y se iniciaba en la planta baja. Cuando caía la noche, empezaban a aparecer en el vestíbulo y en el bar mujeres jóvenes que no se hospedaban en el hotel. Todas guapas, con esa belleza de muñeca de porcelana que tenemos asociada al prototipo de rusa. Era evidente que iban a los hoteles de los extranjeros a prostituirse por unos dólares, ¡divisas! Me resultaba particularmente deprimente el hecho de que desprendían un algo de ingenuidad. Iban vestidas con recato, con falda y blusa abotonada, como si fueran a pedir empleo de secretaria. Todas jóvenes, todas formales, de apariencia incluso mojigata, ofreciéndose al mejor postor,

al primer hombre, putero, que tuviera divisas para usarlas, y para sobornar, es fácil deducir, a la *dejurnaya* de su planta. Nada que reportar. Todo en orden.

De las entrevistas y las conversaciones con el traductor, un chico joven, me sorprendió la tremenda ingenuidad e ignorancia que tenían los rusos sobre el sistema capitalista. Lo asociaban a riqueza, pero sin escala, sin gradación. De ahora en adelante, con la apertura democrática y a la economía de mercado, todos serían ricos, tendrían más bienes materiales, variedad en la oferta, podrían viajar… Todo lo bueno del capitalismo occidental sin ninguna de sus contrapartidas. No habría pobres ni paro ni horarios extenuantes; desaparecerían los problemas de vivienda y no habría que hacer equilibrios para llegar a final de mes. Combinaban esas expectativas con el marco mental, el sistema con el que habían crecido. Era como si imaginaran que todo seguiría igual, solo que ellos serían más ricos y más libres. Y ese cambio se produciría de la noche a la mañana sin problemas, sin traumas.

Tal vez el intercambio que mejor lo ilustra fue el que tuve con el director de *Pravda*. Se explayaba en detallar los cambios que estaba introduciendo y el futuro exitoso del periódico. Yo era una cría en términos profesionales, pero algunas preguntas resultaban obvias:

—¿No se plantea que en un futuro el periódico del Partido Comunista pueda dejar de ser importante?

—En absoluto. Siempre habrá interés por saber qué ocurre y qué piensa el Partido.

El futuro inmediato nos guardaba sorpresas. En Rusia, el Partido Comunista dejaría de gobernar y su importancia se vería casi anulada; *Pravda* pasaría por altibajos y acabaría convertido en un tabloide nacionalista, el país sufriría el trauma de la transición quirúrgica y salvaje al capitalismo, y a una escala de valores para la que muy pocos estaban preparados. Yo, por mi parte, me vería en menos de ocho años viviendo y trabajando en Rusia.

PARTE II

EL FINAL DE LA ERA YELTSIN

1. ENVIADA ESPECIAL AL *CRACK* DEL 98

Aterricé en Moscú, ya lo he dicho, de paracaidista. Rosa María Calaf, la corresponsal del momento, debía desplazarse con urgencia a Hong Kong para abrir una corresponsalía de TVE y su sucesor, Carmelo Machín, no podía incorporarse hasta finales de septiembre porque estaba convaleciente de una rotura de ligamentos internos. Si aquel agosto hubiese sido tranquilo desde un punto de vista periodístico, la corresponsalía de Moscú habría quedado vacía un mes y la información que hubiese surgido en Rusia se habría cubierto en la redacción central con información de agencias. Pero la suposición de que en verano no hay noticias es una falacia.

Rusia ya había dado un susto gordo en agosto de 1991, cuando se produjo un golpe de Estado. El susto y notición de agosto de 1998 fue el *crack* económico. Rusia hizo *default*, dejó de pagar los créditos internacionales; los precios de las materias primas, sobre todo del petróleo, pilar de la economía rusa, se hundieron y con ellos los ingresos de divisas. El rublo se desplomó. Un apocalipsis económico. Las cacareadas reformas asesoradas por economistas occidentales, sobre todo de Estados Unidos, saltaron por los aires. De nuevo crisis y desabastecimiento en Rusia. La noticia era portada, abría los telediarios todos los días, la corresponsalía de Moscú no podía quedar vacía. De un día para otro me vi de nuevo en Moscú y bajo mucha más presión. Esta vez estaba en juego mi futuro profesional y vital.

Llegué de noche, casi madrugada, al aeropuerto Sheremetyevo-2, que ya a pleno día era absolutamente deprimente. Arquitectura de los años sesenta que había envejecido mal, policías del control de pasaporte que eran un cruce entre los guardianes de campos de concentración de las películas y

aquella funcionaria checa que nunca me explicó por qué había desaparecido el tren a Berlín. Todo bañado por una luz ocre y una desidia infinita. Yo iba cargada de documentos, pasaporte, visado, carta de Televisión Española, por si acaso, debidamente traducida al ruso y compulsada. Y una complicación. Era habitual que cuando alguien de la redacción central viajaba a una corresponsalía TVE lo usaran de correo.

Ahí iba yo, ¡criatura!, cargada con un cinturón con las baterías del *flash* de la cámara. Una reliquia hoy, pura arqueología, una especie de canana que en lugar de llevar cartuchos o balas llevaba baterías. Pesaba. Y asustaba. Llevaba los papeles debidos y me habían asegurado que no habría problema en la aduana, pero huelga decir que no fue así.

Como en la experiencia de 1990, tengo un recuerdo muy vago de los detalles, de cómo se solventó el problema y crucé la aduana, como si lo hubiese soñado. De repente aquella frontera de entrada a la Federación Rusa se había convertido en una especie de estación de autobús provincial, en la que una empleada de la corresponsalía pudo acercarse, sin problemas de controles, hasta la aduana de llegadas y mantener una conversación con la policía. Una pequeña mesa con el cinturón de baterías encima, a un lado yo, fatigada y aturdida, sin entender nada; al otro, la traductora y, en medio, el policía de aduanas. Solo recuerdo las palabras de la traductora con un fuerte acento ruso: "Ya está solucionado. Vamos".

Fuera de la terminal me esperaba un coche pequeño y pasado de moda, uno de aquellos *gigulís*, una especie de Seat o Fiat 124, en el que apenas cabíamos mi equipaje y yo. Fue un salto en el tiempo. Desde mi primer viaje a Moscú en 1990 hasta aquella noche de agosto de 1998, España había entrado oficialmente en la modernidad en 1992, yo había vivido dos años en una Francia con un protointernet y un servicio de correos automatizado, pero en la oscuridad de aquella madrugada de 1998 me encontré zambullida en un pasado lejano. Las reformas y los avances de Rusia no se notaban en aquel recibimiento.

Me llevaron a casa de la corresponsal saliente, Rosa María Calaf. Según nos acercábamos, las calles se hacían más inhóspitas, un giro más y nos detuvimos ante una barrera. Apareció un tipo con uniforme, habló con el conductor, levantó la barrera y pasamos por debajo de dos tuberías enormes

que formaban un arco de entrada, que luego supe que eran las conducciones del agua caliente. Delante, un panorama de fachadas típicas de ciudad dormitorio. Mi mente exclamaba *¡no puede ser que la corresponsal de TVE viva aquí!*

¿Y Putin? Aquel verano de 1998 Vladímir Putin dirigía los servicios secretos, el FSB, herederos del KGB. En apenas siete años, había pasado del ayuntamiento de su ciudad, donde había sido teniente de alcalde, a jefe de los espías rusos. De la sombra de Anatoli Sobchak a la sombra de Yeltsin. Extramuros del poder nadie sabía quién era.

2. HERENCIA SOVIÉTICA: UpDK

GlavUpDK, que nosotros reducíamos a UpDK, es la abreviación en ruso del organismo del Ministerio de Asuntos Exteriores que se encargaba de alojar a los extranjeros y facilitarles también los empleados para sus oficinas. El departamento principal al servicio del cuerpo diplomático, una herencia de la Unión Soviética. Nos adjudicaban apartamentos en grupos de viviendas exclusivamente para extranjeros, que supuestamente eran un lujo residencial, pero quedaban muy lejos de nuestro concepto, o el de los *nuevos rusos*, de lujo. En nuestro caso, eran de mala construcción y más bien pequeños. Las viviendas y oficinas del UpDK servían sobre todo para tenernos controlados; sabían cuándo entrábamos y salíamos, y dábamos por sentado que en todas las viviendas había micrófonos instalados. Todo bajo control. Nuestra vida, *La vida de los otros*[1] y nuestro trabajo. A pesar de ello, para nosotros tenía una ventaja: era la garantía, si es que de garantías se podía hablar en el caos de aquella década en aquel país, de quién era el casero, a quién pagaba TVE el alquiler. En dólares estadounidenses, por supuesto. Los casos de arrendadores que en el mercado libre te alquilaban un apartamento que luego descubrías que no era de su propiedad, o que te extorsionaban, estaban a la orden del día en aquel Moscú. Mejor no arriesgarse y seguir bajo el control y, a su manera, también la extorsión del Gobierno ruso.

No voy a entrar en los pormenores de cómo y por qué la corresponsalía de TVE acabó no en un UpDK céntrico, sino en aquel barrio de Moscú. Leninsky Prospekt, 93. A once kilómetros del Kremlin, más cerca del MKAD, la gran circunvalación de autopistas, que del *Sadóvoye Koltsó*, la circunvalación interna de la capital. Ahí estaba la vivienda y en el edificio

contiguo, la oficina. En el mismo grupo de apartamentos coincidimos con otros corresponsales de aquel momento, los de la radio pública de los Países Bajos, Marc Marginedas de *El Periódico de Cataluña* y, en el mismo bloque, Rafael Poch de *La Vanguardia*.

Mi padre aún tiene los pelos de punta de la impresión que le causó ver el cuadro eléctrico del recibidor del piso cuando vino de visita. El interior de aquel cajetín era un lío de cables entrelazados, medio pelados algunos. Considero un milagro que en dos años nunca ardiera el apartamento.

En una ocasión, estábamos comiendo y oímos la puerta que se abría. Me asomé y vi que habían entrado en casa dos tipos, sin llamar, como Pedro por su casa, y estaban toqueteando ese cuadro. Como ya llevaba una temporada en Rusia saludé y reaccioné con un lánguido "deben de haber venido a cambiar los micros", volví a la mesa y seguimos comiendo.

A nuestras profesoras de ruso, que venían a casa, les pedimos que enfocaran las clases teniendo en cuenta que éramos periodistas, que a la hora de conversar fuera sobre cuestiones de actualidad. Una de ellas, cuando llegaba ese momento, bajaba el volumen de su voz hasta hacerse inaudible.

—Por favor, más alto, que no te oímos.

—Mi marido trabaja para el FSB y por él sé que los pisos del UpDK están llenos de micros.

—¡Pero si lo que decimos aquí también lo decimos en las crónicas que emitimos! No van a descubrir nada nuevo.

Nosotros estábamos tranquilos. Ella, no. Ella era rusa.

3. ASCENSO Y CAÍDA DE YELTSIN

Hay personajes que pasan a la historia con una sola imagen. Borís Yeltsin es una de ellos, es el hombre de pie sobre un tanque. Los hay que pasan a la historia con una caricatura, y es el caso también de Yeltsin, el líder borracho. Las dos imágenes de Borís Yeltsin, una épica, la otra, patética. A mí me tocó vivir la última. Me tocó seguir un presidente de Rusia enfermo, que ingresaba en el hospital cada dos por tres y sobre cuyas dolencias siempre quedaba la duda de si no sería una borrachera más. Me tocó el Yeltsin que pellizcaba a las funcionarias en público, que le robaba la batuta y el podio al director de la banda militar, que bailaba pegando saltos ridículos en un acto de campaña electoral, hacía declaraciones sin sentido, en ocasiones balbuceaba más que hablaba y provocaba carcajadas al presidente de Estados Unidos, Bill Clinton.

Borís Nikoláyevich Yeltsin había salido de las filas del Partido Comunista y fue de los primeros en abogar por reformas, por la perestroika y la glásnot; Mijail Gorbachov lo promocionó dentro del partido y le confió la ejecución de algunos de aquellos cambios. Yeltsin fue haciéndose popular en la calle y muy incómodo entre los más tradicionalistas del partido, aquello que llamaban la *nomenklatura*. En el conflicto entre el partido y el aliado, Gorbachov acabó cediendo al partido y Yeltsin le hizo pagar esa traición años después. Gorbachov no quería acabar con el sistema, quería reformarlo para salvar el comunismo y la Unión Soviética; Yeltsin, en cambio, quería acabar con ambos. En 1990 Yeltsin logró que hubiese unas elecciones protodemocráticas y se convirtió en el líder indiscutible de Rusia, es decir, de la república, con mucha diferencia, más importante de la URSS. La rivalidad

entre Yeltsin y Gorbachov siguió con alianzas coyunturales, la más decisiva y crucial, la de agosto de 1991. La escena del tanque.

La cúpula militar y el KGB dieron un golpe de Estado mientras Gorbachov estaba de vacaciones en Crimea y Borís Yeltsin les plantó cara. Salió a la calle, subió a uno de los tanques movilizados por los golpistas y desde ahí llamó al golpe de Estado por su nombre. Ante unas veinte mil personas convocó una huelga general y desobediencia civil. Yeltsin se erigió en el defensor de las reformas democráticas. Yeltsin salvó y condenó a Gorbachov a la vez.

El golpe de Estado fracasó y Gorbachov volvió a Moscú con su esposa y su nieta, pero en esa vuelta le esperaba la venganza de Yeltsin. Borís Yeltsin había tomado las riendas del futuro, había redactado una serie de decretos y nombramientos, y en un pleno del Soviet Supremo, ante las cámaras de televisión, se levantó, fue al podio donde hablaba Mijail Gorbachov y le impuso un papel a leer. Gorbachov reconoció las complicidades y negligencias del Gobierno en el golpe y leyó los decretos de Yeltsin. Entre ellos, la ilegalización del Partido Comunista de la URSS (PCUS), del que Gorbachov era secretario general, y el cierre de *Pravda*, el periódico del partido. Una escena humillante transmitida por televisión.

A partir de ese 23 de agosto se precipitó la desintegración de la URSS, que ya había empezado, y Moscú había reprimido el año anterior. El 25 de diciembre de 1991 Gorbachov ratificó una realidad: la URSS ya no existía.

Aquel 1991 fue cuando Vladímir Putin abandonó el KGB y empezó a trabajar con el alcalde de Leningrado, Anatoli Sobchak, un político de quien unos admiraban tanto como otros detestaban su aire de líder occidental. En junio, la ciudad recuperó el nombre prerrevolucionario de San Petersburgo, el de cuando la creó el zar Pedro el Grande, y en agosto, Sobchak se convirtió en el *segundo héroe*, después de Yeltsin, contra el golpe de Estado.

Borís Yeltsin fue el primer presidente ruso elegido en las urnas y tuvo al inicio un amplio apoyo. Empezó la transformación de una economía planificada a una economía de mercado, la privatización de las empresas que dirigió Anatoli Chubais. Aquel proceso tuvo una motivación política, acabar con el comunismo rápidamente, tan o más importante que la económica. Empezó como un reparto de acciones de las empresas públicas entre los

rusos, a un precio difícil de calcular, y terminó con esas acciones en manos de unos pocos que ya tenían cierto poder en la época soviética o que formaban parte de organizaciones de perfil mafioso. Todos muy bien conectados con el Kremlin.

Varios de ellos invirtieron en medios de comunicación, ninguno lo hizo en el país; el objetivo era engrosar sus bolsillos y aumentar su poder, no mejorar el país. Habían nacido los *oligarcas*. Ese proceso de desmantelamiento público se aceleró cuando Borís Yeltsin se presentó a la reelección en 1996 ya desmejorado, con una imagen y una salud perjudicadas. Ya no era el héroe de la democracia, sino un viejo ebrio y errático.

Para lograr la reelección pactó con aquella nueva clase de empresarios y salió reelegido. Los oligarcas aumentaron sus fortunas. La popularidad de Yeltsin decaía a la velocidad que lo hacía su salud, y al tiempo que crecían la corrupción, el crimen y el caos general. Rusia no era un país serio, era una caricatura de la potencia que había sido. El presidente Yeltsin aparecía cada vez en más actos públicos bajo los efectos del alcohol y con gestos cada vez más impropios de un dirigente; lo ingresaban en el hospital cada dos por tres y a la salida cambiaba el Gobierno. A su entorno se lo bautizó como "la familia", en la doble acepción, familia de sangre y familia mafiosa, comandada por su hija Tatiana.

La Rusia de Yeltsin, en particular los últimos años, era el salvaje Oeste. Las instituciones estaban más desacreditadas que nunca, toda la esperanza en una nueva era que yo encontré en diciembre de 1990 se había esfumado en apenas un lustro. Una serie muy popular desde hacía unos años era *Criminalnaya Rosía* (Rusia criminal) y, ya en los 2000, *Banditski Peterburg*. No hace falta traducción. La realidad ofrecía mucho material para la ficción, cada dos por tres llegaban noticias de asesinatos extraños en San Petersburgo o Moscú, francotiradores dentro de edificios, coches bomba y toda clase de atentados personalizados. "Tranquila, si no te dedicas a los negocios, no tienes nada que temer". Y otro consejo, menos tranquilizador: "Si tienes algún problema, no vayas a la policía".

Rusia era un caos sin ley ni orden, una Sodoma y Gomorra en todos los ámbitos. Con el tiempo comprendí que aquel clima duro, aquella oscuridad buena parte del año, las condiciones de vida asfixiantes y la frustración

constante requerían una válvula de escape, y para muchos rusos esa válvula eran el sexo y el alcohol. Recuerdo que entonces había agencias de viajes en España que ofrecían como viaje de aventura “la noche moscovita”.

En aquella Rusia de fin de siglo y transición a no se sabía dónde pasabas por situaciones surrealistas más o menos graciosas, y por otras que te llenaban de impotencia y rabia. “Disfruta. ¿En qué otro lugar te pasarían estas cosas?”, me aconsejó entusiasta Bruno, un belga de Amberes rusófilo desde la adolescencia.

4. MOSCÚ, 1998-2000

El Moscú del centro ya no era de aquel gris deprimente que tanto me había afectado ocho años atrás. Había tiendas con neones de colores y estética occidental, habían restaurado y dado una mano de pintura a varios edificios, aumentado la iluminación de las calles y algunas las habían convertido en zona peatonal. En el centro. En los barrios más alejados, como el de Leninsky 93, las únicas tiendas seguían siendo en, diría, un 90%, las de los tiempos comunistas. Escasas, desangeladas, en blanco y negro. Desoladoras. Poco a poco habían ido apareciendo algunos kioscos en las anchas aceras donde lo mismo comprabas un periódico, un refresco, cigarrillos o un ramo de flores. Y algún supermercado extranjero. Las fachadas de los edificios eran de una monotonía y unas proporciones pensadas para hacer sentir grande al país y diminuto al ciudadano. "¡Vayamos a ver luces!", era la frase de Carmen Dirube, la esposa del camarógrafo, para iniciar una expedición al centro.

Incapaz aún de defenderme en ruso, culpa única y exclusivamente mía y de TVE, yo gesticulaba para hacerme entender, pero era inútil. Se me quedaban mirando y seguían su camino. A menudo tenía la sensación de estar rodeada de autómatas, de seres sacados de la película *La invasión de los ultracuerpos*. Tienen aspecto humano, parecen humanos como tú, pero no lo son. Si en la Praga de 1989 tuve la sensación de estar con europeos como yo, para quienes la lógica comunista había sido un paréntesis, en Moscú me sentí en otro universo, las diferencias tenían raíces más profundas. Seculares. La sensación de impotencia que me causaban era, entendí con el tiempo, la misma que el sistema desde hacía siglos les había inoculado a ellos. ¿Por qué debían detenerse con una extraña? ¿Por qué debían hacer un esfuerzo para

entenderme y ayudarme? ¿Qué ganaban con ello? Y también, ¿a qué podían arriesgarse si lo hacían?

Día a día fui comprobando que la solidaridad sí existía en Rusia, mucha, pero solo en los círculos íntimos; fuera de ellos, indiferencia. Como lo que le ocurrió a la madre de nuestro añorado Sasha, el camarógrafo a quien la covid se llevó por delante años después. Ella era enfermera y un día andando por Moscú vio desplomarse a un hombre. Corrió a socorrerlo mientras el resto de transeúntes no hacían ni caso a aquel hombre que yacía en el suelo.

—¡Ayuda! —gritó la mujer. Ni caso, o los comentarios:

—Déjalo, debe de ser un borracho, un pordiosero.

—No quiero meterme en líos.

La mujer corrió a una farmacia, llamaron a una ambulancia. Aquel hombre acababa de morir de un infarto.

La misma dualidad se daba en las viviendas: lo que eran espacios compartidos eran absolutamente desagradables, sucios incluso, incómodos, inhóspitos, pero los interiores de los apartamentos particulares solían estar muy cuidados. Pensando en que esa dualidad entre lo común descuidado, vandalizado incluso, y lo privado mimado también se da en países como España, se me ocurrió que tal vez es una consecuencia, una más, de la desconfianza en lo público que producen las dictaduras. La falta de cultura de bien compartido. Cada uno a lo suyo.

En el periodo entre 1991 y 1998 la URSS se había ido desintegrando, en muchos casos con guerras y con enfrentamientos territoriales y étnicos que hoy, tres décadas después del derrumbe, siguen vigentes. La Federación Rusa se había hecho con casi todo el patrimonio del imperio comunista: instituciones, legaciones diplomáticas y el arsenal nuclear, por solo mencionar algunos ejemplos. A casi todos los efectos Rusia ha sido la heredera de la URSS. El dinero, en dólares estadounidenses, era el centro en torno al cual giraba la vida aquellos años. La brecha entre quienes tenían dólares y quienes no se había acentuado hasta convertirse en dos mundos que apenas se relacionaban, y esa nueva realidad era prácticamente exclusiva de las dos capitales, Moscú y San Petersburgo, donde había inversiones y extranjeros. El resto de Rusia seguía sumida en una URSS agonizante.

Moscú funcionaba con dólares, aunque oficialmente empleaban un

eufemismo para referirse a la moneda de Estados Unidos; cualquier trabajo que quisieras de cualquiera tenías que pagarlo con dólares. Con un agravante: quien recibía esos dólares no siempre era consciente de que a ti no te sobraban, o de que una depreciación de la peseta, moneda en la que cobrábamos los 50 dólares de ayer, por dar una cifra, para nosotros era hoy una cantidad superior.

La relación con el dinero y la idea de que quienes vivíamos en el sistema capitalista estábamos forrados de dólares fue fuente de algunos conflictos, anécdotas y sorpresas. Pedías algún pequeño favor o trabajo a alguien y te pedía que pagaras en dólares. De acuerdo. Y a continuación ponía una cantidad desorbitada. O a la inversa. ¿Me quieren timar o realmente les cuesta asimilar cuánto es cuánto?

Los extranjeros éramos un polo de atracción y eso tenía un efecto emocional, por eso yo no podía evitar plantearme de vez en cuando si algunas de las personas que me trataban bien lo hacían de forma espontánea o interesadamente. ¿Son amables porque les caigo bien o porque a sus ojos soy rica?

Como a nosotros nos era imposible, personal y profesionalmente, sobrevivir sin dólares y no nos podíamos fiar de los bancos ni de las tarjetas de crédito, todos, absolutamente todos, rusos y extranjeros, teníamos dólares en efectivo. El primer día en la corresponsalía aprendí dónde estaba la caja fuerte y cuál era la clave, y algo igualmente importante: de acuerdo con la ley no podíamos tener más de 50 dólares en efectivo. Era obvio que si necesitábamos comprar algo o contratar un *freelancer*, íbamos a necesitar una cantidad superior. Era obvio para nosotros y lo era para el Gobierno ruso. Esa norma que nadie cumplía era una manera de tenernos siempre al filo de la ley, y así asegurarse de que, si les convenía, tendrían donde agarrarse para imputarnos una ilegalidad. Es como funciona el sistema, te empuja al fraude y te lo tolera hasta que te quiere castigar por algo.

Lo que no se movía con divisas lo hacía con la economía del trueque, intercambio de favores prácticos. Alguien cosía y remendaba a cambio de que le dieran productos de alimentación a los que no tenía acceso, o de que le arreglaran el coche o hicieran de taxista. Y ese era el núcleo duro de la solidaridad, el del grupo que se necesitaba, donde todos tenían algo que

intercambiar y favores que hacer o pedir. Era en ese círculo donde desaparecía la indiferencia, no eran extraños, era una hermandad de intereses, una especie de cooperativa espontánea. Hoy por ti, mañana por mí. Y poco a poco tú con tus dólares te encontrabas integrado en uno de esos círculos como en una telaraña. Protegida y atrapada a la vez.

La corrupción no había sido ajena al funcionamiento de la URSS, ni mucho menos, fue parte de lo que acabó llevándola a la ruina, y en la *nueva Rusia* se adaptó. Un caso irritante era la policía de tráfico de Moscú. Los extranjeros circulábamos con la diana colgada porque en la matrícula del coche, además de figurar el código de la ciudad, constaba también el de tu país y el de tu profesión, así que en el coche del corresponsal llevábamos la K de *Korrespondent* y el número que correspondía a España. Para los diplomáticos, la matrícula era un salvoconducto por la misma razón, constaba que eran miembros de una embajada, y la policía era corrupta, pero no tonta. No querían líos. Los periodistas, en cambio, éramos un cajero automático sobre ruedas. Sabían dónde estaban los recintos del UpDK y dónde los restaurantes (pocos) a los que solíamos ir los extranjeros. Lo habitual era que bien al salir del restaurante o antes de llegar a casa vieras pocos metros por delante uno de esos policías bajando la porra en señal de "detenga el vehículo". De acuerdo con la ley rusa, si conducías, no podías haber bebido nada, nada, nada de alcohol. 0% de alcohol. ¡En Moscú! ¡En Rusia! Un caso similar al del límite de 50 dólares en efectivo. Cuando el policía te indicaba que pararas, lo hacías, bajabas la ventanilla, él se acercaba y te daba el aparatito para que soplaras. Librarse de multa o detención o, la mayoría de las veces, de que se incautaran del vehículo, costaba aquellos días unos 100 dólares. Se los dabas en metálico al policía y luz verde; 100 dólares extra en el presupuesto cada vez que te montabas en el coche para salir a cenar. Incluso, a veces, aunque no bebieras. Le ocurrió a un italiano, que dio negativo y la reacción del policía fue que el aparato debía de estar estropeado. Lo detuvo igualmente. Pasó la madrugada en una comisaría de Moscú hasta que alguien de la embajada logró liberarlo.

¿Cuántos de aquellos rusos ilusionados en 1990 con un nuevo sistema en el horizonte, más justo, que los haría libres, ricos y felices, habrían podido participar de las mejoras y cuántos se sentirían estafados?

5. LOS NUEVOS RUSOS

Con la URSS se hundió, además de un imperio, una jerarquía de valores. Artistas, profesores y militares que formaban parte de una élite, clase acomodada del sistema, con derecho a una buena vivienda y a vacaciones, ahora se encontraban con que su pensión en rublos no valía nada, la moneda real era el dólar estadounidense y el único valor que imperaba era el de amasar dólares lo más rápido posible. Había surgido una clase nueva, los *nuevos rusos*, que, incluso a ojos de una occidental capitalista, hacían ostentación obscena de dinero y todo lo valoraban en función de cuánto costaba. Cuanto más caro, mejor, aunque no fuera de mejor calidad. Es el consejo que le dieron a un exportador de brandi español que, con buen criterio capitalista, había pensado que por la relación calidad-precio le harían la competencia al coñac francés. Craso error, le advirtieron sus socios rusos, necesarios para poder exportar a Rusia: “Quien puede permitirse comprar coñac en Rusia toma como referencia el precio, así que o subes el precio, mucho, o será un fracaso”. Por una experiencia parecida pasó Iberia cuando tuvo vuelo directo: “Quienes compraban billete de primera clase querían que fuera más caro aún, para que el resto del pasaje, al verlos, fueran conscientes de lo ricos que eran”, comentó en una cena el delegado de la compañía. Que todo el mundo vea que tengo mucho dinero, que me sobra el dinero, que —por ello, iba implícito— soy mejor que ellos, tengo más poder que ellos.

En una escapada a España aproveché para cambiar de gafas; la persona que me atendió en la óptica me reconoció y me narró, aún estupefacta, su experiencia con *nuevos rusos* en la tienda:

De repente se abre la puerta y entran dos tipos fornidos, armados con pistola, van al fondo de

la tienda [pequeña], revisan y, como en las películas, dan el visto bueno para que entre la pareja del coche que había estacionado justo delante. La mujer quería unas gafas de sol. Le saqué varias, todas de marcas de alta gama; yo la invité, como es el protocolo habitual, a que se las probara y viera en el espejo cómo le quedaban. El tipo que la acompañaba no lo permitió y abruptamente me preguntó: "¿Cuáles son las más caras?". Yo intenté explicarle que tal vez las más caras no eran las que mejor le sentaban o más le gustaban a ella. "Las más caras". Inútil insistir. Puse las más caras en su estuche, él pagó en metálico y se fueron.

Sin el detalle de los guardaespaldas armados, experiencias similares me relataron en tiendas de la Costa Brava y de Salou.

—El abrigo de piel más caro que tenga.

—¿Qué tipo de piel prefiere? ¿Qué hechura? ¿Qué color?

—El más caro.

Nótese el detalle, rusos comprando abrigos de piel en Salou o la Costa Brava. Da idea de la oferta de mercado que había en aquella época en Rusia: o la fabricación propia, anodina, pasada de moda, o las grandes marcas de diseño de importación. Poca oferta atractiva y carísima.

Aquellos dependientes españoles me estaban describiendo el prototipo que yo me encontraba en el centro de Moscú cuando iba a Stockman, los almacenes finlandeses que llegaron a Moscú en 1989 como *joint venture* y solo aceptaban pagos en dólares con tarjeta de crédito. "Para nosotros —se lamentaba una conocida rusa— es como ir a un museo: mirar y no tocar".

Los *nuevos rusos* habitualmente se desplazaban en todoterrenos o en Mercedes 500, nunca en mi vida había imaginado ver tantos. Ellas bajaban montadas en sus tacones de alfiler de vértigo; ellos, casi siempre con una chaqueta tres cuartos de piel. Y a menudo, como en el caso de la óptica, con guardaespaldas. Yo me los imaginaba como en las caricaturas, encendiendo cigarros con billetes de 100 dólares como cerillas.

6. LOS VIEJOS RUSOS

Era el comunismo, era nuestra vida, así de simple.
SVETLANA ALEXIÉVICH, *El fin del 'Homo sovieticus'*[2]

En el otro extremo social, miles de profesionales que habían tenido prestigio y una posición respetable en el comunismo, pero que no habían podido participar del saqueo de las privatizaciones, se encontraban empobrecidos económicamente y degradados socialmente, frustrados y buscando desesperadamente cómo lograr algunos dólares. Para mayor humillación, solía tratarse de personas mayores cuyo único ingreso era la pensión rusa estatal en rublos, mientras que los *nuevos rusos* no solían pasar de los 50 años y algunos eran insolentemente jóvenes. Esos *viejos rusos* eran la generación que había vivido, sobrevivido, la Segunda Guerra Mundial, la represión sanguinaria de Stalin, el Gulag, las *komunalkas*[3], la apertura de Jrushov y la gerontocracia de los ochenta. La generación que había sido educada en la idea de un *hombre nuevo*, el *Homo sovieticus*, de formar parte de un todo regido por grandes ideales, de la patria por encima de las personas. De una vida sin lujos, sin apenas dinero, pero con lo mínimo para sobrevivir asegurado por el Estado. Toda su vida se derrumbaba ante sus ojos a toda velocidad. La patria, el partido y la cultura que habían sido los valores máximos, ahora los pisoteaban. Libertad era ausencia de miedo y poder expresar sus opiniones, pero para esta generación la libertad que había traído la perestroika era ante todo libertad de consumo. Para quien tuviera dinero. En dólares. Y el sacrificio que había sido una constante durante generaciones, siglos, un valor supremo, estaba tan devaluado como el rublo. El valor en alza era la ambición.

Contactar y hacer algún favor, algún trabajo, para extranjeros era la alternativa de la población rusa que quería escapar de la pobreza sobrevenida y conseguir los preciados dólares. Casos reales: el exoficial de la Marina que

ahora prestaba servicios de chófer; su esposa, de señora de la limpieza o ama de llaves; el dibujante con carnet de artista del pueblo, “no un cualquiera”, que nos malvendió un plano dibujado a mano del viejo Moscú en el mercado de Izmailovo, una versión moscovita del Rastro madrileño o el *marché aux puces* parisino. El marco, que tuvimos que pagar ya en un comercio de la *nueva Rusia*, costó más del doble que la lámina. Las mujeres, mayores la mayoría, *babushkas* (abuelas), que pasaban horas de pie en los *perejod*, los subterráneos del metro o de los cruces de avenidas, vendiendo prendas que habían tejido o sacado del armario. O aquel viejo físico nuclear que captaba turistas en el viejo Arbat ofreciéndose a contarles historias de esa calle y sus edificios a cambio de unos dólares, la voluntad. Aceptamos y el hombre, culto e irónico, salpicó las lecciones de historia con chistes de la época soviética. El humor en *petit comité*, válvula de escape universal bajo dictaduras.

Uno de mis muchos *shocks* culturales iniciales con ese neocapitalismo salvaje, sin reglas. Fue un artículo en el *Moscow Times* sobre Ramstore, un supermercado de propiedad turca. La noticia era que la reacción de Ramstore a la crisis había sido bajar los precios, recortar el margen de ganancia por unidad con la esperanza de que al haberlo abaratado vendieran mayor cantidad y así compensar las pérdidas. Las rebajas de toda la vida. ¿Por qué les sorprendía tanto? Porque la mayoría de propietarios rusos aplicaron la lógica inversa: si me compran menos volumen, tendré que aumentar el precio, el margen de beneficio por unidad, para seguir ganando lo mismo. Como el problema era el poder adquisitivo, cada vez vendían menos y cada vez aumentaban más el precio del artículo. Aquella reacción distinta, opuesta, entre quienes llevaban siglos comerciando y quienes eran unos recién llegados hizo que me diera cuenta de que muchas de las cosas que consideramos sentido común, o pura lógica, no son más que cuestiones culturales aprendidas.

7. NO LO LLAMES PROSTITUCIÓN

Hablando de contrastes culturales, ya he relatado cómo me afectó en la visita fugaz de 1990 el encuentro diario con la prostitución, la aparente aceptación de que, para una mujer, una salida como otra cualquiera era encontrar un extranjero que pagara a cambio de sexo. Casarse con un desconocido era una opción de futuro, para salir del país y para prosperar económicamente.

Solían ser mujeres jóvenes y guapas. Ellas. Ellos, con alguna excepción, más bien lo contrario. Cuando ibas a tramitar el visado a las oficinas consulares de Rusia en España, coincidías con parejas que en apariencia solo se explicaban porque él, el español, era para ella un pasaporte a una vida mejor. Una amiga, de más o menos mi generación, es decir, para quien el hundimiento de la URSS y todo su sistema se produjo durante su adolescencia o siendo veinteañera, me contó que ella era casi la única de su promoción universitaria que se había quedado en Rusia. "El interés de las demás por estudiar filología e idiomas extranjeros era para poder casarse con un occidental e irse". La mayoría de aquellas compañeras de promoción, licenciadas en los años noventa, lo habían logrado y ahora vivían en Francia, Inglaterra, Italia, España, Estados Unidos… vía matrimonio. El futuro pasaba por abandonar Rusia.

Una cadena de televisión neerlandesa emitió un reportaje que a mí me habría gustado hacer. Era una convocatoria en el hoy desaparecido Hotel Rusia, aquella mole soviética frente a las murallas del Kremlin, el hotel con las mejores vistas sobre San Basilio y la Plaza Roja, donde solían hospedar a los miembros del Politburó y del Congreso del PCUS. Durante años, fue el hotel más grande del mundo. La convocatoria era para rusas que quisieran

marido occidental. Las imágenes mostraban una especie de reedición del mercado de esclavos de Nueva Orleans, pero a las puertas del siglo XXI. Una serie de hombres estadounidenses de mediana edad, muchos de ellos agricultores del Medio Oeste, en un gran salón. Ellos las examinaban, ellas se dejaban examinar. Todas hablaban bien inglés e intentaban resultar lo más atractivas y amables posible. Algunas eran muy jóvenes e iban acompañadas por sus madres. A una de esas madres el periodista neerlandés le preguntó si no le incomodaba llevar a su hija a esa especie de subasta. "No, ¿por qué debería incomodarme? Si consigue un marido, la tratará bien. Son hombres occidentales".

8. ELLAS, LAS MUJERES

Las mujeres tienen una presencia importante en este libro, porque ellas ocupan un lugar destacado en el impacto emocional que me produjo Rusia, por el sufrimiento que acumulan y por su extraordinaria capacidad para soportarlo y sobrevivirlo; en palabras de Tata, "lo tienen todo llorado". Las mujeres de la antigua Unión Soviética son una categoría en sí mismas.

"Ante la duda, entre dos candidatos iguales, contrata a la mujer". Esta fue la conclusión a la que llegó Carmelo Machín al frente de la corresponsalía en Moscú. Ellas eran el verdadero pilar de Rusia y me atrevería a decir que de toda la antigua Unión Soviética. Un cuadro que se repetía muy a menudo era el de la mujer que, en aquel desbarajuste de sociedad y de economía, donde sus pensiones o sueldos en rublos no valían casi nada, buscaba trabajo en lo que fuera, a ser posible en dólares, para sacar adelante la familia. Le preguntabas: "¿Y tu marido?". Y te respondía: "El pobre no encuentra trabajo de lo suyo". ¡Claro! Porque deslomarse y destrozarse las manos limpiando casas u oficinas, en cambio, sí es *lo suyo* para ella. En muchos casos, aunque les pueda sonar a tópico manido, el marido abusaba del alcohol y cuando ella llegaba a casa se encontraba al holgazán borracho y reclamando la cena. Y la cama.

Tata, Angelines Frutos, era la señora que fuimos heredando los corresponsales desde los inicios de la corresponsalía para que nos ayudara en casa, o directamente la llevara. Tata se identificaba como española por el rechazo que le producía Rusia y le había producido la Unión Soviética, pero había nacido en Moscú, ahí se había educado y ahí había hecho su vida. Era hija de exiliados españoles, comunistas convencidos; su padre fue un alto

militar de la República que en la URSS formó parte de la élite, llegó a dar clase en la academia militar soviética, la Frunze, y a codearse con Tito, Ceaucescu y Gorbachov. El marido de Tata, Vitia, también descendía de la élite militar soviética y él mismo fue un alto oficial de la Marina. Como tales, ambos disfrutaron de los privilegios de su clase en aquel sistema. Y también de la cara oscura. Cuando Tata quiso mudarse a España para cuidar de su madre, que ya había vuelto, su marido tuvo que renunciar al ejército porque no podía salir del país conociendo secretos militares. Lo hizo, pero su suegra murió y decidieron quedarse en Moscú. Vitia no pudo volver al ejército, se quedó con la pensión y empezaron a ir mal dadas económicamente en Rusia.

Tata, la hija y esposa de altísimo cargo militar, fue una de las mujeres que no tuvo remilgos y pasó de ser una señora con un estatus privilegiado a ser una trabajadora de la limpieza, regenta doméstica. Tata nos limpiaba y planchaba, pero también hacía la compra por nosotros en mercados rusos donde todo era muchísimo más barato que en Stockman o Ramstore. La pobre mujer ponía el grito en el cielo cuando veía el precio que habíamos pagado por algún artículo que veía en la nevera:

—¡La carne y el esturión os los compro yo! ¡Os roban descaradamente!

O cuando veía la cantidad de aceite de oliva que usábamos; ella lo dosificaba a cucharadas. Nosotros, por nuestra parte, poníamos el grito en el cielo cuando veíamos que lo primero que hacía al llegar a casa era encender el horno y dejarlo abierto "para calentar un poco más la casa" y abrir todos los grifos (el de la cocina y el del baño) con el agua ardiendo "porque es bueno para limpiar".

—¡Por favor, Tata! ¿Se da usted cuenta del agua y el gas que está derrochando?

—Tranquilos, cuesta *kopeks* (céntimos). Como el teléfono.

Era la cultura de una vida subvencionada y, sobre todo, la de un país al que le sobraban el gas y el petróleo. Pocos años después, en su supuesta némesis, Estados Unidos, me encontraría con la misma cultura del derroche de energía, traumática para quien se ha educado en la escasez europea.

Tata, además, era un manantial de reflexiones y frases lapidarias sobre su país de nacimiento y educación. Tenía una teoría para el declive de la Unión Soviética y de Rusia, que valía igual para la pobre gastronomía como para

explicar por qué en general las mujeres eran mejores y más guapas que los hombres: “Los cultivados y exquisitos eran los nobles, la aristocracia, y estos desaparecieron, en el exilio o fusilados. De los hombres que quedaron, a los mejores los mataron en la guerra o en el Gulag. Así se ha ido deteriorando la especie y la cultura en este país. Cada vez más primarios, más brutos”. La teoría de Tata puede ser un poco exagerada, pero tiene una base.

Tata estaba acostumbrada a adoptar a los corresponsales, sobre todo cuando los veía jóvenes. Era mi caso. Yo era joven y nunca había tenido servicio ni había sido jefa; tardamos demasiado en encontrar el equilibrio en nuestra relación porque yo rechazaba a una madre sobreprotectora y no sabía cómo hacer de jefa. Ahora ya es demasiado tarde. Ojalá Luis Rivas, otro excorresponsal adoptado, pueda rendirte el tributo que quería, aunque sea póstumo para ti, Tata.

Tata estaba muy enamorada de *su Vitia*. “*Mi Vitia* no se queda en casa emborrachándose como los demás hombres y viviendo a mi costa”. *Su Vitia* hacía de chófer para extranjeros. La quería y la mimaba. Nunca la pegó ni la violó.

En una ocasión fuimos a hacer un reportaje a un *campo de trabajo correccional*, es decir, una cárcel, de mujeres, en Mojáisk, a unos 100 kilómetros de Moscú. Nos invitó el Gobierno de Yeltsin para hacer propaganda porque “como regalo de Navidad” les dedicaba un presupuesto extra con el que iban a comprar alimentos y medicinas. Según todos los informes internacionales, en las cárceles rusas era alarmante el nivel de hacinamiento y miseria, pero nosotros no vimos nada de eso. Vimos lo que el Gobierno quiso que viéramos. Una fábrica, un taller de confección e imagino que seleccionaron debidamente a las presas con las que podíamos hablar. Hablé con ellas y me sorprendieron dos cosas: la cantidad de mujeres condenadas por homicidio que habían matado a sus maridos y lo bajas que me parecían las penas, entre cinco y siete años. Se lo comenté a la guía, que me respondió: “Es que cuando los jueces oyen por lo que pasaron estas mujeres antes de matar a sus maridos, les ponen lo mínimo que pueden”. Las madres, sobre todo las madres de hijos varones, merecen un capítulo aparte que dejo para más adelante.

9. CUESTIÓN DE FE

Al dar carpetazo a la Unión Soviética en 1991 se acabaron también siete décadas de ateísmo. La religión fomentada por el comunismo fue el ideal del *hombre nuevo*, el *Homo sovieticus*, y una serie de ideales colectivos dictados por el Partido, el nuevo Dios, el nuevo patriarca. Cuando todo eso se desmoronó, resurgió la fe en la religión cristiana ortodoxa, la religión como esencia de Rusia.

Durante la URSS, algunas iglesias fueron dinamitadas y otras se usaron como almacenes o piscinas. La catedral de Moscú fue una de las destruidas por Stalin, y las estaciones de metro que el *papaíto*[4] ordenó construir fueron los nuevos templos. Los avances tecnológicos eran los nuevos santos, los nuevos iconos. Futurismo, materialismo y proletariado avanzaban de la mano.

En plena crisis económica de los noventa, una de las prioridades del presidente Yeltsin fue la reconstrucción de la catedral del Cristo Salvador, que inauguraron en el año 2000 y fue todo un acontecimiento. Al poco, el templo acogió las reliquias de san Pantaleón, traídas desde Grecia, y yo fui testigo del fervor que despertaron. Colas de hasta siete horas para verlas. Muchas mujeres mayores, pero también jóvenes. Lo que les empujaba era una mezcla de fe religiosa y nacionalismo, recuperar las ceremonias religiosas formaba parte de recuperar la tradición rusa y dejar los setenta años de comunismo en un paréntesis.

Borís Yeltsin se alió con el patriarca de la Iglesia ortodoxa y Putin hizo lo mismo desde el primer momento. A su lado ha tenido Putin al patriarca desde el primer día cuando ha invadido Ucrania.

El resurgir de la religión fue acompañado de la rehabilitación del último

zar y su familia, fusilados por los bolcheviques. Aquel mismo año 2000 canonizaron a Nicolás II en un tiempo récord y, ante las críticas, la Iglesia tuvo que aclarar que no lo hacía santo por sus actos, sino por su martirio en la muerte.

Rusia es también un país de supersticiones, y ambas confluyeron en una de las traductoras que trabajó para la corresponsalía. Era muy devota y me explicó que la prueba de que los bolcheviques querían acabar con Rusia fue la destrucción y el pillaje en las iglesias. “Porque antes de la Revolución podías recorrer toda Rusia oyendo el sonido de las campanas, y ese sonido encadenado mataba los virus”. Y añadió: “Esto que digo es científico”.

La distancia entre estaciones de metro en Moscú es muy larga, lo habitual es que la estación más cercana al domicilio quede lejos, y que esa distancia entre estaciones la cubran furgonetas. Cuando llegué en agosto de 1998 la furgoneta que me acercaba a la parada más cercana era la 666. En mi ignorancia, esa cifra me resultaba divertida y fácil de memorizar.

Nada más. Hasta que me enteré de que había una movilización ciudadana para que le cambiaran el número a esa línea. 666 era la cifra ¡del diablo! Para mayor ofensa de los fieles, en su trayecto entre las estaciones de Novye Cheryomushki y Prospekt Vernadskogo, la furgoneta pasaba por delante de la iglesia de la Trinidad. La línea había entrado en funcionamiento en 1983 y en cuanto cayó el comunismo, y el ateísmo oficial, en 1991 se inició la campaña para el cambio. La campaña se vio recompensada el 26 de marzo de 1999. La línea 666 pasó a ser la 616.

10. EPISODIO NINOTCHKA

En Rusia, la distancia más corta entre dos puntos nunca es una línea recta.
DICHO POPULAR

Ninotchka, la película de Ernst Lubitsch con Greta Garbo, es una comedia y los personajes son una caricatura. Ella, una comisaria estalinista estricta, fanática; ellos, Bulianov, Iranov y Kopalski, son tres funcionarios corruptos y vencidos por los placeres del capitalismo en París. La Rusia de 1998 no era ni de lejos la del estalinismo de los años treinta, pero aquellos tres personajes me vinieron a la mente en mi primer encuentro con un trío de funcionarios. Al llegar a Moscú, uno de los primeros consejos que recibí de otros occidentales fue: "Hay que romper el invierno, no hay quien sobreviva anímicamente a un invierno entero aquí", matizado por un "no dejes pasar más de dos meses sin salir de Rusia, aunque sea un fin de semana en Helsinki, sal de aquí a respirar. Si no, explotarás". El consejo de otros corresponsales fue: "Tienes que sobornar al menos una vez al año a Fulano y Mengano. No te harán la vida más fácil, es simplemente para que no te la compliquen más aún".

Fulano y Mengano eran los encargados en el Ministerio de Exteriores de *atender*, más bien controlar, la información que se hacía en castellano/español. "Basta con que los invites a comer o les regales una botella de buen coñac". Les encantaba el coñac a los rusos. "Y lo tienes que hacer pronto porque ellos ya saben que tú has aterrizado y están esperando ese primer soborno". Quedamos un día para invitarlos a comer. Y empezó *Ninotchka*.

—¿Vosotros tenéis coche? —preguntaron por teléfono.

—Aún no, pero la corresponsalía tiene un chófer que pone el suyo.

—Pues nos pasáis a buscar por el ministerio porque nosotros no tenemos.

Allá que fuimos en el Lada gris de Anatoli. Siguiente sorpresa: no eran

dos, sino tres. Más nosotros tres, ¿seis en un coche? "No hay problema, nos apretamos un poco y ya está". ¿Y ya está? En estas me vi cruzando Moscú sentada en el regazo de uno de los tres funcionarios rusos porque fue la única manera de meter cuatro adultos en el asiento trasero. En ese momento quedé instalada en *Ninotchka* para el resto de la jornada. Los tres funcionarios contaron sus penurias, lo mal pagados que estaban, la carestía de todo, y me hicieron un interrogatorio sobre mi currículum. Se sabían de memoria lo expuesto en la solicitud de visado y de acreditación de periodista.

La comida se hizo eterna y casi acaba en indigestión. Habíamos elegido un restaurante italiano pensando en que la factura sería moderada; aún no habíamos asimilado que tal cosa no existía. O comías *en ruso* o te cobraban como si fueras millonario. No había término medio en la Rusia de los noventa: o pobre o millonario, esa era la lógica de la oferta. Salvaje.

El año que viene, botella de coñac. No volvemos a pasar por esto.

Entre comida y coñac transcurrió un año en que constatamos lo advertido por nuestros colegas; ese departamento no nos ayudó en ninguna gestión, no nos facilitó el trabajo y vamos a creer que tampoco lo empeoró. Cuando llegó el momento de volver a sobornar, compramos una botella de Cardenal Mendoza, creo recordar, y un Chivas, y el jefe de la corresponsalía, Carmelo, me comisionó a mí para la entrega. Entrar en el Ministerio de Exteriores ya es toda una experiencia a la que me referiré más adelante.

Llegué al despacho en cuestión y aquel día volvían a no ser dos, en esta ocasión el dúo se había reducido a uno, le entregué las dos botellas y enseguida se dispuso a guardarlas. Abrió un armario pequeño y dentro vi todo un alijo de botellas de coñac y whisky. El funcionario se dio cuenta y para justificar aquel almacén soltó: "Es que nunca sabes cuándo te va a hacer falta". Lo dijo alzando un brazo y con la mano señalando a las alturas. Yo era un eslabón más de la cadena. Yo lo sobornaba a él y a su colega, ellos con mi soborno sobornaban a superiores, y así sucesivamente.

11. IVANOV

No es un cuarto personaje sacado de *Ninotchka*: Igor Ivanov era entonces el ministro de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa. Mi primer encuentro con él fue al poco de llegar, y podría decir que le debo indirectamente mi carrera como corresponsal.

Como he comentado anteriormente, en agosto-septiembre de 1998 Rusia era noticia de portada por el impago de su deuda internacional, por el derrumbe del rublo, por, en definitiva, el fin del espejismo de la transición rusa del comunismo al capitalismo. El castillo caótico de naipes cayó estrepitosamente, igual que el invento de *Zorba el griego*[5], pero carente de toda poética.

El ministro de Exteriores convocó una rueda de prensa y fui a cubrirla con la camarógrafa y el traductor de la corresponsalía. Fue mi primera rueda de prensa en Rusia. Recién llegada. Una inmersión repentina en la política rusa con la que iba a ganar mi primer contrato de corresponsal, pero yo aquella tarde no lo sabía.

Hacia el final de la conferencia de prensa el traductor me comentó de pasada, sin darle mayor importancia, que Igor Ivanov hablaba español. ¿Cómo? Hice sacar la cámara del trípode y enchufarle el cable del micro para, en cuanto terminara la última respuesta, correr al estrado a hacerle preguntas en castellano.

—¡Ministro, para Televisión Española!

—¿Para el *Telediario*?

—Sí, el de esta noche.

Y en el *Telediario* de TVE tuvimos declaraciones en castellano del ministro

de Exteriores de la Federación Rusa.

Aquellas palabras en castellano, en exclusiva para TVE, sumaron muchos puntos para que el entonces jefe de los Servicios Informativos, Javier González Ferrari, cambiara de opinión y yo pasara de ser una enviada especial a la espera de excedencia a ser la corresponsal adjunta de TVE en Moscú. La vida a menudo es una sucesión de azares.

En aquella rueda de prensa determinante para mi carrera le entregué una tarjeta de visita al ministro y le pedí una entrevista. Me la concedió.

La sede del Ministerio de Exteriores es una de esas imponentes torres de Stalin, una de las *siete hermanas*, los siete rascacielos mastodónticos que Stalin ordenó construir tras la Segunda Guerra Mundial para emular los rascacielos de Estados Unidos. Durante décadas, su perfil punteaba Moscú, una ciudad con siete colinas, como Roma, y con pocos edificios elevados en aquella época. Otras *hermanas* similares se construyeron en otras capitales de repúblicas soviéticas o países satélites, como la torre de Varsovia en Polonia.

Entrar en el Ministerio de Exteriores produce una impresión similar a la de ser Gregor Samsa convertido en cucaracha[6] o entrar en *El castillo* de Kafka o *El proceso* de Orson Welles. Las dimensiones de todo, desde la fachada a los interiores de techos altísimos, son tan enormes que te sientes ínfima. El poder de una política de Estado a través de su arquitectura. Mi mezcla de éxtasis y congoja dentro de ese vestíbulo le resultó evidente al funcionario que vino a buscarme para acompañarme a las dependencias del ministro. En inglés le trasladé mi impresión. "Sí —complementó él—, y si prestas atención, oirás la voz del fantasma de Gromiko". Andrei Gromiko fue ministro de Asuntos Exteriores de la URSS entre 1957 y 1985. Veintiocho años.

Llegar a la antesala del despacho del ministro fue laberíntico. Subir en ascensor hasta determinada planta para luego descender unos escalones y montarnos en otro ascensor. Al final, sentados en aquella antesala, salió el propio ministro a recibirnos. En un castellano impecable y con un encanto nunca experimentado antes en mi corta experiencia rusa me invitó a pasar a su despacho.

—Ningún periodista entra en mi despacho, pero contigo haré una excepción porque eres española. En deferencia a mi amigo Javier.

—Javier… ¿Solana?

—Sí, claro. ¡Un querido amigo! Hablamos todos los días.

Javier Solana era entonces el secretario general de la OTAN y mi interlocutor, el anfitrión que me agasajaba en nombre de su amistad, era el ministro de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa. Desde el inicio de las guerras de desintegración de Yugoslavia en 1991 la OTAN y Rusia volvían a estar enfrentadas. Rusia, con sus hermanos ortodoxos serbios; Occidente, con el resto. Volvía a hablarse de guerra fría. A finales de 1998, cuando se produjo la escena que relato, la tensión crecía por la política del presidente serbio, aún yugoslavo, Slobodan Milosevic, contra la población albanesa (musulmana) de Kosovo, aún dentro de aquella Yugoslavia residual. A los pocos meses, en marzo de 1999, la OTAN, con Javier Solana al frente y sin autorización de la ONU, donde Rusia tiene derecho a veto, bombardeó posiciones serbias en Kosovo y Belgrado. Ivanov, durísimo contra aquellos bombardeos, me aseguró que siguió hablando a diario con "su amigo Javier".

Ivanov y Solana se conocían de los años madrileños del primero. Cuando España no había restablecido aún relaciones diplomáticas plenas con la URSS, en los últimos años del franquismo, ambos países acordaron tener *misiones comerciales*, el eufemismo para las protoembajadas. Ivanov, casado con la hija del viceministro de Asuntos Exteriores, fue el elegido como enviado *comercial* a España. Cuando muerto Franco se restablecieron relaciones diplomáticas, en 1977, Ivanov se integró en la embajada. Años más tarde, en pleno derrumbe de la URSS, Gorbachov lo nombró embajador y Yeltsin lo mantuvo. Fue en aquellos años cuando Igor Ivanov conoció y entabló relaciones con distintos estamentos de la sociedad y la política españolas, entre ellos, Javier Solana. Zalamero, Igor Ivanov suele decir que España fue su primer amor.

El escenario abrumador del ministerio, donde tenía la sensación de que todo era dos tallas demasiado grande, y aquel ministro de pelo, poco, y ojos morenos, que me hablaba en un perfecto castellano y gastaba ademanes españoles, me producían, una vez más, sensación de irrealidad. ¡Este país me mueve siempre entre el sueño y la pesadilla! Las formas de Igor Ivanov eran tan *españolas* que por inercia a mí me salía tutearlo y darle toquecitos en el brazo, igual que él hacía conmigo. *¡Anna —le gritaba yo a mi cerebro—, repíteme que no es un colega en un bar de Madrid, es el ministro de Asuntos*

Exteriores de Rusia!

Al cabo de un año aproximadamente me invitaron a una cena con periodistas y diplomáticos. En mi mesa abundaban los francófonos; el de mi lado recordaba además a una cierta estirpe de diplomáticos franceses, a lo Dominique de Villepin o Michel Barnier.

—¿Trabaja en la embajada? —le pregunté.

—No, en el ministerio.

—¿En París?

—¿París? No, aquí en Moscú. Soy el interlocutor de la prensa en francés.

¡Acabáramos! El comensal que yo había tomado por un diplomático francés era el *comisario* de mis colegas francófonos. Le transmití mi fascinación por el mimetismo de los diplomáticos rusos con los idiomas y culturas extranjeras, y comenté el caso de Ivanov.

—Ja, ja, además, como es muy moreno, eso ayuda. Pero no se engañe, si le mira a los ojos, se dará cuenta de que es ruso.

"Si le mira a los ojos, se dará cuenta de que es ruso". Y me lo decía un diplomático ruso. No era un prejuicio mío, tenían en efecto una mirada particular, ¿más fría? ¿Más inexpresiva?

Una tarde a principios de 1999 sonó el teléfono de la corresponsalía:

—Quería hablar con Anna Maria.

—Aquí no hay ninguna Anna Maria.

Karina, la productora-traductora de la oficina colgó. Llamada equivocada. Volvió a sonar el teléfono:

—Quiero hablar con Anna Maria.

—Ya le he dicho que aquí no hay ninguna Anna Maria.

—No me cuelgue. Sí hay una Anna Maria. Anna Maria Bosch Batlle. Soy Igor Ivanov, el ministro de Exteriores.

Glups.

La confusión se debió a que profesionalmente nunca he usado mi nombre completo, lo he reducido a mi primer nombre de pila y mi primer apellido: Anna Bosch. Así firmo, así consta en todas mis comunicaciones y en mis tarjetas de visita, también en aquella que le entregué el primer día al ministro. Si él se refería a mí con mis dos nombres y mis dos apellidos significaba que la referencia no era mi tarjeta de presentación, sino los

papeles administrativos que yo había tenido que rellenar para que el Gobierno ruso me autorizara a vivir y ejercer como periodista en aquel país. Igual que me había ocurrido meses antes con los tres funcionarios, antes de hablar conmigo el ministro se había leído mi dosier. Hoy imagino que rastrean en Google y otros buscadores.

¿Por qué el ministro me llamó a mí y no al corresponsal jefe? ¿Porque a mí ya me había conocido en persona? "Porque —atención— yo sé que quienes mandáis sois las mujeres. Y por eso te llamo. Porque yo puedo ser ministro de la Federación Rusa, pero a la hora de la verdad quien manda es mi mujer".

De una manera bizantina me propuso un trato. Los bombardeos de la OTAN ya habían empezado y nosotros le habíamos pedido una entrevista en directo para el *Telediario*. El trato que me propuso por teléfono fue que él concedería la entrevista si previamente hacíamos un reportaje al ballet del Kremlin, cuyas relaciones públicas llevaba su esposa Katia. El reportaje debía emitirse cuando se acercara la fecha de las actuaciones del ballet en Barcelona. Respondí que lo tenía que consultar con el corresponsal jefe. Lo hice y aceptamos. Era un buen trato: entrevista con el ministro y reportaje de uno de los ballets importantes de Rusia. Dos pájaros de un tiro, lo que en inglés llaman una *win-win situation*, un pacto que beneficia a ambas partes.

En poco tiempo descubrí que ese trato el ministro lo hizo con todos los corresponsales de medios que llegaban al público catalán. En todos fue apareciendo el reportaje sobre el ballet y, con pocos días de diferencia, una entrevista con el ministro.

Llegó el día de ir a grabar un ensayo del ballet. En el Kremlin, dentro del Palacio Estatal, la sede del ballet, una construcción soviética horrenda, una bofetada estética al conjunto histórico del Kremlin, la ciudadela de Moscú. Era el 12 de mayo de 1999. Nevaba. Íbamos provistos de nuestro pase para entrar, una autorización para que Televisión Española grabara el ensayo.

Llegamos al control de entrada y el soldado o policía, no recuerdo bien, mira el papel y va leyendo en voz alta los nombres que figuran en él. Nos identificamos los tres.

—¿Y el permiso de la cámara?

—¿Qué permiso de la cámara?

—Aquí constan tres personas, pero no dice nada de una cámara.

—Pero es evidente, ¿no? Si es una autorización para que Te-le-vi-si-ón Española grabe, se sobreentiende que venimos con una cámara. ¿Cómo grabamos para te-le-vi-si-ón, si no?

—Aquí no dice nada de una cámara.

Atónita, una vez más, llamo —ya teníamos teléfonos móviles— al jefe de prensa del ministro para comentarle la situación.

—Pásamelo. —Le paso el teléfono al guardia contándole que es el jefe de prensa del ministro.

—¡¿Quién es usted para que yo atienda su teléfono?!

La productora-traductora se puso al teléfono, le contó en ruso al secretario que el guardia se negaba a atender el teléfono de la corresponsal, hablaron y, al final, que nada, que manda el guardia. Tuvimos que dar marcha atrás bajo la nieve, ir en busca de un fax para mandar una solicitud para entrar con una cámara de televisión en el recinto del Kremlin y esperar a que nos devolvieran un fax con el visto bueno.

La traductora exclamó: "¡Si hubiesen defendido las fronteras con el mismo afán!". Conseguimos el permiso dichoso y cruzamos las murallas del Kremlin, y cuando llegamos al despacho del director del ballet del Kremlin: "Creo que hoy no vais a poder grabar el ensayo".

Nos señaló el televisor. Borís Yeltsin había destituido al primer ministro, Yevgueni Primakov, un político de peso, y a todo el Gobierno. Evidentemente, tuvimos que dar media vuelta y dedicarnos a seguir esa información de última hora.

Ese 12 de mayo era el día pactado para que el ministro de Exteriores estuviera en directo en el *Telediario* de TVE de las tres de la tarde. En ese momento el ministro estaba, como el resto del Gobierno, destituido, lo lógico era que suspendiera la entrevista, pero nos llevamos la grata sorpresa de que Igor Ivanov mantuvo su compromiso. Nos apuntamos un doble tanto: tuvimos al ministro de Exteriores de Rusia en directo en el *Telediario* para comentar los bombardeos de la OTAN sobre Yugoslavia (que habían empezado a finales de marzo) y para hablar de la noticia del día.

Las conexiones en directo importantes las hacíamos en los estudios de Eurovisión, una habitación del mencionado Hotel Rusia con la vista espectacular del Kremlin. Ahí habíamos citado al ministro Ivanov. Llegó

campechano como siempre, como si no hubiese una crisis importante de Gobierno, y una vez sentado delante de la cámara me preguntó: "¿Y el maquillaje?". Horror, no había nadie para maquillar.

—Perdone, no tenemos a nadie para maquillar, pero si quiere, yo le puedo prestar los polvos que llevo contra los brillos.

—De acuerdo, maquíllame tú. —Y ahí me vi yo, de rodillas junto al ministro ruso, aplicándole polvos en la cara contra los brillos.

—Sobre todo en el aeródromo.

El ministro se refería a su calva, que, él era consciente, brillaba especialmente bajo los focos. Ese hombre con su talante me ponía una vez más al borde de perder los papeles como periodista. Grabamos el *making of* de aquella entrevista para el *Telediario*, incluida la escena del maquillaje, pero desconozco si esa grabación se conserva.

12. UN PAÍS, DOS SISTEMAS

El día a día de los corresponsales y los diplomáticos transcurría mayormente en Moscú o en San Petersburgo. En las dos capitales. Un mundo aparte. Rusia, la Federación Rusa, sigue siendo el país más extenso de la Tierra, 17 millones de km^2. Como referencia, en el orden por extensión detrás de Rusia van Canadá, con 9,9 millones de km^2; China, 9,7, y Estados Unidos, 9,3. Rusia, cuyo territorio cruza el Círculo Polar Ártico, tiene once husos horarios; cuando desayunan, pongamos a las ocho de la mañana, en el enclave de Kaliningrado, en el mar Báltico, en el krai de Kamchatka, frente a la costa de Alaska, están cenando o preparando la cena a las seis de la tarde. Pero a finales de los noventa no hacía falta hacer miles de kilómetros para notar el contraste cotidiano; bastaban, por ejemplo, los 200 kilómetros que separan la capital de la ciudad de Tula. También tiene un kremlin, una fortaleza y palacios de la época zarista, pero no le habían dado la mano de pintura de las dos capitales. La oferta comercial poco había variado desde los tiempos soviéticos, y la mentalidad, tampoco.

Fuimos en invierno y el viaje fue una experiencia onírica. Salimos de Moscú entre las 8 y las 9 de la mañana y aún no había amanecido. Entre la oscuridad, el sueño y el calor de la calefacción —en Rusia llevaban la calefacción de los coches al máximo—, me quedé dormida. Cuando desperté ya había amanecido y me sorprendió un paisaje de fantasía. La carretera cruzaba un bosque de abedules helados, esos árboles esbeltos de troncos casi blancos parecían de cristal con la capa de nieve y hielo que los cubría. La debilidad del sol que nos alumbraba daba un tono suavemente azulado al *travelling* que yo admiraba a través de un claro que había hecho en el vaho

que cubría la ventanilla. Las carreteras eran precarias y poco transitadas, no había áreas de servicio ni socorridos hoteles-cafetería de carretera. *Niet*. En estas vi, como un espejismo, una *isba*[7] en la que me pareció leer "restaurante" o "café". Le pedí a Anatoli, el conductor, que parara, que necesitaba ir al baño.

—Lo sé, me lo has dicho hace un rato.

—¿Por qué no has parado?

—¿Tú tienes muchas ganas de entrar en ese lugar?

—Yo tengo ganas de orinar.

—Si te fías de mí, espera un rato.

Todos nos fiábamos de Anatoli, el hombre tranquilo de la corresponsalía. Anatoli siguió conduciendo su Lada y al cabo de unos minutos aminoró la marcha y se paró en la cuneta.

—Ahí, entre los árboles, tienes un hueco discreto de fácil acceso. Mejor si haces tus necesidades ahí, créeme.

Cómo debían de estar los aseos de los que Anatoli me libró.

Los hoteles en aquella época se distinguían entre los reformados y los pendientes de reformar. También los había con solo el baño reformado. A Tula no habían llegado las reformas aún. Una mañana, para desayunar pedí una tortilla de queso; luego había que aprovechar las pocas horas de luz y ya no volveríamos a comer hasta la tarde-noche.

—No tenemos tortilla de queso.

—Pero sí hay huevos fritos.

—Sí. Huevos fritos, sí.

—Y también queso.

—Sí.

—¿Y con esos huevos y ese queso no me pueden hacer una tortilla de queso?

—No tenemos tortilla de queso.

—¿Podría hacerme una tortilla con esos huevos?

—Sí.

—¿Y traerme un poco de queso?

—Sí.

—¡Perfecto! ¡Muchísimas gracias!

En las calles no había mucho ambiente porque hacía un frío helador y porque ¿para qué vas a salir, si apenas tienes dinero ni donde gastarlo? Del trabajo a casa y de casa al trabajo. Nosotros necesitábamos gente en exteriores para que las imágenes de Tula no fueran una sucesión de postales; hacíamos crónicas de televisión. Necesitábamos algo de movimiento.

Vimos que la estación de tren estaba al descubierto, como si fuera una parada de tranvía, y se nos ocurrió esperar al próximo tren para grabar las imágenes de pasajeros bajando y subiendo, yendo y viniendo. Apenas habíamos empezado a grabar cuando vino la policía y nos detuvo. Los centros de comunicación y transporte eran objetivos estratégicos, no se podían tomar imágenes. A comisaría. Estuvimos unas horas en el calabozo y afortunadamente la batería del teléfono móvil me duró lo suficiente para llamar a la corresponsalía en Moscú para que se pusieran en contacto con la embajada y el Ministerio de Exteriores y aclararan la situación. Cuando salimos ya hacía horas que había anochecido, es decir, ya no había luz para grabar. Jornada de trabajo perdida.

En Rusia seguía habiendo dos precios: uno para ciudadanos rusos y otro para extranjeros. Para el transporte o las entradas a los museos o al teatro. Si eras ruso, pagabas un precio que nos parecía menos que simbólico; si no lo eras, un precio de turista y, por supuesto, en dólares.

Para hacerse una idea, una tarde pagué, a última hora, en la misma puerta del Teatro Bolshói, una entrada de palco por 50 dólares. ¡En la reventa! Quien me la vendía habría pagado en rublos menos de una décima parte.

Había también una esquizofrenia tecnológica. ¿Cómo es posible que el único país capaz en aquel momento de tener una estación espacial, la MIR, tuviera unos electrodomésticos tan obsoletos?

En el verano del año 2000 acompañé una delegación del Gobierno de Canarias a la Ciudad de las Estrellas, la sede de la agencia espacial rusa, el Houston de la NASA rusa. El acuerdo entre ambos Gobiernos era que al regreso de su estancia en la MIR los cosmonautas se recuperarían físicamente en Canarias, ahí les harían el seguimiento médico de cómo afectan largos periodos de ingravidez al cuerpo humano. La firma del acuerdo se iba a producir en Moscú y previamente nos mostraron la sede de una agencia que, excepto en la llegada a la Luna, había ido siempre por delante de Estados

Unidos. Los primeros en poner un ser vivo en órbita, la perra Laika, los primeros en poner un ser humano en órbita, Yuri Gagarin, y los primeros en tener una estación espacial. Antes de entrar al lugar más emblemático, la sala de control desde donde se monitorizan las trayectorias de los cohetes y se establece el control con los cosmonautas, uno de los miembros de la delegación canaria se fijó en el mobiliario de la antesala y los teléfonos de baquelita.

—Esto es como volver a los años setenta.

—Esto es Rusia, los únicos en tener una ciudad en órbita, pero aún con teléfonos de baquelita. Los avances que se logran por interés militar no se usan para mejorar la tecnología, la vida civil.

13. APRENDIENDO RUSO

Bienaventuradas las empresas que disponen de personal preparado para cualquier eventualidad y, si no, les dan tiempo para prepararse. No es el caso de TVE ni fue el mío. Yo, además de catalán y castellano, hablaba francés, inglés, italiano y estaba estudiando alemán, pero no tenía ninguna noción de ruso más allá de los tópicos *spasibo*, *da* y *niet*. Gracias, sí y no. Todos los corresponsales de TVE hemos tenido que empezar nuestro ruso de cero ya en Moscú. Trabajar en una sociedad que no entiendes es difícil y, salvo que seas una completa inconsciente o una frívola, produce mucha inseguridad porque nunca estás segura de qué escuchas ni de cómo le llega traducido a tu interlocutor lo que tú dices. Pero las cosas vienen dadas como vienen, y ahí me vi yo estrenándome como corresponsal y haciéndolo en una lengua que no manejaba. Retos, a pares. Nada más llegar contratamos a una profesora —y sustitutas— para clases intensivas.

Hay un cierto consenso en que una lengua, en cuanto que construcción arbitraria, cultural, suele reflejar una manera de pensar, un marco mental. Sin ser fundamentalista de este principio, aprender el ruso que hablaban en aquel fin de siglo me daba una idea, aunque eso contribuyera a mi confusión, de cómo veían la vida. Voy a poner algunos ejemplos. *Poluchit*. Recibir. Recibían un coche, recibían un apartamento. Recibían. No compraban, no les vendían, recibían. Aunque en aquella época ya funcionaban, mal funcionaban, las leyes del mercado y los bienes se compraban y vendían, el lenguaje iba rezagado y seguían diciendo recibir, hasta el punto de que en alguna ocasión las profesoras nos corregían para que usáramos ese verbo y nosotros nos rebelábamos: "¡¿Cómo que *poluchit*?! Lo he pagado, me lo he

ganado, no me han regalado nada. ¡No lo he recibido, lo he comprado!".

Gueroi. Héroe. Rusia rebosa de héroes y heroínas. En aquella época había un programa de televisión titulado *Héroe del día.* Usaban el término tanto para verdaderas heroicidades como para comportamientos ejemplares o éxitos. O simplemente para singularizar. En la España actual a veces los *héroes* rusos pueden traducirse por un *campeón* o *crack*, o simplemente, *protagonista*.

Vlast. Si buscan en un diccionario, encontrarán una traducción: poder. Error. Es más que poder, es un poder que te domina, que lo domina todo e, importante, un poder que no siempre es fácil de identificar en una persona o un organismo, lo cual lleva inmediatamente a cuestionar si cuando hablan de *vlast* se refieren al Gobierno. ¿Es el Gobierno el verdadero *vlast* que lo mueve todo?

Zapad. El oeste, Occidente. Que sea un punto cardinal es secundario, muy secundario, lo fundamental y omnipresente en el lenguaje de cualquiera, y no digamos ya si es un político, es que *Zapad* significa 'Occidente', *Zapad* somos los occidentales y *Zapad*, por resumir, viene a ser la fuente y razón de casi todos los males de Rusia. Cuando oyes *Zapad* en boca de un ruso, ponte en guardia, occidental, como cuando oyes a un británico decir *Europe* o *the European Union.* En los discursos de Vladímir Putin desde su famoso discurso en la Conferencia de Seguridad de Múnich en 2007, *Zapad*, Occidente, está cada vez más presente, como lo está en las cadenas de televisión que controla el Kremlin. *Zapad* es demoniaco, se mueve solo por un objetivo: acabar con Rusia. *Zapad* no es la democracia que predica, *Zapad* es profundamente hipócrita. Y *Zapad*, Occidente, es, en el discurso del *vlast* ruso, Estados Unidos. El resto somos meros vasallos, esclavos de Washington.

En clase de ruso también aprendimos que hay dos gentilicios para denominar a los ciudadanos rusos: *ruski* y *rosiski.*

Todos los ciudadanos rusos son *rosiski*, pero *ruski* son solo los ciudadanos rusos y de etnia rusa, descendientes de rusos y rusófonos. Una cosa era la ciudadanía y otra la nacionalidad. Nuestras profesoras habían nacido y se habían criado en Moscú, no habían vivido en ningún otro lugar. Tenían pasaporte ruso, eran *rosiski*, pero dentro, en el apartado de nacionalidad

constaban como ucranianas. Porque sus padres y sus abuelos eran de Ucrania.

Eto Rosía. Esto es Rusia. ¡Cuántas veces me lo dijeron Natasha, Tata, Andrés…! Era la sentencia que cerraba toda explicación a mi perplejidad. "An-na, eto Rosía". Es decir, no busques más explicaciones, no intentes razonar, no le des más vueltas a tu lógica occidental, esto es Rusia. Supongo que en España diríamos aquello de "es lo que hay" o el socorrido *Spain is different*.

Y llegó un día en que Karina, la productora y traductora, resumió el efecto *eto Rosía* con un "Anna, no nos critiques más, ya te estás comportando como una rusa". Tenía razón. En menos de dos años llegó un momento en que yo también tiraba la toalla ante la impermeabilidad del sistema. Tenía amigas que me mandaban regalos por mi cumpleaños y en Navidades, y sistemáticamente el sobre me llegaba al despacho con alguna carencia: llegaba con la tarjeta de felicitación o carta, pero sin el regalo o sin alguno de los regalos. Quise quejarme y entonces empezaron los cabezazos contra un muro.

—Tienes que ir en persona a recoger el próximo sobre o paquete que te llegue cuando esté la supervisora.

Llegó el aviso de que había un paquete para mí.

—¿Vienes, Anna, conmigo a por el paquete y así lo abres allí?

—Antes —ya estaba escarmentada— ¿te importa llamar para saber si está la supervisora?

Karina llamó, pero no le respondieron. Fue a correos en persona.

—No, hoy no está la supervisora.

—¿Y cuándo estará?

—No saben, que vayas yendo hasta que dé la casualidad de que está.

—¡No puedo ir todos los días varias veces a correos hasta que coincida con la dichosa supervisora!

—Es la única opción que dan.

—Bufff, déjalo. La próxima vez que vayáis a por el correo me traes el paquete.

—Anna, deja de criticarnos. Ya te comportas como una rusa.

14. ALÍ BABÁ Y LAS CUARENTA ADUANAS

En octubre de 1998 el corresponsal jefe, Carmelo Machín, se pudo incorporar ya a su puesto y yo volví a España para encargarme de la mudanza. Otra espiral de incredulidad. TVE contrató los servicios de la empresa que ya se había encargado de mudanzas anteriores con Rusia y conocía el protocolo. A los pocos días ya me di cuenta de que el protocolo era un no protocolo. Cada veinticuatro o cuarenta y ocho horas cambiaban las reglas de lo permitido.

Era apenas dos meses después del *crack* económico; volvía, ya lo mencioné, a haber desabastecimiento en Moscú, incluso para los extranjeros que pagábamos en dólares. Eso agravaba las carencias que, incluso en los años de bonanza, experimentaban los españoles en aquella ciudad. Conocidos de la comunidad española nos aconsejaron qué despensa incluir en la mudanza y añadieron artículos que les interesaban. Recuerdo en particular el cargamento de pañales para un diplomático que tenía una hija muy pequeña. Y empezó el baile con las leyes de importación rusas. Tenía que saber cuáles eran los límites para que se considerara mudanza y no exportación comercial. ¿Cuántos kilos de arroz? ¿Cuántos litros de aceite de oliva? ¿Cuántos de vino? ¿Cuántas latas de conserva?…

Me pasaban la normativa y de acuerdo con ella hacía la compra y rellenaba los formularios. Listo. No. Llamada de la empresa de mudanzas, que han cambiado los baremos, ahora te pasamos por fax la nueva normativa. Papeles, papeles y papeles, y continuos cambios de criterio. Tanto la empresa de mudanzas como otros extranjeros en Moscú nos habían advertido de que al igual que la normativa era cambiante, también lo era el presupuesto. El camión iba de España a Alemania, ahí la carga pasaba a la empresa asociada

que se encargaba de entrar en Rusia, cruzando Polonia y Bielorrusia, fronteras que conllevaban un recargo difícil de calcular con exactitud *a priori* porque dependía del montante que el funcionario de aduanas de turno pidiera. Llegó el día en que por fin el camión de la mudanza llegó a destino. Y siguieron los problemas imprevistos.

Era noviembre, nos citaron a media tarde y ya hacía rato que era de noche. En una sala fría y desangelada un tipo nos explicó que el camión con nuestras pertenencias estaba retenido en Aduanas porque no habíamos pagado los costes de importación. Ya estamos.

Conté no sé cuántas veces cómo yo había seguido la normativa que me habían pasado sobre mudanzas particulares. Ah, pero es que en las semanas que había tardado el camión de Madrid a Moscú, ¿lo adivinan?, la normativa había cambiado. Ahora no recuerdo la cifra, pero sí que lo que me hizo saltar los plomos de la paciencia fue la comisión que pretendían cobrar por cada kilo de arroz. "¡¿Cómo?! ¡Por ese dinero compro todos los arrozales de España! Dígame dónde está el camión porque voy y lo quemo antes que pagarles este dineral". Acudimos al servicio que presuntamente se encargaba de las relaciones y los trámites con los corresponsales extranjeros en el Ministerio de Exteriores, sí, a aquellos funcionarios salidos de *Ninotchka*: "Ay, si nosotros pudiéramos hacer algo, pero es imposible. Aduanas va por su cuenta". Aduanas va por su cuenta. Al margen del Ministerio de Asuntos Exteriores.

En aquella Rusia no es que hubiese corrupción, es que la corrupción era el sistema. Todo el mundo intentaba sacar tajada ahí donde estaba. Con el mercado *libre* se había multiplicado por mil una dinámica que ya venía de antes, basada en el soborno, el intercambio de favores y la rapiña. Desde el expolio de materias primas y empresas públicas en el proceso de privatización y el nacimiento de los *oligarcas* al empleado de la fábrica que se lleva a casa algo de la producción. La ciudad de Tula es famosa por la producción de samovares y, también, de armamento. En una fábrica de samovares me contaron un chiste-parábola de los tiempos soviéticos: la empleada de la fábrica que en el momento de jubilarse pide un samovar.

—¿Cómo? Has trabajado aquí durante treinta años ¿y no te has llevado ningún samovar?

—Me he ido llevando las piezas, pero cada vez que las ensamblo me sale un *kaláshnikov.*

Nosotros mismos nos beneficiamos en un rodaje de ese proceder corrupto, de autorrecompensarse sustrayendo a la empresa estatal en la que se trabaja. Fue en Murmansk, durante la cobertura del hundimiento del submarino Kursk. Para el reportaje de *Informe Semanal* quise grabar un *travelling* por la ría, convertida en un cementerio de viejos barcos abandonados. Le pedía a Karina que preguntara a ver si podíamos alquilar alguna barca para que nos llevara. Fue, preguntó y siguiendo las indicaciones nos encontramos delante de un barco de la marina mercante. No una barca de un particular, sino un barco, grande, de la marina mercante rusa.

—Karina, ¡cómo va a ser este barco! Que no necesitamos un transatlántico, solo una barca que nos pasee media horita.

—Anna, este es el barco que me han indicado.

—¿Te importa volver a preguntar? ¡¿Cómo vamos a alquilar semejante barco para grabar cuatro planos?!

Karina volvió a preguntar. Y nos volvimos a encontrar delante del mismo barco. Asomó un tipo y le contamos nuestras intenciones con escepticismo. *Nos va a mandar a hacer gárgaras*, pensé.

—¿Cuándo?

—¿Ahora?

—¿Cuánto pagáis?

—[…] ¿Cuánto pide?

1.500 rublos, que al cambio fueron 54 dólares.

—De acuerdo, pero me tienen que dar una media hora de tiempo para que ponga en marcha los motores.

No daba crédito. Un barco de la marina mercante a nuestra disposición para grabar unos planos. ¡Por apenas 54 dólares! Solo en combustible para poner en marcha la nave aquel hombre gastó diez o veinte veces más. Pero el gasto no fue suyo, fue del Estado; él se embolsó nuestros dólares.

PARTE III

EMPIEZA LA ERA PUTIN

1. HAY QUE ACABAR CON EL CAOS

Entre marzo de 1998 y agosto de 1999, en menos de año y medio, Borís Yeltsin cambió cuatro veces de primer ministro y de Gobierno. Esta es la secuencia: de Víktor Chernomirdin a Serguei Kirienko, de él otra vez a Chernomirdin, después Yevgueni Primakov y luego Serguei Stepashin.

Aquel agosto, el Cáucaso se había vuelto a calentar. La primera guerra contra la secesión de Chechenia (de diciembre de 1994 a agosto de 1996) se había cerrado en falso para ambos bandos, sobre todo para los rusos, que habían asumido mal la derrota. Una humillación militar solo seis años después de la otra, la retirada de Afganistán. Desde 1996, Chechenia se había convertido en una república con mucha autonomía, prácticamente independiente, pero no se calmó. Crecían las tensiones entre chechenos moderados y más radicales, por un lado, y el resentimiento de los rusos contrariados por la derrota. Para entonces ya nos habíamos familiarizado con los nombres de Aslán Masjádov, el líder militar y presidente checheno, moderado, Shamil Basáyev, otro jefe de las fuerzas chechenas, y el wahabismo, una corriente del islam a la que se adhirieron los chechenos más radicales. El sábado 7 de agosto de 1999, Basáyev invadió Daguestán con el objetivo, según anunció, de formar un gran califato en el Cáucaso. El lunes, 9 de agosto, el presidente Yeltsin destituyó a todo el gobierno Stepashin y nombró primer ministro al desconocido jefe del FSB: Vladímir Vladimírovich Putin. Yeltsin anunció además que aquel desconocido sería su candidato a la elección presidencial del año 2000.

Reproduzco parte de la crónica que mandé al *Telediario* al día siguiente, el 10 de agosto:

En la frontera entre Daguestán y Chechenia siguen los combates entre la policía, el ejército federal ruso y las guerrillas islámicas radicales. Hoy, uno de esos grupos —que controla algunos pueblos de la república— ha proclamado la creación de un Estado islámico independiente y la guerra santa contra los rusos. Unas cuatro mil personas se han refugiado en la capital de Daguestán huyendo de las zonas de los combates. Y varios veteranos de la guerra de Afganistán en la región se han presentado voluntarios para combatir a esos grupos, supuestamente dirigidos por los líderes chechenos más radicales, y piden armas. Y mientras todo suena a guerra de nuevo en el Cáucaso, en Moscú el nuevo primer ministro, hasta ayer jefe de los servicios secretos, ha dicho que el problema de Daguestán estará resuelto en dos semanas.

Stand up: en la calle, los cambios de humor y de Gobierno del presidente Yeltsin y los combates en el Cáucaso se ven como un *cocktail* explosivo. El hecho de que el nuevo primer ministro haya anunciado que no va a decretar el Estado de emergencia hace temer precisamente que sí lo haga.

¿Quién es ese Putin? Se le ve joven, 46 años, bajito y delgado, incluso cohibido. En cuanto a ser el sucesor elegido por Yeltsin, la diferencia esta vez era que Borís Nikoláyevich lo había explicitado, pero tampoco le hicimos mucho caso porque los kremlinólogos llevaban año y medio anunciando que cada nuevo primer ministro era el elegido como sucesor.

Putin era un hombre de San Petersburgo que desde niño quiso ser espía y logró entrar en los servicios secretos, perfil coincidente con el del destituido Stepashin. Había estudiado Derecho, por recomendación del propio KGB, hablaba alemán a la perfección y era un gran judoka. Su carrera como espía en Dresde cuentan que fue más bien burocrática, administrativa, nada parecido a los espías de las películas, nada parecido al Karla de Le Carré.

De Putin no había ni mucha literatura ni mucha imagen de archivo. No se le conocía más experiencia política que en la alcaldía de San Petersburgo, aquel *Banditski Peterburg*, a la sombra del alcalde Anatoli Sobchak. Fue su teniente de alcalde encargado de las relaciones ¡y las inversiones! internacionales. Tardamos años en saber que Putin y sus prácticas en el ayuntamiento no eran tan desconocidos en algunos círculos de Barcelona, porque él y Sobchak visitaron la ciudad meses antes de los Juegos Olímpicos, en febrero de 1992, e intentaron negocios. Fracasaron. Recientemente[8] los periódicos *La Vanguardia* y *El País* han publicado artículos al respecto y la foto de una comida en uno de los salones del palacete Albéniz en Montjuïc. El protocolo sentó al alcalde Pasqual Maragall frente al alcalde Sobchak, y a

su lado, a Vladímir Putin. Desde 1999, en Rusia se han publicado varios libros sobre la gestión y las relaciones de Putin en aquel ayuntamiento, pero cuando Yeltsin lo nombró primer ministro y sucesor suyo, fuera de San Petersburgo solo sabíamos que Yeltsin lo había nombrado director del FSB hacía un año, una carrera meteórica la de Putin desde que volvió de Dresde a San Petersburgo.

Dos días antes del cambio de Gobierno, el periódico *El País* publicó un artículo que guardé y del que transcribo aquí un amplio resumen porque, leído hoy, lleva a la conclusión de que el futuro inmediato estaba escrito, los datos estaban ahí, bastaba saber cómo combinarlos y quién poner al frente. El autor, Leonid Sedov, sociólogo del Centro Ruso de la Opinión Pública, escribe y saca conclusiones a partir de comparar los datos de opinión del momento, 1999, con los de 1989, *sobre el Homo sovieticus.* Se publicó el 7 de agosto; por lo tanto, el autor lo escribió y entregó antes de que la opinión pública supiera de Vladímir Putin, que ni siquiera sale mencionado en el artículo:

De "los personajes más destacados de todas las épocas y pueblos", encabeza la lista Pedro I (con un apoyo del 45% frente al 39% obtenido en 1989), que ha desbancado a Lenin, cuyo número de admiradores se ha reducido desde el 77% al 42%. […] Los rusos asocian a Stalin con la victoria en la Segunda Guerra Mundial y le asocian también con el orden férreo que tanto falta al pueblo ruso. […] Si entonces, entre los extranjeros mencionados, Einstein estaba en primer lugar con un 10%, hoy domina Napoleón, que ha incrementado su puntuación del 6% al 19%. Estamos ante un impresionante auge de la mentalidad imperial y militarista, que elige a su gusto figuras históricas de renombre. Observamos también que el primer cosmonauta, Yuri Gagarin, ha pasado del 18% al 26% y que Hitler ha subido de forma preocupante del 2% al 7%. […] De los políticos rusos en activo, los rusos mencionan a Borís Yeltsin (3%), al oculista y empresario Sviatoslav Fiódorov (2%), al líder comunista Guenadi Ziugánov (1%), al populista Vladímir Zhirinovski (1%) y al ex jefe del Gobierno Yevgueni Primakov (un 1%). Por lo visto, la sociedad rusa no ha encontrado figuras de peso que personifiquen la idea de las reformas liberales, por una parte, y la restauración comunista, por la otra. Tampoco hay una personificación fuerte para una configuración ideológica que está cobrando fuerza y que consiste en una férrea oposición tanto al comunismo como al liberalismo. […] Si se comparan las respuestas a preguntas semejante en 1989, 1993 y 1999, se aprecia un auge de los motivos nostálgicos. Así, a la pregunta: "¿Qué es lo primero que asocia con su pueblo?", la cifra de los que responden "Nuestro pasado, nuestra historia" se ha duplicado (del 24% al 48%). […] La mayoría de los encuestados ven el Estado más bien como una fuerza enemiga. En 1989, un 6% suscribía la tesis: "El Estado nos da tan poco, que no le debemos nada". Hoy, un 38% apoya semejante planteamiento. Y a la inversa, el postulado "La situación en la que se encuentra el Estado nos obliga a ayudarlo"

tiene el apoyo de un 17%, en lugar del 40% que tenía en 1989. La “patria” actual cede progresivamente su puesto a una “patria histórica” idealizada. [...] Los resultados indican que Occidente está recuperando la imagen de principal enemigo de Rusia y así lo opinan cerca del 30% de los encuestados. Casi una cuarta parte de los habitantes del país cree que la aproximación a los países de occidente y la libertad de viajar al extranjero han sido más perjudiciales que beneficiosos para Rusia (un 40% no estaba de acuerdo con este punto de vista). Ante la opción entre “Rusia debe incorporarse activamente a la cultura mundial y orientarse hacia las normas de vida occidentales” y “Rusia debe luchar contra la influencia occidental, ajena al pueblo ruso, y hacer renacer su forma de vida autóctona”, un 23% elige el primer postulado, mientras un 58% insiste en el segundo. Del mismo modo, un 57% opta por el postulado “Los rusos son un gran pueblo con una importancia particular en la historia mundial” y solo un 36% cree que “Los rusos son un pueblo como otro”. Lo más peligroso es que entre la juventud (estudiantes y escolares) esta relación es aún más pronunciada (67% frente a 31%). No parecen pues justificadas las esperanzas de que la mentalidad antioccidental se diluya a medida que crezcan las jóvenes generaciones. [...] De todas las observaciones, que no pueden ser expuestas detalladamente en un artículo periodístico, se concluye que el modelo social de corte liberal tiene pocas posibilidades de establecerse en Rusia, dada la mentalidad de los rusos hoy y las tendencias en su desarrollo. Más probable parece la tendencia hacia un régimen moderadamente antioccidental y anticomunista de carácter autárquico, que estará impregnado por los valores de la Ortodoxia y la Derzhava [Potencia, País Fuerte, término ruso que tiene que ver con Rusia como potencia en el mundo]. Alexandr Livshitz lo ha bautizado como “Bielorrusificación suave”. Y es probable que Rusia tenga que iniciar el tercer milenio con esas características[9].

2. OLA DE ATENTADOS. LA VIDA NO VALE NADA

Los rusos no recordaban una ola de atentados como la de septiembre de 1999, y es imposible hablar de la Rusia actual sin detenerse en aquellas semanas. Fueron un *shock* colectivo cuando los perpetraron sus autores y son el origen del poder y la Rusia de Vladímir Putin. Para mí fue la primera bofetada con la naturaleza despiadada del poder ruso y lo asumido que tiene la población ser carne de cañón, un mero instrumento del poder.

La madrugada del 9 de septiembre sonó el teléfono. Era la redacción central en Madrid:

—Ha habido una explosión en Moscú y al parecer hay muertos.

La redacción central funcionaba las veinticuatro horas del día, vio el *urgente*, el *breaking news*, mientras en Moscú aún dormíamos, y nos despertó. En marcha. De camino al lugar de la explosión escuchábamos en la radio la emisora *Eco de Moscú*, la mejor para estar informado. Habían pasado muy pocas horas desde la explosión y alguien ya en la radio dijo que podía ser un atentado organizado por el propio Gobierno, por los servicios secretos, para justificar una segunda guerra en Chechenia.

—¿Seguro que ha dicho eso? —preguntamos a la traductora.

—Sí, sí —contestaron ella y el conductor.

¿Cómo puede ser que una de las primeras hipótesis en público sea que el propio Gobierno ha atentado contra su población?

Llegamos al lugar, parecía el escenario de una demolición controlada. De esos grupos de bloques de viviendas pegados uno a otro, todos iguales. Uno se había derrumbado por la explosión, era un corte limpio, como si el objetivo fuera abrir una calle. Alrededor, montañas de escombros, nueve plantas de

viviendas reducidas a ruinas. En los bloques cercanos se habían refugiado supervivientes que se habían quedado sin casa ni pertenencias, pero habían salvado la vida.

Una ventaja de ser periodista mujer y joven es que generaba empatía con la gente mayor, hombres y mujeres, como si en mí reconocieran una hija pequeña o una nieta mayor. Una señora de unos ¿sesenta y tantos?, ¿setenta y tantos? años me repitió con convicción la hipótesis que tanto me había sorprendido al escucharla en la radio.

—Pero, señora, lo que usted dice es muy grave, que el propio Gobierno mata a sus ciudadanos.

—An-na, ¿quién vivía en esas casas?

—En la radio han dicho que trabajadores de una fábrica.

—Es decir, nadie. En este país, si no tienes poder, no eres nadie, tu vida no vale nada.

Yo tenía una mano de la señora entre las mías, su mirada clavada en la mía. La suya, de desazón profunda; la mía, de estupor. 106 personas muertas mientras dormían, 249 personas heridas.

Cuatro días después, la madrugada del 13 de septiembre, otra explosión. Un escenario parecido: un bloque de ocho plantas completamente destruido. 119 personas muertas, 200 personas heridas. Tres días después, el 16 de septiembre, un atentado con coche bomba frente a un bloque de viviendas de nueve plantas, en Volgodonsk, en el sur de Rusia. 17 personas muertas y 69, heridas.

Cinco días antes del primer ataque en Moscú, el 4 de septiembre, también de noche, había explotado un coche bomba frente a un bloque de viviendas de cinco plantas donde se alojaban militares rusos con sus familias, en Buinaksk, en Daguestán. En el Cáucaso. 64 personas muertas, 133 personas heridas. La explosión de otro coche bomba se abortó porque lo descubrieron unos vecinos, en un aparcamiento cercano a un hospital militar y bloques de viviendas. 306 personas muertas en atentados en menos de dos semanas. Vladímir Putin aún no había cumplido un mes como primer ministro.

Con pocas sorpresas, el Gobierno ruso atribuyó los atentados casi inmediatamente a terroristas chechenos, y acto seguido empezó un registro sistemático de viviendas donde residían chechenos. Empezaron a detener a

negros, chiornis. Así, como *negros*, se refieren despectivamente en Rusia a los ciudadanos de las repúblicas caucásicas por su aspecto físico. Gentes de pelo y ojos oscuros, piel menos pálida, un pronunciado aspecto mediterráneo, podríamos decir.

En aquella época, el reportero gráfico, *cameraman*, de la corresponsalía era Juan Paco Dirube, y tanto él como Carmelo tenían, y siguen teniendo, un aspecto muy *mediterráneo.* En más de una ocasión en que nos desplazábamos los tres por ocio habíamos hecho esta prueba: ellos se adelantaban, yo me quedaba atrás y observaba. Poco a poco un par de policías se iban acercando a ellos, y cuando ya estaban muy cerca, yo los alcanzaba y saludaba efusivamente, a Juan Paco y Carmelo, no a los policías, y en ese momento los agentes se alejaban. Son occidentales, no son *chiornis.*

3. RIAZÁN

La teoría de la conspiración sobre los atentados tomó cuerpo con un *incidente* ocurrido la noche del 22 de septiembre en la ciudad de Riazán, unos 200 kilómetros al sureste de Moscú. La explicación oficial sigue hoy, más de dos décadas después, sin convencer más que a los partidarios de Putin.

El país vivía bajo la psicosis de atentados y yo misma, lo confieso, me acostaba con cierta ansiedad. Aquella noche en Riazán, y en el estado mental que vivíamos, alguien vio una escena que le pareció sospechosa, rara cuando menos: tres personas, dos hombres y una mujer, aparcaron un coche delante del bloque de viviendas y dejaron tres grandes sacos en su interior. Avisó a la policía. Los policías que acudieron hicieron desalojar el bloque. En el sótano habían encontrado tres sacos de 50 kg atados con cables a los cimientos y un detonador programado para las 5:30 horas de la mañana. La primera reacción oficial al día siguiente fue celebrar que se hubiese abortado otro atentado: el primer ministro Vladímir Putin elogió la colaboración ciudadana. Pero la sucesión de declaraciones del día siguiente, viernes 24 de septiembre, fue absolutamente desconcertante y el mejor alimento para todas las tesis conspiratorias.

Los rusos han visto en televisión a dos agentes expertos en explosivos explicar los detalles de lo encontrado en aquel sótano, versión que confirma oficialmente el ministro de Interior, pero, y aquí viene el meollo, al cabo de unos minutos el director de los servicios secretos, el FSB, declara que no, que no ha sido un atentado abortado, sino que se trataba de un simulacro, un entrenamiento de los servicios secretos, y que lo que había en aquellos sacos no era hexógeno ni ningún otro tipo de material explosivo, sino azúcar. ¿Qué

pasó entre declaración y declaración? Que habían detenido a los dos hombres y la mujer que habían depositado esas sacas. Y no eran terroristas chechenos. Eran miembros del FSB.

Para entonces, en un tiempo récord de tres semanas, yo ya tenía argumentos para ser escéptica, más de lo habitual, respecto a las versiones oficiales. Porque la versión del Gobierno de los atentados en Moscú fue que habían encontrado restos de TNT y de hexógeno, y más material que llevaba a la pista chechena. Yo no sé qué encontraron, pero soy testigo ocular de que muy pocas horas después de la explosión, al mismo tiempo que la prensa, llegaron las excavadoras a llevarse los escombros sin ningún tipo de delicadeza para con la escena del delito. Más de dos décadas después no ha habido manera posible de dar una explicación sin grietas al caos argumental de aquellas 48 horas.

Aquel 24 de septiembre de versiones gubernamentales contrapuestas en que daba la impresión de que el ministro de Interior no se enteraba de lo que hacían los servicios secretos, y que lo que estos afirmaban no coincidía con el testimonio de los vecinos de aquella noche en Riazán, ni con el propio jefe local del FSB, el primer ministro, Vladímir Putin, insistió ante la prensa en que la ola de atentados era obra de terroristas chechenos y anunció que iría a por ellos: “Si están en los aeropuertos, los perseguiremos en los aeropuertos y, perdonen la expresión, si están cagando, los echaremos a la taza y tiraremos de la cadena. Problema resuelto”. Ese mismo día Rusia empezó a bombardear Chechenia, y una semana después, el 1 de octubre, los tanques rusos volvieron a Chechenia. La paz de Yeltsin apenas había durado tres años. Ahora pocos eran los rusos que se oponían a esta segunda guerra, y frente a la impopularidad y decadencia del viejo presidente crecía la popularidad meteórica del joven e implacable primer ministro: Vladímir Vladimírovich Putin.

4. RIAZÁN CON PERSPECTIVA

Con la perspectiva de los años cobran especial relevancia algunos hechos.

Medio año después del incidente en Riazán, la cadena privada NTV le dedicó un programa. NTV era la mejor y más moderna de aquella década de oro para la libertad de expresión; su propietario era uno de los *oligarcas*, Vladímir Gusinski. Aquel programa estuvo a la altura de las mejores televisiones en países democráticos, tuvo en el estudio a responsables del Ministerio de Interior y del FSB, y a residentes de aquel bloque de viviendas, que confrontaban las versiones oficiales sobre lo vivido por ellos aquella noche. El programa se emitió el 24 de marzo del 2000. El 14 de abril del 2001, un año después, NTV pasó a ser propiedad de Gazprom, el gigante estatal del gas. De Gusinski a Putin.

Entre 2001 y 2002 se publica, primero, como artículo en *Novaya Gazeta* y, después, como libro *El FSB explosiona Rusia*, que argumenta la tesis de la conspiración de los servicios secretos contra los ciudadanos para lograr el apoyo de estos a una segunda guerra en Chechenia. Los autores, Yuri Felstinshki y Alexandr Litvinienko. Con lo expuesto en el libro, en 2002 se hizo un documental, *Assassination of Russia* (*Asesinato de Rusia*), de los franceses Jean-Charles Deniau y Charles Gazelle, financiado por Borís Berezovski, otro oligarca. Alexandr Litvinienko, exagente del FSB, murió en Londres en 2006 envenenado con polonio radioactivo 210; una investigación británica concluyó que *probablemente* Vladímir Putin, ya presidente, aprobó el asesinato. La viuda de Litvinienko llevó el caso al Tribunal Europeo de Derechos Humanos, que culpó en 2021 al Gobierno ruso del asesinato. Con el tiempo Litvinienko no sería el único exespía ruso envenenado en

Inglaterra.

Borís Berezovski encarnó el prototipo del oligarca, los multimillonarios rusos: floreció durante la presidencia de Yeltsin y manejaba hilos dentro del Kremlin. En aquel final de década se le tenía por una especie de Rasputín o cardenal Richelieu, y cuando Yeltsin promocionó de la nada a aquel desconocido Vladímir Putin se dijo que su padrino había sido Berezovski. Este se exilió en Londres el mismo año que Putin asumió la presidencia y en marzo del 2013 apareció muerto en el baño de su mansión de Ascot. Según la autopsia, murió ahorcado. Oficialmente se trató de un suicidio. Un socio de Berezovski, Nikolai Glushkov, enfrentado también al presidente Putin, apareció muerto en su casa de Londres en marzo del 2018 por estrangulamiento. Pero todo eso iba a ocurrir en el futuro, aquel otoño Vladímir Putin era un primer ministro recién nombrado.

5. EFECTO 2000

El 31 de diciembre de 1999 estábamos todos pendientes de si el mundo iba a saltar por los aires *al cambiar de siglo y de milenio*. Los técnicos en informática y los Gobiernos llevaban casi una década invirtiendo tiempo y dinero para que los ordenadores, que ya dirigían nuestras vidas, no colapsaran cuando pasáramos del 31 del 12 de 1999 al 1 del 1 del 2000. La razón era que los primeros ordenadores, de las décadas de los sesenta y setenta, se habían programado con solo dos dígitos para fechar los años. Es decir, que esos ordenadores pasarían del 31.12.99 al 01.01.00, y el peligro era en qué pasaría si el sistema informático interpretaba que pasábamos de 1999 a 1900. Para prevenir una posible catástrofe se modernizó el cifrado de las fechas y se pasó a cuatro dígitos para el año, pero aun así había miedo. Los técnicos en informática pasaron la Nochevieja junto a los ordenadores y en Televisión Española las corresponsalías estábamos en alerta, no podíamos irnos de vacaciones aquel fin de año, mucho menos las corresponsalías de Estados Unidos y Rusia, las dos grandes potencias nucleares. Como comentario colateral, un científico ruso, haciendo gala del humor ruso y la libertad de aquellos años, me comentó: "Tranquila, aquí no saldrá disparado ningún misil porque apenas tenemos nada informatizado, aún todo va a botones y palancas". En julio, la agencia France Press había publicado esta información:

La fiabilidad del sistema informático encargado de activar el armamento nuclear ruso dejará de estar asegurada a medio plazo, en unos tres años. La razón es la falta de medios y de personal, según afirma el periódico *Novye Izvestia*, que cita a técnicos que se encargan del mantenimiento de ese sistema. Quienes se encargan del mantenimiento de la "maleta nuclear" del presidente Yeltsin cobran unos 1.500 rublos, unos 63 dólares, al mes, y a veces con retrasos de hasta nueve meses. Por ese sueldo es imposible contratar a jóvenes informáticos, la edad media de los técnicos de la "maleta" es de 50 años. Recientemente,

añade el periódico, han llamado a militares para suplir la falta de personal. Según un experto consultado por *Novye Izvestia*, a esos militares sin formación los han colocado ante un cuadro de mandos con la orden de vigilarlo y, en caso de alerta, llamar a un especialista y "sobre todo, no tocar ningún botón".

De guardia, pues, aquel 31 de diciembre de 1999. Como hacíamos televisión había que vestir las crónicas con imágenes y, a falta de salas de control del arsenal militar, nos encaminamos hacia el centro para grabar imágenes de los preparativos para la Nochevieja.

En el coche, como siempre, la emisora informativa de referencia aquellos años, *Eco de Moscú*. Para entonces mi ruso ya me permitía entender de qué hablaban, pero no qué decían exactamente. Me pareció oír en una misma frase "presidente Borís Yeltsin" y "dimisión". Pero me parecía muy fuerte. Casi simultáneamente Anatoli, el conductor, comentó con su aplomo característico: "Creo que vamos a tener que dar media vuelta y volver a la oficina". Ajá, va a ser que lo he entendido bien. "Yeltsin anunciará esta noche que dimite". Las elecciones presidenciales estaban programadas para junio del 2000, al cabo de medio año; el presidente había tenido tres intentos de destitución por parte del Parlamento ruso, su salud era endeble y tenía la reputación por los suelos. Era el abuelo borracho de *la familia*. En el discurso presidencial de Año Nuevo, grabado aquel mismo 31 de diciembre por la mañana, Borís Nicoláyevich Yeltsin dimitió y pidió perdón. El único misil que salió disparado aquella Nochevieja fue Vladímir Putin, el nuevo presidente.

6. WHO IS MR PUTIN?

La misma madrugada del 1 de enero, antes del amanecer, pocas horas después de haber recibido el testigo de Yeltsin, el presidente en funciones apareció en televisión felicitando a militares rusos en Gudermes, la segunda ciudad de Chechenia, controlada ya por Rusia en aquella segunda guerra en una década. El nuevo presidente se presentó vestido deportivamente. Frente al viejo y enfermo Yeltsin, el joven, atlético y enérgico Putin. El presidente en funciones regaló puñales a los soldados y les arengó: “No se trata solo de restaurar el honor y la dignidad de Rusia. Es más importante que eso. Se trata de terminar con la desintegración de la Federación Rusa”.

No quedaban dudas, aquella segunda guerra en Chechenia era la principal baza en la campaña electoral de Valdímir Putin. Las elecciones se adelantaron tres meses, a marzo. Dicen sus biógrafos que Putin vive obsesionado desde el primer día por fomentar su imagen de hombre enérgico y joven, porque asimila la vejez y el deterioro físico a la gerontocracia de la URSS y, sobre todo, a Borís Yeltsin. De ahí el álbum de fotos que nos ha dejado de judoka, aviador de combate, pescador y jinete con el torso desnudo, cazador… De ahí sus operaciones estéticas ostensibles, de ahí, incluso, su miedo a contagiarse de covid o de lo que sea, o su sobrevenido ostracismo después de años prodigándose ante las cámaras como aguerrido líder.

Aquel día de Año Nuevo del año 2000 Putin no paró. De vuelta en Moscú, firmó un decreto que dio inmunidad judicial al expresidente Yeltsin y protección a todos sus bienes. El exjefe de los servicios secretos parecía haber pactado la transición con el presidente.

A finales de mes se celebró un año más el Foro Económico Mundial en la estación de esquí suiza de Davos y nos brindó una secuencia elocuente: en el escenario, varios políticos rusos, entre ellos el viceministro económico, Mijail

Kasianov. El moderador del debate, el periodista estadounidense Trudy Rubin, les pregunta: *Who is Mr Putin?* (¿Quién es el Sr. Putin?). Silencio. Los cuatro rusos del estrado se miran entre ellos, a ver quién responde. Nadie. Nadie del Gobierno o cercano al Gobierno fue capaz o se atrevió a decir quién era aquel hombre que llevaba unos cinco meses al frente del Gobierno de Rusia y era el presidente en funciones. Diez segundos de silencio que se hicieron eternos, seguidos de risas en la sala. La pregunta quedó sin respuesta.

La escena era tan potente que decidí ponerla entera en el *Informe Semanal* sobre el nuevo presidente ruso. Por no titularlo en inglés, el título del reportaje fue "El enigma Putin", que TVE-1 emitió el 1 de abril del 2000, cuando la sucesión de Yeltsin acaba de ser refrendada en las urnas. El reportaje intentaba responder a la pregunta que había quedado en el aire en Davos y que era la que todo el mundo se hacía. ¿Quién era aquel hombre sin experiencia política, que a partir de ahora presidía la segunda potencia nuclear del planeta?

"Putin representa a una generación de jóvenes políticos rusos. Habla idiomas, tiene experiencia internacional, ha trabajado en uno de los equipos reformistas con más éxito en San Petersburgo y tiene un título universitario. En otras palabras, para él no fue una sorpresa abrir una lata de Coca-Cola en la perestroika. Sabía qué había dentro". Así me lo describió Mijail Margelov, uno de aquellos jóvenes, ¡año y medio más joven que yo! Margelov era asesor de campaña de Putin y su portavoz con la prensa internacional. Hablaba con un excelente *American English* e incluso se presentó con un *You can call me Michael* (Me puedes llamar Michael).

Datos que recogí en aquel reportaje: a principios del año 2000 el salario medio era de 67 euros; la riqueza extraordinaria en materias primas, sobre todo gas y petróleo, estaba en manos de un 10% que nadaba en dólares y no invertía en Rusia; la evasión de capital era del orden de mil millones de dólares al mes. Al mes. "Rusia es un país rico de gente pobre", una definición de Vladímir Putin certera. Los rusos aquella Nochevieja de 1999 estaban más allá del desencanto, se sentían profundamente estafados y humillados, rehenes de una panda de corruptos que campaban a sus anchas y de un capitán de barco incapaz. La venganza en Chechenia por los atentados

en Rusia, la promesa de combatir la corrupción de los oligarcas y la promesa de una mejoría económica, en boca de un joven enérgico y con una determinación de hierro, convirtieron a Vladímir Putin en un presidente aplaudido por la mayoría. En aquella primera entrevista Mijail Margelov me dio una clase magistral de lógica bizantina rusa:

—Putin promete acabar con los oligarcas, y afirma que se ha rodeado de agentes de los servicios de inteligencia para ese combate.

—Pero —pregunté— ¿qué credibilidad tiene cuando Borís Berezovski, el máximo exponente de oligarca, ha dicho en una entrevista que fue él quien lo promocionó para dirigir el FSB y luego para ser el sucesor de Yeltsin?

—Ahí precisamente tiene usted la prueba de que Putin es sincero en su propósito. Berezovski sabe que es el personaje más odiado en Rusia, sabe que si dice que apadrinó a Putin pondrá a los rusos en contra de Putin, que es lo que pretende. Porque sabe que Putin está decidido a acabar con los oligarcas. Berezovski con esta maniobra quiere evitarlo.

He vuelto a ver aquel reportaje. Veintitrés años después sigue siendo emitible, algunas de las elucubraciones del reportaje se han cumplido como si entonces, a pesar de lo desconocido que era Putin, hubiésemos tenido una bola de cristal. “El verdadero problema de la economía rusa es el vínculo entre poder y dinero. Este sistema de oligarcas, de robo, este capitalismo de bandidos. Y Putin, al ser una persona creada por ellos, no puede cumplir su tarea histórica de separar el dinero del poder”. Así se pronunció aquel marzo del 2000 Andrei Piontkovski, director del Centro de Investigaciones Estratégicas.

PARTE IV

CHECHENIA

1. ‘EMPOTRADA’ EN EL EJÉRCITO

En febrero del 2000 un equipo de la corresponsalía viajamos al Cáucaso para cubrir la guerra. La primera vez había ido Carmelo Machín, el jefe; en esta segunda me tocó a mí y tuve más suerte porque me llevaron a Grozni. La suerte, esa gran aliada.

Había dos maneras de entrar en Chechenia: por tu cuenta, con contactos, sobornando y cruzando los dedos para que no te secuestraran o algo peor. La otra posibilidad era ir con el ejército, *embeded*, como dicen en inglés, y que hemos traducido por ‘empotrados’. Nosotros en TVE lo habíamos solicitado al Ministerio de Defensa y estábamos en lista de espera. Para ir al Cáucaso hacía falta un permiso especial, aunque no íbamos a salir de la Federación Rusa. Nos la concedieron, *paluchili*.

La primera etapa nos llevó a Nazrán, en la república de Ingushetia, cerca de la frontera con Chechenia; ahí esperaríamos el visto bueno del Ministerio de Defensa. El primer impacto al bajar del avión fue que en la misma pista había una especie de bazar de conductores y escoltas. Ellos se ofrecían para conseguir una cantidad, esperaban, importante de los preciados dólares; nosotros los contratábamos por nuestra seguridad. Me sentí superada por aquel enjambre de hombres, todos eran hombres, ofreciendo sus servicios, y mis colegas de otros medios eligiendo con quién se quedaban. Mi cerebro, de nuevo en una centrifugadora al máximo de revoluciones. ¡¿Y cómo selecciono?! ¡¿Cómo sé que elijo a los buenos?! Y no puedo entretenerme porque los demás ya están contratando, van a quedar los peores. Que sea lo que Dios o Alá o quien sea quiera. Este. Salimos del aeropuerto hacia la ciudad en un coche conducido por un joven checheno de unos treinta años,

que hacía las veces de guardaespaldas nuestro. Era un policía que se había tomado unos días libres, con el arma, como hacían muchos para dedicarse a escoltar extranjeros, que pagamos más y en dólares.

Primera parada, el hotel, famoso por ser el único decente y estar siempre, siempre, lleno. Algunos medios potentes (CNN, BBC, Reuters…) y periodistas que llevaban meses cubriendo la guerra lo tenían copado. Llegamos nosotros tres: Juan Paco Dirube, el camarógrafo, Karina Arutiunova y yo. *Niet*. Nos dicen que no hay habitación. Está completo. Que vayamos a buscar alguna casa donde alquilen una habitación, que es lo que tuvieron que hacer Juan Paco y Carmelo en el primer viaje. Yo me puse chula, me la jugué. Lo aposté todo a que me dieran por lo menos dos habitaciones.

—No me pienso mover de este mostrador hasta que me dé dos habitaciones. Sé que las tiene. —Puro farol. En inglés, mis cuatro palabras de ruso y el ruso nativo de Karina.

—Como usted quiera, pero pierde el tiempo.

Y así horas.

Con la recepcionista del hotel usé todos los argumentos posibles, también, por supuesto, el de dar pena. Es posible que el hecho de que de los tres miembros del equipo dos fuéramos mujeres influyera en el final feliz cuando ya lo veía muy, muy mal.

—Pero solo para esta noche, y solo dos habitaciones. Las dos mujeres tendrán que compartir la misma habitación.

—*Spasibo, spasibo, spasibo!!! Ogromnoye spasibo!!!!*

En esas angustiosas horas aguardando en el vestíbulo vimos desfilar huéspedes habituales. Cajas de bombones y ramos de flores para la recepcionista. Entendido. “Karina, mañana, lo primero es comprarle a esta mujer un ramo de flores y una caja enorme de bombones”. Y en el mismo momento que nos dio las dos llaves, una buena propina. En dólares. Tuvimos habitación en el hotel todos los días que estuvimos en Nazrán. Karina y yo nos convertimos en compañeras de cuarto para el resto del viaje.

2. 23 DE FEBRERO

En Ingusetia estábamos cuando llegó el 23 de febrero, una fecha señalada también en esa zona del Cáucaso. El 23 de febrero de 1944 Josef Stalin ordenó la deportación de todos los chechenos e ingusetios, que la URSS había unido en 1934 en una sola región autónoma. Stalin vació ese territorio de sus habitantes bajo la acusación de haber colaborado con los nazis durante el periodo en que ocuparon esas tierras. Stalin hizo lo mismo con otros pueblos de la Unión Soviética, sacarlos por la fuerza de su tierra y desterrarlos a miles de kilómetros. En este caso, medio millón de personas deportadas de aquellas repúblicas. Los transportaron en trenes de carga para animales o máquinas, en trayectos que duraron de tres a cuatro semanas en condiciones penosas, sin ventilación, ateridas de frío y mal alimentadas. Según cálculos a la baja, un tercio de aquella población murió por la dureza del viaje o asesinada. Los dispersaron por territorios lejanos, sobre todo en Asia Central, y les impusieron un régimen de casi campo de trabajos forzados, con limitación de movimiento y prohibición de hablar su lengua. No se les permitió volver hasta que murió Stalin. Nikita Jrushov reconoció y condenó la deportación en 1956 y al año siguiente pudieron volver, pero, como en otras deportaciones, no volvieron al mismo lugar. Había desaparecido todo rastro de su cultura y su religión, musulmana, y sus casas y tierras las tenían los repobladores rusos, ucranianos y de otras repúblicas caucásicas.

Aquel 23 de febrero del 2000, cincuenta y seis años después de la deportación en masa, entrevistamos a un superviviente, una de las personas que más me ha impresionado. Desprendía autoridad y dignidad naturales. Era un anciano alto y delgado, tocado con la tradicional *kubanka* (el sombrero

cosaco) de astracán. Elegante en su austeridad. Fue extremadamente amable y nos dio una lección de cultura ingusetio-chechena, nos explicó el sentido de su extrema hospitalidad: “Para nosotros es un valor sagrado. Cualquiera que entre en nuestra casa será bien recibido y lo agasajaremos. Todo lo nuestro, a su disposición. Pero eso se acaba en cuanto cruza el dintel del portal. Una vez fuera, si nos la ha hecho, la pagará. Con la vida, si así lo consideramos oportuno”. Bienvenidos al Cáucaso.

Era día festivo, a pesar de la guerra en la vecina Chechenia, en una plaza sonaba la música y bailaban sus danzas formando un ruedo. Esos bailes comunitarios, en formación circular, parecidos a los que bailan kurdos o judíos, o incluso a la sardana. Bailaban los hombres. Solo los hombres. Hablamos con algunos de ellos y seguimos recibiendo lecciones culturales una tras otra. “Llevamos trescientos años en guerra con los rusos. No tenemos prisa”. Honor, orgullo, venganza y un sentido distinto, más oriental, más histórico, del tiempo. No lo miden en años, sino en siglos.

3. LA DIGNIDAD DE LOS REFUGIADOS

Cerca de Nazrán había varios campamentos de refugiados chechenos; el que elegimos para el primer rodaje estaba en las montañas. Al salir de la ciudad y emprender el trayecto, el conductor-escolta nos hizo de guía turístico muy peculiar. Según avanzábamos por un paisaje de casas más o menos acomodadas para lo que era entonces Ingusetia, con los típicos portones altos y anchos de hierro, con relieves y a menudo terminados en flechas, barrera visual y también antibalas deduje, comentaba: "Al dueño de esta casa lo secuestraron tantos meses… al de esta lo secuestraron y mataron, el de esta lleva secuestrado desde…". El secuestro era una industria local. Se aprendía a convivir con ello y, resulta obvio, si no tenías dinero ni pertenencias valiosas, había pocas probabilidades de ser víctima. El negocio estaba en el rescate y la presión de quien debía pagar era la convicción de que, si no lo hacía, al rehén lo mataban, decapitado a menudo. El Cáucaso daba y sigue dando hechos para inspirar series de televisión *criminalni* o *banditski*. Nosotros éramos presa potencial de esa caza, por nuestras empresas.

Los campos de refugiados que visitamos nosotros respondían a lo que conocíamos de otros lugares: grandes extensiones de tiendas de campaña que eran casi carpas. Los gestionaban agencias de la ONU o la Media Luna Roja. Por las calles y avenidas que formaba ese pueblo de tela deambulaban hombres. Morenos, vestidos, casi uniformados, con chaquetas de piel negra y zapatos negros. Impolutos. Estábamos entrando en la primavera, apenas se habían fundido la nieve y el hielo, ¿cómo podían ir tan impecables en aquel barrizal? Los niños, muchos niños, jugaban con cualquier cosa y, como era previsible, al vernos corrían hacia nosotros a preguntarnos de dónde

veníamos y se quedaban ensimismados mirando a la cámara. Éramos una diversión para ellos, rompíamos su monotonía, como si hubiese llegado el circo o la noria al pueblo. Las mujeres, con faldas largas y el cabello cubierto, hacían de amas de casa dentro de las tiendas, recogiendo la ropa de cama para que no se ensuciara durante el día y barriendo. Al igual que las chaquetas y los zapatos de los hombres, las tiendas estaban impolutas.

Pregunté a una de esas mujeres si podíamos hablar con ella. Se prestó y nos invitó a entrar en *su casa*. Nos sacudimos el polvo de la ropa y nos dispusimos a descalzarnos, porque es la costumbre y por puro sentido común: llevábamos las botas llenas de barro. La señora nos detuvo. "No, no, no hace falta. Pasen, pasen. Ya barreré después". Entramos y nos ofreció asiento en uno de los camastros, convertido durante el día en sofá, le dio un cazo a uno de los hijos y lo mandó a por agua a una fuente. Cerca de la entrada a la tienda de campaña había una estufa de leña que servía también de fogón; cuando el niño volvió con el agua la señora puso el cazo en la estufa-fogón y cuando el agua hirvió la echó a un barreño. En esa agua sumergió tres tazas, las secó y nos ofreció un té. Todo en los campos de refugiados estaba racionado y ese fue mi primer pensamiento: no les quites su ración de té.

—No, muchísimas gracias.

La interpretación de la señora fue otra:

—No teman, las he lavado con agua hirviente, están desinfectadas.

Rechazar aquel té era una doble ofensa, por no aceptar su hospitalidad y por desconfiar de su higiene. Inmediatamente aceptamos y le agradecimos sobremanera poder entrar en calor gracias a la estufa y al té. Casi todos en aquellos campos habían huido de la guerra, bien porque les habían destruido la vivienda, bien porque escaparon antes de que los alcanzaran las bombas. Todos compartían el rencor contra Rusia y aquel sentido histórico del tiempo. Karina era, y es, delgada. Muy delgada. Al irnos la señora se lo dijo:

—Usted está muy delgada, tiene que comer más.

Le ofreció una especie de fuet, que también tenían racionado. Insistió hasta que Karina, incómoda, aceptó aquella salchicha estrecha y larga de cordero. Un gesto que ilustra lo delgada que estaba Karina y la hospitalidad de aquella mujer chechena. "Karina, ¡hasta una refugiada de guerra se ha apiadado de ti! Haz el favor de comer".

En otra jornada con refugiados, al irnos, se acercó un joven de una veintena de años y me entregó un peón de ajedrez, grande, de palmo y medio, tallado en madera, de cuya cabeza salía la punta de un tornillo para sostener una vela de cera. Un candelabro tallado por él aquella tarde, así pasaba aquellos días interminables y sin horizonte. No aceptó dinero. Era un regalo. Me acordé del anciano ingusetio que habíamos conocido: este campamento de refugiados es su casa, te reciben, te ofrecen todo lo que tienen y te obsequian, como el peón tallado por este chaval, pero no te despistes, si se la juegas, pueden hacerte un jaque mate.

Estuvimos varios días en Ingusetia visitando campos de refugiados, escuchando sus relatos. En una ocasión acompañamos a miembros de la organización Memorial, una ONG rusa que documentaba y denunciaba las violaciones de derechos humanos. La guerra en Chechenia parecía un pozo sin fondo. Recuerdo que empecé la crónica con un "cada tienda encierra una historia de horror". Detenciones arbitrarias y torturas espeluznantes. Nosotros no teníamos manera de comprobar si era cierto o no; con ese matiz hice la crónica y me encomendé a los casos y las estadísticas de la ONG.

Memorial fue la primera organización de la URSS dedicada a investigar violaciones de derechos humanos; su creación en 1987 formó parte de la glásnot (transparencia) de Gorbachov y uno de sus fundadores fue el premio nobel de la Paz Andrei Sájarov. Bajo la presidencia de Putin, Memorial pasó de ser un centro prestigioso de investigación de delitos a ser calificado oficialmente, en 2016, de agente extranjero por recibir financiación de fuera de Rusia, y en diciembre del 2021, después de una larga persecución política y judicial, recibió el golpe definitivo: el Tribunal Supremo lo ilegalizó. Investigar y denunciar la represión atroz del estalinismo es, según los argumentos de la Fiscalía, "distorsionar la historia". Cuando se dictó la sentencia se cumplían treinta años de la caída de la URSS.

4. MOZDOK

Como decía, en esta ocasión tuvimos suerte, a la segunda fue la vencida y el Ministerio de Defensa nos incluyó en uno de los viajes para la prensa. Nos citaron en Mozdok, en Osetia del Norte, donde estaba la principal base aérea del Cáucaso. Se lo comunicamos inmediatamente al conductor que habíamos contratado el primer día.

—Hay un problema.

—¿Cuál?

—Tenemos que conseguir otro conductor y otro coche.

—¿Y eso? Pero si es solo llevarnos y volver. Me has dicho que se puede hacer en un día.

—No es un problema de tiempo. Es que soy checheno. Tengo miedo.

Ingusetios y chechenos eran primos hermanos; con las últimas dos guerras, la de 1994 y esa de 1999, muchos chechenos se refugiaron en Ingusetia. Osetia del Norte, nuestro próximo destino, era ya Rusia. La Rusia eslava y cristiana ortodoxa. Se notaba a simple vista nada más cruzar el río Térek, que marca la frontera. La mayoría de la población ya no era morena, sino pálida y rubia, y habían desaparecido las mujeres con faldas largas, ropas marrones o negras y los pañuelos cubriendo sus melenas. Nuestro conductor temía que en cuanto llegáramos al primer control de Osetia, al ver que era checheno, lo tomaran por un posible terrorista. ¿Solución? Lo típico. El policía-escolta nos dijo que tenía un primo que tenía un amigo de fiar que podía conseguir una furgoneta. Que sea lo que Dios o Alá o quien sea quiera, volví a decirme. Y rumbo a Mozdok fuimos en una furgoneta vieja y dos tipos desconocidos, uno de ellos armado con un fusil. Pasamos varios controles del ejército ruso y

pudimos apreciar la precariedad con que el Kremlin había mandado a aquellos jóvenes, muchos, apenas salidos de la adolescencia. Uniformes que les venían grandes, pantalones sujetados a veces con cordeles. Difícil discernir quién pasaba más miedo en esos encuentros, si nosotros o ellos, los soldados.

Llegamos al mediodía al hotel que nos habían recomendado, el único establecimiento con ese nombre. La recepción consistía en un sofá de escay negro con los muelles al aire y un mostrador con una mujer que al vernos entrar ya nos dirigió una mirada poco amigable. Nos advirtió de que en ese hotel solo había soldados. Hombres. Con eso no nos ahuyentó y nos alquiló dos habitaciones, una para Juan Paco, el camarógrafo, y otra para Karina y para mí, las únicas dos mujeres, aparte de la recepcionista, en aquel hotel. La habitación era fría y espartana, y solo tenía un pequeño lavabo donde lavarte la cara, las manos y poco más. Los retretes y la ducha eran comunes y estaban en un pasillo. Sin puertas. Fuimos a quejarnos.

—Ya les he advertido que aquí solo hay soldados, aquí solo hay hombres. ¿Qué esperaban?

Aquellos días estuvo justificado lo de ir al baño juntas. Una, haciendo lo que se hace en un retrete o una ducha; la otra, de guardiana, en funciones de puerta.

Al segundo día necesitaba lavarme el pelo, pero ni la cabeza entraba bien en el lavadero de la habitación, ni del grifo salía suficiente presión y, además, no había agua caliente. Pregunté por una peluquería. De nuevo una expresión familiar en el rostro de la recepcionista: *pero ¿dónde se cree que está esta?*

—¿Una peluquería?

—Sí, para que me laven el pelo.

—¿Solo lavar el pelo?

—Sí

—Puede ir aquí al lado.

Saliendo a la derecha había un establecimiento pequeño, una barbería para hombres.

—¿Me pueden lavar el pelo?

—¿A usted?

—Sí.

—Solo quiere que se lo lave.

—Sí.

Me sentó en una silla de peluquería con la cabeza apoyada en una pica… sin grifo. Para aclarar el champú agarró un cazo, se fue a llenarlo de agua a un grifo y me lo echó.

—¡El agua está muy fría!

—Ya lo sé, pero es que aquí solo vienen soldados.

Se me aclararon las ideas de golpe. Me dio una toalla diminuta para que me secara.

—Son toallas pequeñas porque como los soldados casi no tienen pelo, no necesitan más.

No me peinó. De secarme el pelo ya ni hablemos.

—Usted ha dicho que venía solo a lavarse el pelo. Y yo le he lavado el pelo.

Me recordó el episodio con la pintura de la corresponsalía en Moscú. Pintaron las paredes, pero no los marcos de las ventanas. "Ustedes pidieron que pintáramos las paredes, no dijeron nada de los marcos de las ventanas". *Eto Rosía*.

Todo Mozdok estaba tomado por soldados. Fuimos al cuartel general del ejército para recibir las instrucciones. Nos las dio un oficial maduro con un tono entre displicente e irónico:

—Prepárense para el barro. Mucho barro. Y tengan en cuenta que ustedes van a comer lo mismo que comen los soldados rusos, esto no es el ejército americano.

De lo último ya nos habíamos percatado en las pocas horas que llevábamos en Mozdok. Fuimos al mercadillo de la ciudad para comprar algo de ropa y calzado especial para el barro. No encontramos nada. Solo había ropa militar. Para hombre. Para hombre ruso. Teníamos apenas veinticuatro horas para hacernos con un equipo y comprar comida para llevar.

Compramos un pantalón de la talla más pequeña posible y una chaqueta militar de un tejido de camuflaje que parecía bastante impermeable. Para mí, los pantalones, enormes y atados al cinto como pude, y para Juan Paco, la chaqueta. Con las mangas, aguja e hilo confeccionó una especie de paranieves (y parabarros) para colocarse sobre las botas y los bajos de los

pantalones, y una funda para la cámara.

Al día siguiente acudimos a la cita en la base aérea, junto a un helicóptero de transporte, un par de oficiales y un grupo internacional de periodistas. Uno de los oficiales empezó a leer los nombres de los medios acreditados para el viaje. Con mi precario ruso y, sobre todo, la ayuda inestimable de Rafael Mañueco, que nos hizo de traductor durante toda la expedición (gracias, Rafa, por llevar avituallamiento para una familia), me di cuenta de que algo fallaba, llamaba a medios que no estaban y se le coló alguno que no estaba previsto. Viendo el panorama y sabiendo que quedaban pocas plazas, di un paso al frente con un *"Ispanskoe Televidinie. Dva yelabeka!"*. Televisión Española. Dos personas. Para dentro.

5. JANKALÁ

Aterrizamos en un descampado. Bajamos y el oficial que nos pastoreaba nos señaló un tren en la lejanía, al final del páramo, en una vía muerta, sin estación a la vista; era una imagen surrealista o de escenografía de teatro minimalista. Nos indicó que aquellos vagones en medio de ninguna parte eran nuestro destino. Empezamos a andar, y al cabo de unos 50 metros seguir avanzando era una odisea, luchábamos contra un barro de una densidad nunca experimentada por mí, tenías la sensación de que cada vez que ponías un pie en tierra lo levantabas con un bloque de cemento pegado a la suela de las botas. Llegó un punto en que, lo juro, tenía que ayudarme con las dos manos en la parte trasera del muslo para levantar el peso de mis piernas. El oficial-pastor parecía encontrar un deleite sádico observándonos: "Ahora ya sabéis lo que es el barro de Jankalá, la *rasputitsa*". Cuando lo dijo ya hacía rato que yo me sentía en la piel de los ejércitos de Napoleón o Hitler, derrotados por el barro del deshielo. Ese lodo es una barrera imbatible. De todo el grupo yo era la más débil físicamente y la menos entrenada para aquel esfuerzo; en el último tramo tuvieron que ayudarme para que alcanzara el tren fantasmal. Aquellos vagones en vía muerta en medio de un barrizal eran la residencia militar donde nos íbamos a alojar.

"Menos mal que yo llevaba mi navaja del ejército suizo". Con esta imagen tan elocuente comentaba al día siguiente el corresponsal de la radio suiza francófona que había logrado respirar. El aire de esos vagones era denso y putrefacto. Era el cuartel de los soldados privilegiados, los que ya tenían algún galón; su litera era su habitación. Sobre las mantas, latas de conservas abiertas quién sabe cuándo. El olor que desprendían los alimentos

caducados, mezclado con los de sudores y hormonas acumuladas durante días sin ducha ni buena ventilación, requería efectivamente una navaja del ejército suizo para cortar esa masa invisible y lograr respirar. En aquel vagón-cuartel del ejército ruso añoré la pulcritud del campamento de refugiados chechenos. El baño era un hoyo hecho en el descampado a pocos metros de los vagones. Por la mañana el frío te cortaba las ganas de usarlo; cuando te acercabas veías que era un pequeño pozo en cuyo fondo reposaban heces mezcladas con barro y escarcha amarillenta. El oficial de Mozdok nos había advertido de la comida de los soldados rusos, pero calló el alojamiento y la higiene. Y, ojo, esas eran las condiciones de los privilegiados: los soldados rasos estaban en tiendas de campaña viejas mal aisladas; el barro, la humedad y el frío en los huesos eran su cotidianidad.

Los testimonios de los soldados que Vladímir Putin ha mandado a invadir Ucrania en 2022, y el botín que mandan a casa tras los saqueos, dan a entender que las condiciones de la tropa no han mejorado mucho en veintidós años, a pesar de los muchos anuncios oficiales de las inversiones y modernización de las Fuerzas Armadas.

6. GROZNI

Aún no hacía medio año de la contraofensiva rusa y ya habían tomado la capital, Grozni, hacía pocos días. Por eso habían accedido a llevar a prensa, para mostrar aquella victoria: tenían el norte de la república rebelde y la capital.

De Jankalá, en la periferia sureste de Grozni, nos llevaron al centro de la ciudad en BTR, carros blindados. Grozni ya había sufrido bombardeos brutales en la primera guerra (año y medio entre 1994 y 1996). Era una ciudad arrasada. Lo que vimos montados en los blindados solo era comparable a las imágenes de Dresde después de los bombardeos aliados en la Segunda Guerra Mundial: ruinas, ruinas y más ruinas. Y el silencio. El único sonido era el que producía el vehículo militar; estaba empezando la primavera, pero no se oían pájaros. Nos costaba ver a alguien en ningún lugar y los militares nos impidieron hablar con las pocas personas que se nos acercaron. Ir *empotrada* significa eso, es el ejército quien dicta las condiciones. En Chechenia y en Guantánamo.

El único momento en que la expedición se detuvo y nos permitió bajar del vehículo fue en la plaza central de la ciudad, una explanada enorme rodeada de edificios destrozados. El momento decidido por los militares para que nosotros tomáramos imágenes y los de televisión grabáramos nuestros *in situ*, cuando los periodistas miramos directamente a cámara y nos dirigimos a los espectadores. Juan Paco y yo nos adentramos en la plaza y al poco nos gritó un oficial furioso: "¡Stop! ¡Hay minas!". Nos convertimos en estatuas de sal. Como tomábamos toda información con el debido escepticismo nos quedó la duda de si era verdad, pero no tuvimos ninguna gana de comprobarlo. "Juan

Paco, ¿tú recuerdas dónde hemos pisado?". Para rehacer el mismo camino de vuelta. Pensé que morir hecha pedazos ahí sería una manera bien absurda de acabar, dejar la vida y el cuerpo esparcido por un *in situ* o *stand up*, para decir en el *Telediario*: "Estamos en el centro de la plaza principal de Grozni". Aquel susto, sin embargo, no fue lo que me conmocionó, sino la ciudad desaparecida, arrasada. La ausencia de vida y el silencio eran sobrecogedores. Las pocas personas que vimos salían de sótanos, de vidas escondidas, sepultadas. En cada casa, un refugio antiaéreo. Reproduzco el texto de la crónica para el *Telediario* del 3 de marzo del 2000:

> Silencio. Solo se oye el ruido del carro blindado que nos lleva, prácticamente el único vehículo que circula por Grozni. Silencio y destrucción. No vemos ni un solo edificio sin huella de balas o bombas. [...] Esto es lo que queda de lo que fue la capital más importante del Cáucaso, con 400.000 habitantes, universidad y conservatorio de música.
>
> Esta era la plaza más importante de Grozni. Dicen que está plagada de minas, como toda la ciudad, y que por eso los accesos a la capital estarán bloqueados todavía un mes más.
>
> *Stand up:* cerrada Grozni, solo hay dos maneras de entrar: o aventurarse por la senda de los guías clandestinos y los sobornos, algo que sale por unos 2.000 dólares, o venir acompañados por el ejército.
>
> Con los militares no hay libertad de movimiento. A pesar de su vigilancia, la gente se nos acerca y se queja, pero no podemos acompañar a nadie a su sótano para ver cómo sobrevive. Estamos en Grozni, pero resulta imposible enterarnos de qué está pasando entre estas ruinas.

En muchos de aquellos edificios en ruinas se leía, pintado en blanco: "Vivos". Esa imagen volvió a mi mente en marzo del 2022, al ver la palabra "niños" escrita en blanco a la entrada del Teatro Dramático de Mariúpol para que se leyera desde el aire. En Grozni, "aquí hay seres vivos"; en Mariúpol, "aquí hay niños". Cada bomba sobre la ciudad ucraniana ha sido volver a Grozni, como si esa obra, ese guion ya lo hubiese visto. ¿Ha hecho Putin el mismo paralelismo entre Chechenia y Ucrania? En el momento de escribir este libro, el Gobierno ruso ha hecho público el plan para reconstruir en tiempo récord la ciudad ucraniana que mandó destruir. Promete que será una ciudad muy atractiva y con mucha oferta de trabajo. Igual que hizo con Grozni. Ucrania, sin embargo, no es Chechenia.

7. LA CHARLA CON EL CORONEL

El día que nos íbamos, mientras esperábamos el avión de carga en el descampado que hacía de pista de aterrizaje, al coronel que había estado a nuestro cargo le dio por charlar. Ya no tomábamos notas ni grabábamos, habíamos terminado el trabajo, era *off the record*. Soplaba el viento y estaba bajando la temperatura, nos invitó a su estancia. La vivienda del coronel en la guerra era un cuartucho pequeño con un camastro, una mesa, una silla y poco más. Como ahí dentro yo era la única mujer me invitó a sentarme en la litera que hacía de sofá; mis compañeros hombres, de pie. El oficial tenía edad para jubilarse, pero si lo hacía, explicó, tendría una pensión más mísera aún que su sueldo actual. Su forma de hablar transmitía poca convicción, resignación más bien, respecto a la guerra. Cómo, si no, interpretar la reflexión que nos hizo: "Hay que escarmentar a los terroristas, sabiendo que es una solución temporal. Porque el niño que ha visto cómo le bombardearon los rusos la casa o cómo mataban a su familia no lo olvidará, y cuando sea mayor se vengará".

La venganza de momento espera. Putin ha logrado tener desde entonces el control férreo de Chechenia a través de los Kadírov, padre e hijo, señores de la guerra que pasaron de guerrear por la independencia de Chechenia a la lealtad al Kremlin. Sin escamotear medios de represión. A cambio, Kadírov se ha hecho rico y Grozni es hoy una urbe deslumbrante, irreconocible para quienes estuvimos ahí en los noventa o quienes vivían allí antes de la guerra.

Leyendo el libro *Una guerra sucia*[10], con los reportajes de la periodista asesinada Anna Politkovskaya, me resultó familiar el párrafo que sigue:

Alexander Ponomaryov, el oficial de mando, tiene cuarenta y dos años, veintisiete de los cuales los ha dedicado al ejército. No para de contraer los hombros, por el frío y porque tiene

un tic nervioso. Se acurruca dentro de un jersey viejo y deformado, y está sumido en la tristeza. Cree que ha malgastado su vida combatiendo en difíciles campañas militares por un país que ni siquiera le ha ofrecido un "gracias" pronunciado entre dientes.

—¿Por qué está luchando aquí?

—Por las ambiciones políticas de alguien. Y por 22 rublos (0,70 dólares) al día.

8. MANO DURA

Las madres de los soldados parecían ser las únicas que se oponían a aquella guerra, y organizaciones como Memorial y la periodista Anna Politkovskaya, asesinada en su casa de Moscú, los únicos que denunciaban los abusos del ejército ruso en Chechenia. Mayoritariamente, la sociedad aceptaba la línea oficial, se estaba castigando a los chechenos, *chiornis*, por los rusos que habían matado. Una especie de ojo por ojo a la rusa.

Human Rights Watch (HRW) recogió varios testimonios de detenidos en comisarías rusas que habían sufrido torturas: hablaban de golpes, asfixia y suplicios varios, físicos y mentales, que a veces terminaban en lesiones para toda la vida o incluso con la muerte. HRW concluía que la tortura era un método habitual para lograr confesiones, que luego los jueces aceptaban sin problema.

El episodio más duro del que he sido testigo se produjo en octubre del 2002, con la toma de rehenes en el teatro Dubrovka de Moscú. Un comando de 40 chechenos asaltó el teatro en plena función y secuestró a todo el público, algo más de 900 personas. La solución de Putin fue gasear el teatro. Matar a los terroristas sin importarle llevarse por delante la vida de espectadores inocentes. Murieron unos 130 rehenes. La popularidad del presidente subió del 77 al 82%, según un sondeo del Centro Levada, que aún goza de cierto prestigio. Putin había matado a todos los terroristas chechenos, eso era lo que contaba para la mayoría de rusos.

Resulta fácil ver una reedición en el modo con que Vladímir Putin ha intentado justificar la invasión de Ucrania: Ucrania está tomada por nazis que discriminan a los *hermanos* de lengua rusa.

Da igual que la mayoría de las víctimas sean ucranianos de etnia rusa, rusófonos, *hermanos*.

9. MIS ENCUENTROS CON PUTIN

No tardaron en conocerse las denuncias de crímenes horrendos que se cometían en Chechenia. Por ambas partes, pero solo una de las partes era un Estado integrado en la comunidad internacional, Rusia. Aquel desconocido Putin rechazaba toda crítica y la devolvía a Occidente: "Estoy evitando que el terrorismo islámico avance; os estoy haciendo un favor, ingratos". Un año después, con los atentados del 11 de septiembre del 2001 en Estados Unidos, Putin se sintió reivindicado.

En aquel año 2000, y con motivo de una cumbre Unión Europea-Rusia, el presidente Putin convocó a la prensa europea. Acudí. Putin llevaba un año gobernando y ya empezábamos a conocerlo, aunque sin adivinar lo que nos depararía el futuro. Aquel día nos dio un escarmiento. La espera fue larguísima y cuando creíamos que ya íbamos a pasar a una de las magníficas salas imperiales del Kremlin, nos llevaron a un cuarto pequeño y sin ventilación. Ni una silla. Como si nos hubiesen castigado en el hueco de la escalera. Creímos que era una antesala y que pronto se abriría una puerta, aparecería alguien y nos llevarían a una sala digna. Error. Empezábamos ya a sentir claustrofobia, a hacer comparaciones con quedarse atrapados en un ascensor y tirar de humor negro imaginándonos acabar ahí tumbados unos encima de otros, cuando apareció él en una especie de tarima. Como una figura de cera andante.

A mí lado estaba un periodista de Deutsche Welle, el canal público internacional de Alemania, que le preguntó a Putin por la guerra en Chechenia y las denuncias de crímenes cometidos por el ejército ruso. Putin miraba fijamente al corresponsal mientras le hacía la pregunta; yo era

consciente de que aquella mirada del presidente iba dirigida a mi colega, pero la sentía tan cercana, estaba yo tan cerca de aquel láser que salía de sus ojos, que sentí miedo en mi cuerpo. Miedo físico.

La segunda vez que tuve oportunidad de estar cerca de Putin fue, entonces sí, en una de las salas grandes, diseñadas para impresionar, del palacio del Kremlin. La sala, que ustedes han visto varias veces en televisión, donde los presidentes rusos reciben a gobernantes extranjeros. En un lateral de la sala y detrás de un cordón estábamos nosotros, la prensa. Llegó Putin por nuestra izquierda y fue pasando por delante del cordón, por delante de nosotros. Según se acercaba a mi posición y cuando lo tuve delante, tirando a bajito, pálido, gélido, sentí frío. Como si hubiesen abierto la puerta de un congelador, o una ventana en un invierno moscovita. He estado a pocos metros de Bush hijo, de Clinton, de los Obama, de Biden, de Le Pen padre, de Rumsfeld; ninguno de ellos ha tenido un impacto físico en mi cuerpo como aquellos dos encuentros fugaces con Vladímir Vladimírovich Putin en el año 2000.

PARTE V

EL KURSK: HECHOS Y METÁFORA

1. EL KURSK Y SU METÁFORA

En el mar de Barents aquel agosto del 2000 se hundió algo más que el mejor submarino de la flota rusa. Con el Kursk tocó fondo Rusia. El declive, que se había iniciado dentro de la Unión Soviética y precipitado bajo la presidencia de Borís Yeltsin, acabó en el fondo del mar con la muerte de los 118 marinos atrapados y abandonados. Una agonía transmitida en directo a todo el mundo durante una larga semana. A mí me tocó cubrirlo: el equipo de TVE fuimos el único medio español los primeros días, y durante toda la cobertura TVE fue la única televisión en España con equipo desplazado al Ártico.

La tragedia trascendió las 118 familias rotas, sacudió todo el país, desde el jefe en el Kremlin hasta el ciudadano más humilde. Hubo un consenso: Rusia no podía ser igual a partir de entonces, pero no todos acertaron sobre la naturaleza del cambio que se iba a producir.

Para entender la dimensión de aquel *shock* nacional hay que aproximarse a los sentimientos y la psicología rusa.

2. ORGULLO Y HUMILLACIÓN

La humillación es el reverso del orgullo. Y aunque sea un lugar común, es cierto, el pueblo ruso es orgulloso y hay una fecha en el calendario para que ese orgullo, incluso trasnochado, se muestre en todo su esplendor: el 9 de mayo, *Den Pobedy*. El Día de la Victoria en la Segunda Guerra Mundial, que en la antigua URSS y la actual Rusia no llaman así, sino Gran Guerra Patriótica. Fue el Ejército Rojo el que entró en el Berlín de Hitler; sin el Ejército Rojo de Stalin y los más de veinte millones de muertos de la URSS, la resistencia sobrehumana de Stalingrado (hoy, Volgogrado), Leningrado (hoy, San Petersburgo) y otras ciudades *heroicas*, la derrota militar de la Alemania nazi habría sido más difícil. Occidente, sobre todo sus *mass media*, parece que lo olvidaron. Los rusos, no. Los cálculos de víctimas van de 22 a 27 millones de muertos entre militares y civiles; la URSS fue, con mucha diferencia, el país con más muertos en la Segunda Guerra Mundial, y todos los 9 de mayo millones de supervivientes y descendientes suyos salen a las calles, plazas y parques a recordar aquel sacrificio, honrar la memoria y sacar pecho. Es el día del desfile militar por la Plaza Roja, en el que durante décadas los *kremlinólogos* intentaban leer las fuerzas del poder por la colocación de los gerifaltes en la tribuna, junto al mausoleo (con el cuerpo embalsamado expuesto) de Lenin.

El 9 de mayo en Moscú suele coincidir con el inicio de la primavera, ha terminado el deshielo, se ha quitado el sellado de las ventanas y los balcones porque el aire que se filtre ya no te va a congelar y apetece airear. El sol vuelve a calentar y hay ansias de salir al exterior, respirar aire libre, después de haber pasado medio año encerrados en viviendas diminutas y mal

ventiladas. Te parece un espectáculo, de repente bullicio de gente por las calles, como si de cualquier adoquín salieran transeúntes. ¡Cuánta gente y cuánta alegría! Sentados en cualquier banco, sobre todo cerca de la Plaza Roja o en el parque de la Victoria, grupos de veteranos, unos ancianos vistiendo el viejo uniforme o una americana, y en la solapa, un montón de medallas.

Esta fue otra peculiaridad del comunismo, parecía que repartían medallas por cualquier cosa. Todos habían tenido varios méritos dentro del sistema, todos eran héroes, una manera de fomentar el ánimo y la adhesión. El *Den Pobedy* era el día de lucir el medallero en la solapa. Todos, ávidos de contar sus hazañas y compartir un trago de vodka con una generación de descreídos. "Esa guerra es nuestra vida", repetían. Me producían admiración y pena. Admiración, por las penurias y los sufrimientos acumulados a lo largo de sus vidas, y pena porque me parecían figuras en un escenario equivocado. Cuando charlabas un rato con ellos te confesaban que se encontraban con el decorado y el guion cambiados, sin que nadie les hubiese advertido previamente. Todo aquello por lo que habían luchado, toda la fe que habían depositado, el hambre, los sufrimientos soportados, todo su vida ahora no se valoraba. Se sentían engañados, traicionados, 364 días al año, pero el 9 de mayo, acariciados por un sol tímido, la música, los bailes y la vieja camaradería, parecían felices. Orgullosos. En aquella Rusia que pronto cumpliría una década como Estado independiente, la bandera del *Den Pobedy*, del desfile y de aquellos ancianos veteranos era la roja con la hoz y el martillo. ¿Por comunistas? Tal vez en algún caso, pero sobre todo porque era la bandera de aquel ejército vencedor, su ejército, el ejército de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el Ejército Rojo.

La crónica del *Telediario* de aquel día la terminé así: "Esta celebración es lo único que les queda de la Unión Soviética, un país que ha perdido su sistema, su fuerza, sus fronteras e incluso su nombre". Ese pueblo orgulloso, *patriotas* se llaman ellos, vivía las victorias nacionales del pasado como algo presente o muy reciente, aunque hubiesen pasado casi doscientos años. No hubo ruso mayor de 50 años que al saber que venía de España no exclamara entusiasmado: "¡Españoles y rusos nos parecemos mucho! ¡Tenemos mucho en común, ambos derrotamos a Napoleón!". Los españoles en 1808; los rusos,

en 1812. Antes de ayer.

Sin el alarde oficial del *Den Pobedy* y como un día laborable más en el calendario, hay otra fecha importante para los veteranos: el 23 de febrero. El Día, era, del Ejército Rojo, reciclado ahora en una especie de Día del Hombre, emparejado con el 8 de marzo, Día de la Mujer. Como me dijo un diplomático estadounidense en aquellos años: "Ya no son comunistas, pero siguen siendo soviéticos". Con esa frase logró sintetizar la extraña combinación de impresiones que se producía en Rusia en aquella época.

Mi primer 23 de febrero, un año antes del 23 de febrero en el Cáucaso, me pilló sola en la corresponsalía, al mando. De repente veo entrar al *manitas*, el *Pepe Gotera*[11] de la oficina, vestido con uniforme de gala y sable en el cinto. Sable. Se acerca al dintel de la puerta del despacho y me da los buenos días. Buenos días. Y ya. Yo, atónita. Desconocía yo aquel 23 de febrero de 1999 el significado de la fecha y lo que conllevaba. El hombre puso cara de mala uva y dio media vuelta. Si me lo cruzaba por el pasillo o en la cocina, enfatizaba su expresión de desagrado. Por el fenómeno de la red de intereses que he comentado anteriormente, *el hombre del sable* se encargaba de los pequeños arreglos de la oficina porque era pariente de una de las empleadas, Natasha, y así se ganaba algún dólar.

Al día siguiente Natasha vino pertrechada con un voluminoso álbum de fotos y se entretuvo en contarme la biografía con aquellas ilustraciones. *El hombre del sable* era ahora un *chispas* cualquiera, pero en la URSS había sido oficial en los mejores submarinos y en ese álbum constaban en fotos sus escalas por medio mundo, el medio mundo de la potencia soviética. Al yo no hacerle ni caso el día anterior y tomarlo por un chalado lo ofendí en lo más profundo, desprecié la parte de vida de la que él se sentía más orgulloso, a la que se había entregado. Yo me comporté como el prototipo de la occidental ignorante que cual nueva rica desprecia un imperio recién caído. Lo humillé. Añadí más leña al fuego del resentimiento contra la decadencia postsoviética y Occidente. Comunista de convicción o no, aquel hombre añoraba el sistema en el que se había ganado un prestigio y una vida decente sin tener que ir mendigando a extranjeros recién llegados. Las caídas de los imperios son duras y tienen una larga digestión, y la URSS había sido una nueva forma del imperio ruso. Millones de rusos frustrados por la vida de los años ochenta y,

sobre todo, de los noventa, no tenían nostalgia del comunismo, sino de sentirse respetados en el mundo. De ser un país de peso, de tener un estatus especial. De ser un país serio, también.

A finales de los noventa, Rusia era, y más tras el *crack* de 1998, un paria internacional, el Pacto de Varsovia había desaparecido y la OTAN crecía con la incorporación anunciada de antiguas repúblicas soviéticas y antiguos miembros del Pacto; y su presidente, Borís Yeltsin, era un hazmerreír. En Rusia cundía el sentimiento de humillación. Tenían libertad de expresión, de mercado, pero crecía el número de ciudadanos que se preguntaban ¿y para qué nos sirve? Occidente ha ganado y aquí solo los más corruptos y mejor conectados se han beneficiado de ello, el resto somos perdedores, apenas nos queda lo mínimo de aquella subsistencia pobre, pero subsistencia, que nos garantizaba la URSS. El gas, la electricidad y el teléfono prácticamente gratis, y los pocos alimentos que no eran de importación, a precios asequibles. Como le leí a un ruso de aquella generación: "No había libertad, pero había certidumbres".

La figura que a finales de los años noventa encarnaba esa frustración nacional era Mijail Segueyevich Gorbachov. El admirado y elogiado *Gorby* de Occidente era denostado en casa porque consideraban que él fue quien apretó el botón de la decadencia. Sin entender ese sentimiento profundo de frustración personal y humillación nacional que sentían los rusos a finales de aquella década, es imposible entender la trayectoria y el éxito de Vladímir Vladimírovich Putin. Explica también el fervor religioso que renació con la caída del comunismo y la reivindicación de los Romanov y, por ende, del imperio zarista.

¿Reivindicaban volver a ser siervos recién emancipados o reivindicaban el orgullo de volver a ser un imperio? La idea del excepcionalismo ruso que han transmitido el nacionalismo y la Iglesia ortodoxa rusa tuvieron continuidad durante las siete décadas de régimen comunista, a pesar del ateísmo. Rusia es un pueblo elegido, a Rusia no se le puede tratar como a un país cualquiera, hay que respetar a Rusia. La lógica de los imperios. No solo del ruso.

El golpe más humillante para Rusia como potencia fue el hundimiento del Kursk y la semana que le siguió.

3. ALERTA. SALTA LA NOTICIA

El Kursk se hundió el sábado 12 de agosto, pero la noticia no trascendió hasta el lunes 14. Otro agosto que invalida la suposición que en ese mes no pasa nada. Ese 14 de agosto todos los corresponsales españoles en Rusia estaban de vacaciones. Todos menos yo porque con Carmelo alternábamos las libranzas para que la corresponsalía no quedara nunca vacía. Aquel lunes saltó un breve teletipo, era preinternet, *urgente*, que alertaba de que un submarino nuclear ruso "había descendido hasta el fondo en aguas del mar de Barents, en el Ártico". Al poco rato sonó el teléfono. Era Rafael Díaz Arias, adjunto al jefe de Internacional, que con buen criterio nos dijo que fuéramos a cubrirlo. Era un submarino nuclear ruso y en su interior había 118 marinos. Si estaban con vida, como aseguraba Moscú, su suerte dependía de lo rápido que fuera el rescate; cada minuto que transcurría, menos posibilidades de que sobrevivieran. Era una noticia trascendente y una historia con todos los elementos dramáticos de una película, como luego se demostró. ¿Logrará Rusia rescatar a tiempo a esos 118 marinos? ¿Qué pasa con la carga nuclear que lleva ese submarino? ¿Es peligroso? El Kursk era además la joya de la corona submarina rusa, lo habían apodado el *insumergible*. No solo estaba en juego la vida de los marinos, también el honor, el orgullo de Rusia, la segunda potencia nuclear del planeta.

Y a mí me tocaba salvar mi prestigio profesional y el de TVE en aquella cobertura. Así lo sentía yo, la suerte de los marineros y la posible contaminación nuclear tenían en vilo a los espectadores y nosotros éramos la única televisión de España sobre el terreno. Todos los ojos sobre nuestro trabajo. Tenía que mandar dos crónicas al día y solo alcanzaba a ver un gran

interrogante delante de mí. El nudo en el estómago y la poca capacidad para dormir me durarían diez días.

4. MURMANSK

Volamos a Murmansk, dentro ya del Círculo Polar Ártico. El aeropuerto estaba a unos 35 kilómetros de la ciudad; durante el trayecto aprendí que aquel era un destino de vacaciones, especialmente para aficionados a la pesca. Putin aún no nos había deleitado con sus fotos pescando con el torso desnudo. Era la primera vez que yo estaba ante un paisaje como aquel, la tundra. Fuimos en el primer vuelo que despegó de Moscú a Murmansk desde que saltó la noticia, los primeros en llegar, lo cual tenía una clara ventaja informativa y otra igualmente importante de carácter práctico: seríamos los primeros en encontrar hotel. Encontramos habitación en el que sin duda era el mejor de la ciudad, tenía incluso un restaurante autoservicio con cocina propia, pero era absolutamente espartano. Por la mañana descubrí que de la ducha salía un fino hilo de agua. Fría. Habían pasado ya casi dos meses del solsticio de verano, ya hacía frío en esa latitud; cuando sonaba el despertador solíamos estar entre 4 y 9 ºC, pero con los baremos rusos era verano aún, eso significaba que no había agua caliente porque era cuando aprovechaban para revisar todas las tuberías antes de que llegaran las primeras heladas.

Para emitir las crónicas y entrar en directo dependíamos de la asistencia técnica de Eurovisión. Un equipo de su delegación en Moscú se había desplazado por carretera con la unidad móvil equipada de antena satelital, de parabólica. Condujeron de noche y llegaron a Murmansk por la mañana, antes que nosotros, con la intención de que cuando los periodistas de televisión llegáramos ellos ya tuvieran el punto de directo operativo. Llamé a la coordinadora, Lena, para saber dónde iban a estar. “En el puerto, frente a la estación marítima”.

Allí nos dirigimos, en cuanto estuvimos instalados en el hotel, para aprendernos el camino; insisto, en el año 2000 ya teníamos teléfonos móviles y algo de internet en los ordenadores fijos, pero nada parecido a Google Maps en el móvil. Era media tarde y ni rastro de la camioneta de Eurovisión. Raro, pero, tranquilos, con la diferencia horaria el *Telediario* de la noche, el de las 21 horas en la España peninsular, era a las 23 horas de la noche en Murmansk, había tiempo. Volvimos al punto de directo una media hora antes del *Telediario* y nos llevamos un chasco importante: la camioneta de Eurovisión ya estaba, pero no operativa.

—¿Y eso?

—Hemos tenido muchos problemas para que nos permitieran poner aquí la unidad móvil. Hemos llegado hace muy poco, pero no te preocupes que estamos haciendo todo lo posible para funcionar cuanto antes.

—¿Crees que entre las 23:00 y las 23:30 horas podré entrar en directo?

—Espero que sí. Estamos haciendo todo lo posible. Somos los primeros interesados. Eurovisión cobra por sus servicios, y si no los da, no ingresa.

La base de la Flota del Norte estaba en Severomorsk, a poco más de 20 kilómetros; era una de las llamadas ciudades *secretas*, cerradas a todo extranjero, a las que solo se tenía acceso con un permiso especial del Ministerio de Defensa. Otra herencia soviética, la obsesión del enemigo, del espía. Un día lo comprobamos; a pesar de conocer las circunstancias, alquilamos un coche y un conductor para que nos llevara. Al poco de salir de Murmansk hacia Severomorsk la carretera estaba cortada con barreras y varios policías y militares. “No pueden pasar de aquí”. Media vuelta.

El Kursk había zarpado del puerto de Vidiáyevo, unos 75 kilómetros al norte de Murmansk; ahí se instaló el control operativo de las tareas de rescate. Carretera cortada también. En Murmansk no pasaba nada porque no era la base de la Flota del Norte ni el puerto de donde había salido el submarino Kursk; ahí no vivían familiares de los marinos, ni había ningún centro de prensa, ni nadie de la Marina o el Gobierno o que nos diera información. Murmansk era simplemente hasta donde nos estaba permitido llegar, pero incluso en Murmansk, donde no pasaba nada, Eurovisión topó con un *niet* detrás de otro a cada intento contrarreloj de lograr permiso para instalar la unidad móvil. Al día siguiente Lena y Anton, su segundo, me

contaron lo ocurrido.

La razón era conocida: el lugar elegido, un muelle del puerto comercial, al ser un centro de transporte era un lugar estratégico y no se podía difundir su imagen. Lena y Anton probaron varios argumentos para convencer a la autoridad competente. *Niet.* Hasta que Lena encontró la fórmula mágica: "Si ustedes no nos dejan instalar la unidad móvil en el puerto y nos obligan a hacerlo en el centro de la ciudad o un descampado en las afueras, a nuestros clientes no les interesará y se irán a buscar imágenes de barcos por su cuenta y narrar las crónicas por teléfono. Si, en cambio, nos permiten estar en el puerto, ustedes sabrán que al menos una vez al día todos los periodistas extranjeros de televisión tendrán que ir a nuestra camioneta para emitir. Ahí ustedes los podrán controlar a todos al menos una vez al día; de lo contrario, andarán desperdigados por la región, y les resultará más difícil". Permiso concedido. Con un argumento que a mí no se me habría ocurrido, pero Lena y Anton eran rusos y conocían los resortes de sus interlocutores.

A las 23:00 horas, cuando arrancó el *Telediario*, la conexión aún no era posible. Lo habían instalado ya todo y ahora estaban enlazando con el satélite, y les estaba costando. Aguanté estoicamente hasta el final del *Telediario*. Media hora firmes sin perder la esperanza, pero no fue posible. Chasco y frustración. Todo este esfuerzo por llegar los primeros, para nada.

5. DE CACERÍA PARA EL *TELEDIARIO*

¿Cómo sacamos dos reportajes al día, si aquí no pasa nada? Era el reto que me torturaba y quitaba el sueño. En Murmansk no había fuentes directas de lo que estaba pasando con el submarino, no tenía acceso a la información de agencia, salvo cuando hablaba con la redacción central y me la contaban; las otras fuentes eran la radio, lo que decían en la televisión rusa, cuando teníamos acceso a algún aparato, o lo que contaban otros colegas que nos encontrábamos. A ver, Bosch, céntrate. Qué elementos tienes y cómo les puedes sacar partido: estoy en el lugar más cercano al accidente y a sus víctimas, y estoy rodeada de población local, estoy en la capital de la región. Vamos a contar eso y saber cómo están viviendo la noticia aquí. A patear Murmansk.

A cazar por la calle quien quisiera hablar con nosotros. No encontramos especial dificultad, pero como ocurre muy a menudo las respuestas que más te impresionan son aquellas que te dan cuando no estás grabando y a condición de que no grabes. Ocurrió con un señor que debía de pasar de los 60, es decir, había nacido durante la Gran Guerra Patriótica, la Segunda Guerra Mundial, y vivido todas las etapas posteriores. "La única diferencia es que ahora os habéis enterado la prensa, toda la prensa del mundo, pero quién sabe la de marinos que han muerto ahí abajo". La única diferencia es que ahora os habéis enterado. La frase de aquel señor lleva más de veinte años martillando mi cabeza.

En otra ocasión me pareció ver a alguien con uniforme militar a una cierta distancia. Corrimos hacia él, si nos decía algo no sería un transeúnte cualquiera, era un militar, su testimonio tendría más valor. Accedió. Nos

advirtió de que no tenía un grado importante y de que por lo tanto no tenía mucho peso lo que dijera, pero afirmó lo que todos imaginábamos, que según sus cálculos ya había transcurrido demasiado tiempo para que la tripulación del Kursk siguiera con vida, no había suficiente reserva de aire para tanto tiempo. Y fue más lejos, criticó al Gobierno y a sus mandos: "Había que haber ido antes a salvarlos con ayuda extranjera y dejarnos de secretos militares". Lo dijo a cámara, dando la cara, y vestido de uniforme. Algo se movía en la sociedad rusa.

Forzando el ingenio, el esfuerzo y el oficio de todo el equipo logramos ir sacando petróleo informativo de aquel pozo escaso. En cada conexión en directo actualizábamos la información que nos llegaba sobre las tareas de rescate. Ninguno de nosotros era un experto en la materia, con lo que las explicaciones que nos daban, es decir, la traducción que me llegaba del ruso, me hacía sentir más insegura de lo habitual. No puedes contar algo que tú no entiendes, primero lo tienes que entender tú, y en aquella cobertura me resultó especialmente arduo.

Desde el momento en que trascendió el accidente varios Gobiernos, los de Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania, Noruega, Israel e Italia ofrecieron ayuda. Ayuda que el Gobierno ruso rechazó de plano. ¡Cómo iban a permitir que países enemigos potenciales accedieran a su mejor submarino, a los secretos de su tecnología punta! La vida de las personas es secundaria cuando está en juego la seguridad, el honor de la patria.

El rescate consistía en acceder al submarino y entrar sin inundarlo para rescatar a los marineros.

¿Estarán con vida? ¿Será verdad que no llevaba ningún misil nuclear y no hay problema de radiación? Los intentos de rescate fracasaban uno detrás de otro. No había manera de comunicarse con la tripulación. La temperatura y la visibilidad de aquellas aguas dificultaban las tareas. Las versiones oficiales sobre la causa del accidente cambiaban por horas y con ellas las hipótesis que se elaboraban. Cuando se hundió, el Kursk estaba participando en unas maniobras de la Flota del Norte, las naves se habían dividido en dos equipos, el atacante y el de defensa, este fue el escenario del accidente. A partir de aquí, que si había sido una colisión, pero lo que detectaron los sismógrafos fueron dos fuertes explosiones. ¿Puede que otro submarino ruso lo torpedeara

por error durante la maniobras?

¿Fue un torpedo del propio Kursk el que estalló en el interior? ¿Y si fue una colisión con una nave extranjera? ¿Y si estaba implicada la OTAN? *¿Casus belli?* ¿Chapuza rusa? Nos ahogamos en un mar denso de versiones oficiales que se contradecían, hipótesis y especulaciones. Vladímir Putin, en su octavo mes de presidencia, estaba y seguía de vacaciones.

Los días pasaban y los intentos rusos de llegar al submarino seguían fracasando. Primero una campana, luego un batiscafo. Los mandos de la flota justificaban ese fracaso ante, literalmente, todo el mundo, por las condiciones adversas, por la visibilidad y porque la superficie del submarino y de las escotillas a las que debía anclarse el batiscafo estaban dañadas. De un modo sin precedente, los familiares de los marinos atrapados bajo el agua y los medios de comunicación denunciaban la resistencia del Gobierno a aceptar la ayuda extranjera. No quedaba ninguna duda, todos estábamos siendo testigos de cómo el orgullo, en nombre de la seguridad y la patria, era más importante para el Gobierno ruso que la vida de los ciudadanos.

6. MADRES Y ESPOSAS CORAJE

Vuelvo a las mujeres. Las madres rusas, las madres de la antigua URSS, sobre todo las madres de hijos varones, merecen un capítulo aparte.

En Murmansk de repente un día corrió el rumor de que al día siguiente iba a llegar un tren con familiares de la tripulación que vivían en otras regiones de Rusia. ¡Por fin podremos acercarnos a fuentes de primera mano! Pronto nos dirigimos a la estación de ferrocarril. Imposible confirmar nada. Nadie sabía nada y, si lo sabían, no nos lo decían. Pero resultaba evidente que había más policía y militares de lo habitual y algún fotógrafo. Poco a poco empezaron a llegar otros reporteros de televisión, no podía ser casualidad, ese tren iba a llegar. Pero nos era imposible saber a qué hora o por qué vía. Había un puente exterior sobre las vías y desde él mirábamos el panorama y nos decíamos vete tú a saber por cuál llegará. Si te equivocas en la apuesta, cuando llegas al andén correcto ya han desaparecido los pasajeros que te interesan.

El camarógrafo era Sasha Sviridov, el sustituto del sustituto aquel mes de agosto; nunca había trabajado con él antes y al salir de Moscú temía llevarme una sorpresa profesional desagradable, como ya me había ocurrido con anterioridad, pero entonces, en aquella estación de ferrocarril de Murmansk, ya había comprobado que Saha era un buen profesional y un compañero excelente. En aquella estación la crónica que íbamos a hacer sería mérito suyo. Al terminar la jornada llamé al jefe, a Carmelo: "La próxima vez que haya que contratar un camarógrafo, Sasha". Volvamos al puente sobre las vías. Sasha propuso dividirnos, él se iba con la cámara a un terraplén desde donde podía hacer buenos planos generales de la estación, y Karina y yo nos

quedábamos en el puente observando los movimientos. Cada uno con un teléfono móvil. En un momento determinado nos dimos cuenta de que varios militares se dirigían a un andén. Nos llamamos:

—¿Habéis visto? Va a ser en ese andén —dijo con determinación Sasha.

A velocidad de vértigo volvió y corrimos juntos al andén. Al poco llegó un tren. Larguísimo. En un tumulto de gente cada vez mayor, a saber en qué vagón vienen, nos guiamos por las gorras de plato de los militares. Van a por los familiares. Esa era la lógica. Acertamos. Se abrió la puerta del vagón y vislumbramos los rostros demacrados y compungidos de unas mujeres. ¿Esposas de marinos? ¿Madres? Cuando aún no habían puesto los dos pies en el andén quedaron rodeadas por militares. Más que escoltadas parecían secuestradas. Sasha, pegado a los militares, y nosotras detrás de él. Seguimos esa comitiva caótica, había otras parecidas igualmente desordenadas y apresuradas. Subimos milagrosamente las escaleras sin tropezar, cruzamos el vestíbulo de la estación hasta la calle, hasta que los militares introducen a las mujeres en un coche. Sin dejarlas detenerse, sin dejarlas respirar. Sasha, pegado a ellos hasta que cerraron la puerta del vehículo.

¿Sentí que estábamos nosotros también acosando a esas pobres mujeres? Sin duda. Siempre he procurado esquivar la información de *sucesos* porque me siento muy incómoda grabando a víctimas, haciéndolas hablar cuando no les apetece. Pero en aquel caso, en aquella Rusia, se imponía el sentimiento de que precisamente hablar, conocer su testimonio, es lo que les impedía el Gobierno, no por respeto a su intimidad y su estado emocional, no les importaba lo más mínimo, sino por censura, para que solo existiera la versión oficial. Era cuestión de horas que todo el mundo viera y recordara durante décadas a aquellas mujeres, esposas y madres, que no sabían si sus maridos e hijos estaban vivos o muertos, y veían que el Gobierno, si estaban vivos, los dejaba agonizar hasta la muerte, explotar y evidenciaran que necesitaban hablar. Gritar. Insultar.

Quien siguió la información recordará aquella escena, y si no lo vio en su día, pero ha visto la película *Kursk*, sepa que la escena fue real, no es una licencia dramática del guion. El Gobierno ruso organizó en Vidiáyevo un encuentro entre el vice primer ministro de la Federación Rusa y otros altos cargos con familiares de la tripulación del submarino. Putin seguía de

vacaciones. Ellos, en el escenario de un auditorio; ellas, casi todo eran mujeres, en el patio de butacas. No esperan a que les den la palabra, no pueden reprimir su dolor ni su indignación. Están hartas. Gritan su desesperación, sus reclamaciones, sus reproches, su impotencia. Una se levanta del asiento y con una voz desgarrada le grita al vice primer ministro:

¡¿Cuánto va a durar esto?! ¡Nuestros hijos están encerrados en esa lata por un sueldo mísero de 50 o 70 dólares?! ¿Para qué crie a mi hijo? ¡Dígamelo! ¡¿Tiene hijos usted?! Imagino que no tiene hijos. ¡¿Lo entiende?! ¡Ustedes no pueden entenderlo porque lo tienen todo, pero nuestros hijos no tienen nada! ¡Estoy harta de estas salvajadas, mi marido sirvió veinte años! ¡¿Para qué?! ¡Nunca os perdonaré! ¡Solo teméis por vuestra posición! ¡Arrancaos los galones y suicidaos porque no os dejaremos vivir tranquilos, malnacidos!

En la fila de atrás aparece otra mujer, a quien se ha visto previamente consolando a otras mujeres. Mientras esta madre sigue gritando su desesperación, la mujer de atrás le levanta la chaqueta, un par de militares sujetan a la madre, y la otra mujer le inyecta algo con una jeringuilla. Los periodistas lo veíamos a distancia por televisión, como el resto del mundo. Era una escena de la represión en los tiempos soviéticos. Había que callar a esa mujer. Todos dimos por sentado que la habían sedado a la fuerza para callarla. Unos días después la mujer lo desmintió y dijo que le habían inyectado un medicamento para el corazón a petición de su marido.

Esas madres rusas. Desde que sigo la información en Rusia son siempre ellas quienes levantan la voz, quienes se enfrentan al poder por sus hijos, quienes hacen lo indecible. Las madres que por aquellas fechas también iban hasta Chechenia para rescatar a sus hijos, para sacarlos de aquella guerra y esconderlos. Crónica del 7 de octubre de 1999 para el *Telediario*:

Desde que empezó esta guerra, 160 mujeres se han acercado hasta la oficina del Comité de Madres de Soldados. Todas están preocupadas por lo mismo: sus hijos están haciendo la mili en el Cáucaso. María Fedulova, del Comité de Madres de Soldados: "Los mandan al frente sin que los padres lo sepan. Y cuando intentan averiguarlo nadie les dice dónde están realmente".

María pasó por ello hace cuatro años, en la otra guerra de Chechenia. Ahora atiende a estas mujeres y les dice que hagan lo mismo que hizo ella, ir a Chechenia a por su hijo y secuestrarlo, si hace falta. Ella consiguió rescatarlo y luego lo consiguieron otras tres mil madres, aunque no explica exactamente cómo. Al hijo de Ludmila le quedan ocho meses de mili en Daguestán y ella se pasa el día al teléfono para organizar una expedición. Acaba de saber que su hijo está en el frente.

De nuevo, los testimonios recogidos por Anna Politkovskaya y sus reflexiones en *Una guerra sucia:*

> El 16 de septiembre Lidia Burmistrova se llevó a su hijo Iván de diecinueve años, justo antes de la partida del próximo contingente y después de que más de dos mil soldados de la misma división ya hubiesen sido enviados al Cáucaso. He aquí su inquietante y conmovedor relato: "Iván estaba muy receloso, pero logré vencer su resistencia. He criado a mis hijos yo sola. El Estado no me ha dado ni un kopek. Pero cuando ha necesitado que alguien diera la vida por él, ha venido corriendo a llamar a mi puerta. El régimen decidió ir a la guerra por su incapacidad para resolver el conflicto. Y ahora tenemos que entregar a nuestros hijos para enmendar los errores de otros. ¡De eso nada! A nadie le importa que mi hijo mayor fuese maltratado en el ejército y que haya vuelto trastornado. Yo soy la única que se ocupa de él, la que le está curando porque tiene los nervios destrozados y los tendrá por mucho tiempo. El Estado no ha hecho nada por él. ¿Y ahora quiere mi otro hijo? Por nada del mundo". [...] Antes de emprender el viaje hacia el Cáucaso, la mayoría de madres acude al Comité de Madres de Soldados, en busca de consejo. Siempre les dicen lo mismo: sácalo de allí, cuanto antes mejor. Es más fácil ayudarte ahora que cuando te veas con un hijo discapacitado.

La misma actitud sufrida y valiente de las madres que encontré en 2002 cuando el asalto al teatro Dubrovka en Moscú, cuando para solucionar la toma de rehenes Putin ordenó gasear todo el teatro. Entre el público había muchos niños. Nadie se molestó en comunicar a sus familias si estaban vivos o muertos, ni en qué hospital o morgue. Fueron ellas, las madres, quienes tuvieron que hacer el vía crucis de hospital en hospital, esperando pacientemente ante las puertas, que a menudo parecían puertas de una cárcel, bajo la aguanieve, a que saliera alguien con la lista de los ingresados. Si no estaba su familiar ahí, a hacer cola a otro hospital. Una y otra vez el desprecio del poder, vertical, por los ciudadanos, por la vida, los derechos y los sentimientos de las personas.

Para poder viajar, en algunos casos varios días, en tren hasta la base del Kursk esperando recuperar a sus hijos, vivos o muertos, aquellas madres o esposas no recibieron ninguna ayuda económica por parte del Estado, muchas tuvieron que hacer una colecta entre parientes y conocidos para poder pagar el billete de tren.

Tampoco he podido olvidar cómo me encogió el alma la madre que vino en tren desde Samara a verme a la oficina en Moscú. Me obsequió con una caja de bombones y una jarra típica tallada en madera; como era corresponsal de la televisión pública ella estaba convencida de que yo era parte del Gobierno

español, una espía tal vez, quién sabe. Vino a implorarme que sacara a su hijo de Rusia. "Usted lo debe de saber ya, el servicio militar en Rusia es tan o más peligroso que la guerra. Mueren tantos o más haciendo la mili que en Chechenia. En la mili o en Chechenia mi hijo morirá. Mi hijo es frágil, está recuperándose de la drogadicción, mi hijo no sobrevivirá en el ejército. Me lo van a matar. Sálvelo, sáquelo de Rusia y mándelo a España".

7. DESENLACE DEL KURSK

El jueves 17 de agosto, cinco días después del accidente, hubo seis nuevos intentos de rescate. Fracasaron todos. Ese día el presidente Putin por fin aceptó ayuda, del Reino Unido y de Noruega. Con condiciones. Les pidió ayuda para abrir el submarino y facilitar el acceso al interior, pero les prohibió entrar. El domingo 20 de agosto, una semana después del accidente, buzos noruegos llegan hasta el submarino, analizan la superficie y desmontan las justificaciones rusas: no, la zona donde hay que anclar el batiscafo no está dañada. Denuncian que la burocracia rusa ha retrasado la operación, y al día siguiente, lunes 21 de agosto, ocho días después del accidente, los noruegos abren el submarino. Está inundado. Toda la tripulación ha muerto, no hay supervivientes. Todos, los 118 marineros, muertos. En menos de veinticuatro horas, el orgullo nacional, el honor, la idea de una supuesta tecnología punta y un ejército temible quedaron hechos añicos. A las pocas horas esa noche asistimos a una escena inimaginable unos días antes: el comandante de la Flota del Norte, Viacheslav Popov, en la cubierta de uno de los buques que estaban en la zona, se dirige al país por televisión en hora de máxima audiencia. Visiblemente compungido, con los ojos llorosos, mira a cámara: "Perdonadme por no haber protegido a vuestros hombres". Pidió perdón por devolverles 118 cadáveres y se descubrió la cabeza. El comandante de la Flota del Norte. Lo nunca visto. 21 de agosto del 2000.

He vuelto a ver el reportaje que hicimos para *Informe Semanal*. Indigna y duele verlo ahora como entonces. "El Kursk se hundió el sábado 12 de agosto, pero no se supo hasta dos días después. Los familiares se enteraron por televisión. Nadie de la Marina o el Gobierno les llamó para informar de

que su hijo o su marido estaba allí dentro”. Transcribo dos de las declaraciones de ciudadanos que recogimos en las calles de Murmansk: “Han muerto por culpa de este país. Rusia nunca se preocupa por su gente. Creo que los mandaron a ese submarino sabiendo de antemano que, en caso de accidente, no podrían salvarlos. Y no hablo solo de este submarino, tengo la impresión de que todos nosotros estamos en un submarino. Y me duele”. “Creo que los mandos preferían que no hubiera supervivientes. Sin supervivientes, menos problemas. Porque, si los hubiera, a saber qué podrían contar sobre las causas del accidente”. Los rusos habían perdido el miedo a hablar y a criticar abiertamente.

Hacía apenas cuatro meses el presidente Putin, con su victoria reciente en las urnas, montó una de sus operaciones de imágenes en Severomorsk, la base *cerrada* de la Flota del Norte. Se vistió de comandante y posó para una sesión de fotos y vídeo embarcado en un hermano del Kursk, el Karelia. Pernoctó en el submarino y desde ahí observó el lanzamiento de un misil intercontinental, alabó la flota de submarinos como el mayor activo del poder nuclear ruso. Y ahora, solo cuatro meses después, el mejor submarino se había hundido, no en una guerra, sino en unas maniobras.

Cuando el fiasco de la operación de rescate parecía haber terminado, Vladímir Putin decidió interrumpir sus vacaciones y desplazarse a Vidiáyevo para reconfortar a las familias. Otra operación de imagen es lo que él y su círculo habían planeado, pero les salió el tiro por la culata. Las madres lo abroncaron, no callaron ante el presidente de la Federación Rusa y todo el mundo lo vio.

Las cosas no podían quedar así. El presidente Putin recurrió de nuevo a la televisión, pero esta vez en la seguridad blindada de un despacho. Se dirigió a aquella población humillada y herida: “Un familiar dijo ayer que solo llevo cien días en el cargo, pero que es mi cruz. La he aceptado y tengo que llevarla. Y tiene razón, a pesar de que lleve poco tiempo en el cargo, asumo la responsabilidad completa y me siento culpable por esta tragedia”.

Quienes quisieron ver aquellos días en la tragedia del Kursk un efecto parecido al que había producido la explosión nuclear de Chernóbil en 1986, es decir, una catástrofe que forzaría una apertura, mayor transparencia del poder, se equivocaron. La lectura que hizo Vladímir Putin fue otra. La

opuesta. Un poder fuerte, que era la misión que él tenía al frente de Rusia, no era compatible con la libertad de expresión. Tenía que controlar el mensaje, sobre todo, el audiovisual.

En la ceremonia de duelo que se organizó a bordo de un buque, en aguas cercanas al lugar del naufragio, los familiares de la tripulación rechazaron la presencia del presidente. "Antes tenía que haber venido, en lugar de seguir de vacaciones en la playa". Una vez que el Kremlin autorizó a la televisión estatal entrar en la secretísima base Vidiáyevo fue evidente que tanto interés había en esconder posibles logros militares como las condiciones en que Rusia tenía a sus mejores oficiales. Edificios pobres de paredes desconchadas y llenos de mugre. ¿Le pareció normal a Putin cuando subió una de esas escaleras para que la televisión mostrara cómo iba a consolar a la viuda del capitán del Kursk? En otro apartamento parecido un oficial contó que con el salario de 100 dólares necesitaba el pluriempleo. Denunció la aberración de que un comandante tenga que tener la cabeza en otros oficios para mantenerse. Un semanario recogió en la ilustración de portada el estado de ánimo de los rusos y lo que nosotros habíamos constatado en las calles de Murmansk: en la superficie, el Kremlin dibujado con forma de acorazado de nombre *Indiferencia.* Debajo, sumergido, el submarino-pueblo ruso.

PARTE VI

PUTIN CON PERSPECTIVA (2000-2022)

1. SOTOGRANDE, 2001. OLIGARCAS

Diciembre del 2001, Vladímir Putin está a punto de cumplir un año en la presidencia de la Federación Rusa, su Gobierno cursa a la Interpol una orden de búsqueda y captura de uno de los *oligarcas*, de los magnates rusos que habían acumulado miles de millones y poder, Vladímir Gusinski. La policía española lo detiene en su casa de Sotogrande (Cádiz), adonde ha llegado desde Gibraltar. El juez Baltasar Garzón dicta arresto domiciliario y una fianza de mil millones de pesetas (seis millones de euros), que Gusinski tardó apenas unas horas en depositar, mientras se veía su extradición a Rusia. En aquella espera le pedí una entrevista para *Informe Semanal*, y como esto del periodismo va en función de los intereses, la concedió.

Vladímir Gusinski no era un magnate cualquiera, suyo era el único grupo mediático privado, Media Most, el más potente y de mejor calidad. Mientras la televisión estatal había quedado absolutamente anticuada de fondo y forma, el canal NTV era moderno y hacía periodismo. Fue el canal que emitió el reportaje y el programa que cuestionó la versión oficial del atentado abortado en Riazán, el que cubrió mejor los casos de corrupción y de manera más crítica el hundimiento del Kursk y la guerra de Chechenia. NTV emitía, además, en horario de máxima audiencia, un programa de guiñoles, *Kukli*, que parodiaba a diario al Gobierno y al presidente Putin.

La fiscalía rusa acusaba a Gusinski de estafa. Habiendo sufrido yo la trampa del tope de 50 dólares en la oficina era fácil extrapolar la experiencia al sistema: todo funciona parcialmente fuera de la ley, te lo toleran mientras no molestes; si molestas, ya tienen algún delito que imputarte.

El lugar que el oligarca huido destinó para grabar la entrevista fue el

pabellón acristalado de la piscina de su mansión. Dijo estar convencido de que si lo extraditaban, iría a la cárcel y de ahí ya no saldría: “En las cárceles rusas a veces ocurren accidentes, y a mí me puede pasar cualquier cosa”. Cuatro años antes, Vladímir Gusinski había sido uno de los oligarcas con poder mediático que pactó con el Kremlin para lograr la reelección del ya muy desprestigiado y enfermo Borís Yeltsin. Contribuyó así a una maquinaria de propaganda bajo forma de información porque, según él, el peligro de que ganaran los comunistas en 1996 era real:

> Pero fue un error, porque me doy cuenta de que con aquel pacto creamos un monstruo: la posibilidad en la nueva Rusia de usar los medios de comunicación como armas en beneficio propio. ¿Qué entendió Putin? ¿Quién conocía a Putin hace año y medio? ¿Cinco mil personas en el centro de Moscú, incluido yo? ¿Qué sabían de él? ¡Nada! Que era un buen tipo, uno de los altos cargos. ¿Quién lo convirtió en el nuevo líder de Rusia? La manipulación de los medios

Vladímir Gusinski, magnate mediático, enero del 2001. Terminé el reportaje con una reflexión suya que resultó premonitoria de las dos décadas que vinieron: “Hay momentos en que tenemos que elegir entre las habichuelas o la libertad; en Rusia estamos en uno de esos momentos, decidir qué es más importante, si las habichuelas o la libertad”.

Tres meses después, la Audiencia Nacional falló contra su extradición. Vladímir Gusinski, que tenía pasaporte israelí y era vicepresidente del Consejo Mundial Judío, se trasladó a Israel. Al despedirnos en Sotogrande después de la entrevista me había dado una tarjeta con su número de teléfono móvil particular, con prefijo británico. Cuando quedó libre de extradición a Rusia llamé a ese número y confirmé la lógica de esta profesión: nadie respondió. Ya no me necesitaba.

Aquel enero del 2001 Vladímir Putin cumplió su primer año en la presidencia sin el engorro del medio de comunicación más crítico. Desde entonces, la censura y manipulación han sido implacables en televisión. Internet, con canales en YouTube o Telegram, ha sido el refugio para las voces críticas, que ven así muy limitada su capacidad para influir a un público mayoritario. En 2022 abundan los testimonios de ciudadanos ucranianos que se han enfrentado con familiares en Rusia que no les creían cuando les contaban cómo caían las bombas sobre sus ciudades, sobre sus

casas.

El caso Gusinski no fue único. Poco después el presidente Putin rompió relaciones con el oligarca que lo había apadrinado ante el presidente Yeltsin, Borís Berezovski. El magnate se refugió en Londres. Le siguió en 2003 Mijail Jodorkovski, propietario de la petrolera Yukos. Cárcel y exilio. No todos los oligarcas enfrentados a Putin recalaron en Londres, pero sí la mayoría. Magnate a magnate la capital británica se ganó con fundamento el sobrenombre de *Londongrado*. Otra *win-win situation*. Para los oligarcas porque encontraban refugio de lujo, y para las finanzas y demás negocios británicos porque sus ganancias subían como la espuma. Con el paso del tiempo podemos llegar a la conclusión de que la promesa de aquel desconocido Putin de acabar con los oligarcas se ha concretado en acabar con los oligarcas que él considera traidores. Os podréis seguir forrando a base de saquear este país —parece haberles advertido— a cambio de serme fieles. Impunidad a cambio de lealtad. O, recurriendo a la metáfora de Vladímir Gusinski, podréis seguir acumulando habichuelas, pero ojo con las libertades que os tomáis.

Buscando esa lealtad a lo largo de veintidós años, Vladímir Putin se ha ido rodeando de personajes salidos, como él, de los servicios secretos y de San Petersburgo.

2. PUTIN CON PERSPECTIVA

Un verdadero bolchevique estará dispuesto a creer que lo negro es blanco y lo blanco, negro, si el Partido lo exige.

YURI PIATAKOV

Recientemente escuché al veterano Lluís Foix decir que los periodistas a menudo cubrimos hechos cuya trascendencia desconocemos. Él contaba que cubrió la elección de Margaret Thatcher y la de Ronald Reagan, sin saber en aquel momento que empezaba una revolución conservadora que sigue hasta nuestros días. Yo lo aplico a mis años de corresponsal en Moscú. No fui consciente entonces de la trascendencia que tendría la transmisión de poder de Borís Yeltsin a Vladímir Putin, lo que nos depararía la Rusia del siglo XXI, la Rusia de Putin.

Con la perspectiva de más de dos décadas podemos afirmar que fue el fin de las esperanzas de una democracia liberal en Rusia, el fin de la libertad de expresión que los rusos habían experimentado durante apenas una década. En los primeros años de su presidencia, Vladímir Putin fue muy hábil estableciendo un pacto tácito con la sociedad rusa, un pacto parecido al que estableció con los *oligarcas*: subirá vuestro poder adquisitivo, os devolveré el orgullo de ser rusos, el mundo volverá a respetarnos (y temernos) y, a cambio, vosotros callaréis. No se aceptan críticas, mucho menos, desafíos a mi poder.

Para permitir ese pacto Putin tuvo un aliado tan inesperado como imprescindible: el precio del petróleo. En el reciente y fatídico 1998 el barril de petróleo había caído hasta los 12 dólares. A lo largo del 2000, el primer año de Putin, subió a 27 dólares, más del doble, y en 2012 alcanzó los 109 dólares. Aun robando todo lo que roban quienes comercian con el oro negro, *oligarcas*, quedaba una *billonada* de dólares para facilitar que creciera por primera vez una clase media rusa, por lo menos en las ciudades. El producto

interior bruto per cápita en 2022 es de 12.000 dólares, casi el quíntuple que al inicio de la presidencia de Putin, que era de 2.300 dólares. Los rusos han podido comprar apartamentos, electrodomésticos, teléfonos móviles e ir de vacaciones a lugares cálidos. La industria turística española ha sido una de las beneficiadas. También se ha beneficiado, y mucho, el sector inmobiliario español, usado, según han comprobado varias investigaciones de la Policía y la Guardia Civil, para blanquear dinero de multimillonarios, oligarcas, turbios.

Al mismo ritmo que crecía el poder adquisitivo de los rusos se cercenaba la libertad de expresión y aumentaba la represión. Ha sido la reacción del presidente Putin cada vez que ha habido protestas o críticas a su Gobierno. Censura y represión.

El nacionalismo de Putin también ha sido cada vez más ostensible. Justo a tiempo para cumplir su primer año de presidente, Vladímir Putin recuperó la grandilocuente música del himno de la URSS adaptando su letra a los tiempos: en lugar de elogiar el comunismo, en el nuevo texto se elogia a Dios y califica a Rusia de país sagrado. La adaptación es de uno de los autores del original soviético, Serguei Mijalkov, padre de Nikita, el director de cine y valedor del nacionalismo de Putin. Recuperar aquel himno fue una ofensa para los intelectuales liberales, oír esa música, independientemente de la letra, los retrotrae al régimen soviético, pero Putin contó un apoyo preferente, la bendición del patriarca Alexei: "Representa la continuación de la era soviética, que fue una tragedia terrible, pero en la que también hubo mucho de bueno". Patriarca y presidente, Dios y el zar, en sintonía a la hora de apelar las vísceras identitarias y capitalizar la nostalgia de gran potencia y del excepcionalismo ruso.

Otro destino de los ingresos extra por el precio del petróleo fue una especie de juventudes *putinistas*, parecido a lo que se habría habido con el comunismo, fomentar el espíritu de grupo, de objetivos comunes, orgullo patriótico. Una nueva generación de niños y adolescentes educados en la fe de ese coloso, ese imperio que renace y se venga de la humillación perpetrada por Occidente. Vuelvo, y no me cansaré de recomendar, a Svetlana Alexiévich y su fin del *Homo sovieticus*:

Han restablecido el himno soviético, tenemos *komsomoles* [juventudes comunistas], solo que

ahora se llaman *Nashi* ['Los Nuestros'], está el Partido del poder, que es una copia del Partido Comunista. El presidente tiene tanto poder como tenía el secretario general [del PCUS]. Un poder absoluto. En lugar del marxismo-leninismo tenemos la Iglesia ortodoxa.

¡Y el culto al líder! Cuando en 2014 volví a Moscú me maravilló la modernidad de la ciudad, la oferta de restaurantes y cafeterías asequibles a la clase media, el dominio del inglés, nadie tenía paciencia para entretenerse con mi pobre ruso y todos mis interlocutores pasaban automáticamente al inglés. Al igual que en mi primera visita aquel lejano 1990, volvía a ser diciembre, la noche era mucho más larga que el día, pero en esta ocasión no me deprimió, paseé horas por un Moscú iluminado y hermoso. Lo disfruté. La contrapartida fue toparme con el culto a Putin por todas partes. Su retrato como decoración y como objeto de *marketing*, todo tipo de *souvenirs* a la venta: imanes para el frigorífico, postales, camisetas, pósteres, libros, posavasos…, y a pesar de ese exceso, no fue el culto a Putin lo que me estremeció, sino la cantidad de objetos dedicados a Stalin. La rehabilitación del carnicero de Stalin. La Rusia de Putin estaba engendrando clase media, pero también la desmemoria y la idealización de uno de los peores tiranos del siglo XX.

La segunda guerra de Chechenia fue el primer gran golpe de timón al rumbo que llevaba Rusia en la escena internacional. Putin no iba a tolerar la emancipación total de más repúblicas y territorios que habían sido soviéticos. Pueden ser independientes, siempre y cuando se mantengan fieles a Moscú. Después de Chechenia vino Georgia, luego el pez grande, la mayor de las grandes ex repúblicas soviéticas después de Rusia: Ucrania.

¿Quiere Putin reconstruir la URSS? ¿Quiere volver al imperio zarista? Yo no soy ninguna *kremlinóloga* para poder dar una respuesta; lo que sí me resulta evidente es que Putin alimenta el sentido de país acosado, rodeado de enemigos. En el caso de Ucrania, él y su maquinaria audiovisual de propaganda repiten machaconamente que Ucrania es un territorio gobernado por nazis, títeres de Estados Unidos y la OTAN. La invasión de Ucrania el 24 de febrero del 2022 no es una agresión a otro país en ese discurso, sino una autodefensa ante un Occidente que acorrala y amenaza la existencia de Rusia. No es una guerra expansionista, sino una lucha por la supervivencia. Putin nunca aceptará que los otros dos antiguos miembros del antiguo Rus

(Bielorrusia y Ucrania) tengan verdadera soberanía, verdadera independencia de Rusia. Ese es el origen al que Putin con ínfulas de historiador recurre cada vez más en sus discursos, las tres repúblicas son de hecho una, pueden tener órganos de gobierno distintos, pero como hermanos, de los cuales Rusia es el único adulto y debe encargarse de los menores de edad, Bielorrusia y Ucrania, que reconocen la autoridad del hermano mayor. En Bielorrusia el perenne dictador Aleksandr Lukashenko hace mucho que llegó a un pacto con Vladímir Putin, ambos presidentes comparten algo más que la pasión por el hockey sobre hielo, pero Ucrania ha salido rebelde.

Tememos a Rusia casi como temimos a la Unión Soviética. Sigue siendo el país más extenso del planeta y la segunda potencia nuclear, pero otros baremos son menos pomposos.

Según datos del Banco Mundial, su producto interior bruto en 2021 fue de 1,78 billones de dólares, poco más que el de España (1,43 billones). En las dos grandes potencias actuales estas son las cifras del PIB: Estados Unidos, 96 billones de dólares; China, 17,7 billones, diez veces más que Rusia. La población de la Federación Rusa mengua o se estanca: eran 147,4 millones de habitantes en 1989 y en 2021, 143,4. Y un tercer dato: la esperanza de vida en Rusia en 2020 era de 71 años, según el Banco Mundial; la media en la Unión Europea era de 80,4 y de 82 en el caso de España.

La invasión de Ucrania, la retórica por parte del Kremlin y de Occidente, y las sanciones contra Rusia por invadir un territorio soberano nos han vuelto a alejar. Rusia y el *Zapad*, de nuevo confrontados. Dentro de la Unión Europea y de la OTAN, las tres repúblicas bálticas (Estonia, Letonia y Lituania) y los países que estuvieron al otro lado del telón de acero, Polonia especialmente, se sienten reivindicados en sus posiciones duras, intransigentes incluso, respecto a Moscú.

En Rusia, miles de hombres jóvenes, cultivados, cerebros, rusos cuyo trabajo no estaba vinculado con el Estado, han huido, o lo intentan, porque no quieren ir a la guerra. Fuera, en Occidente, los recibimos con recelo, cargan el estigma de la agresión de su presidente a Ucrania. Que ellos y el resto de rusos también son víctimas de Putin es un argumento que la mayoría de ucranianos combate con vehemencia. “No huyen por solidaridad con los ucranianos, huyen por miedo a morir en la guerra o acabar en la cárcel si se

oponen a la guerra", me respondió contundente y enojada Tetiana Shevchuk en octubre del 2022, una de las tres embajadoras ucranianas que recorrieron la Unión Europea en busca de más ayuda económica y militar para Ucrania, y siguió: "No hay comparación posible entre nuestro dolor y la incomodidad de los rusos. Los ciudadanos rusos son responsables de las acciones de su Gobierno".

La principal lección para aquella novata que era yo cuando aterricé en Moscú es que ellos, los rusos, nos conocen a nosotros mejor que nosotros a ellos. Es la paradoja de toda cultura dominante: es su fortaleza y comodidad porque los demás tienen que aprender sus códigos, pero también su talón de Aquiles. Conocen nuestra lógica, nuestro argumentario, saben que las democracias son más frágiles, más vulnerables, que las autocracias porque son un sistema polifónico donde no hay una única voz que ordena y manda. Putin y su coro han demostrado ser buenos combinando todos esos factores en beneficio de un poder fuerte en Moscú y débil fuera. El argumento último de Putin para defender su modo de gobierno en Rusia es poder mostrar a los rusos unas democracias liberales caóticas y en crisis. Cuanto más fragmentados estén Estados Unidos y la Unión Europea, mejor para sus intereses. Cuanta más inestabilidad haya fuera, de mayor estabilidad interna podrá presumir él.

Desde que empezó la invasión de Ucrania el 24 de febrero del 2022, Vladímir Putin y su apisonadora audiovisual de propaganda muestran día a día el arte de volver los argumentos de Occidente contra Occidente. Lo que en inglés llaman *whataboutism* y en España solemos llamar el *y tú más*. Putin se sacude toda crítica a la invasión y las matanzas de civiles con la lista de atropellos y atrocidades cometidas por Estados Unidos y sus aliados. Hipócritas —se defiende Putin—, acusáis a Rusia de cosas que vosotros también habéis hecho. Alude a la invasión de Irak, a la cárcel de Guantánamo, a los bombardeos sobre Serbia, al reconocimiento de la independencia de Kosovo. La lista es larga. Con esos argumentos sintoniza, de nuevo, con la mayoría de rusos y el sentimiento compartido de ser menospreciados por un Occidente que aplica un doble rasero.

¿Por qué ahora? Una lectura del entorno del Kremlin y de la llamada *doctrina Putin* es que Occidente va cuesta abajo, ha iniciado su declive

imparable y es el momento oportuno para contraatacar y establecer a Rusia como gran potencia euroasiática. Un declive en el liderazgo, en las alianzas y la moral. Los discursos oficiales, en televisión y en actos multitudinarios, insisten cada vez más en la supuesta perversidad de las costumbres occidentales: los hijos ya no son de padre y madre, sino de parejas homosexuales, y las mujeres ya no somos mujeres, sino transexuales. Son solo unos ejemplos, Rusia se erige en el bastión de los valores humanistas y cristianos. No lo explicitan, pero yo imagino que en esa decadencia incluyen la elección como presidente de Estados Unidos de un afroamericano, Barack Obama, *chiorni* de verdad, en 2008 y 2012, y la de Donald Trump en 2016. También el hecho de que la alternativa a Trump, y que además le sacó casi tres millones más de votos, fue una mujer, Hillary Clinton.

Repetidos esos argumentos a todas horas sin crítica de alcance ni una oposición significante y, muy importante, reclutando para la guerra hombres de regiones lejanas a los centros de poder, y a menudo de etnias no rusas, Putin ha conseguido el primer año mantener la crudeza de la guerra alejada de la cotidianeidad de la mayoría de rusos, y con ello, apoyo o, como mínimo, indiferencia.

En diciembre del 2014 volví como enviada especial a Moscú porque se temía una segunda crisis del rublo como la de 1998. Aproveché para compartir unas horas con una de mis profesoras de ruso. Hacía un año que aumentaba la tensión entre Ucrania y Rusia, fue el año de las movilizaciones en Kiev a favor de estrechar lazos con la Unión Europea y alejarse de la influencia Rusia, el año de la anexión de Crimea por parte de Rusia y la aparición de milicias prorrusas en el este de Ucrania con las que el Kremlin negaba toda vinculación. 2014 fue la semilla de la guerra de Ucrania del 2022 y el inicio de las primeras sanciones de la UE contra Rusia. Yo estaba ávida de escuchar cómo lo estaba viviendo mi profesora rusa, pero de *nacionalidad*, de *etnia*, ucraniana:

> Mi madre no sale a la calle, tiene miedo de que la agredan. Se pasa el día viendo cómo en la tele no hacen más que decir que todos los ucranianos somos unos fascistas. Le pasó el otro día a mi hijo en el instituto, una profesora soltó una arenga contra los *fascistas ucranianos*. Han vandalizado la sede del Centro Cultural de Ucrania en Moscú. Sí, somos ucranianos, pero somos rusos también y, tú lo sabes, Anna, somos unos patriotas. Es una pesadilla lo que está ocurriendo.

¡Lo que darían mi profesora y su familia por volver a 2014! Un año idílico comparado con lo que han sufrido y cómo ha destrozado sus vidas 2022. Lo escribo y recuerdo una previsión alarmante que hizo Arkady Ostrovsky, especialista de *The Economist*: "Cuanto más intente Putin retener el poder, más sorpresas vamos a tener. El final de Putin hará que la década de los noventa nos parezca unas elecciones suizas". Lo dijo en enero del 2018, en el seminario que anualmente organiza el CIDOB en Barcelona, presidido por Javier Solana. Tres meses después, en otro seminario sobre Rusia, el analista ruso Arkady Moshes, del Instituto Finlandés de Asuntos Internacionales, resumió así las casi dos décadas, entonces, de Vladímir Putin en el poder: "El primer Putin fue un presidente de paz, que iba a mejorar las condiciones de vida de los rusos; el segundo es el dirigente de un país en guerra".

3. НЕ ЗАБЫВАЙТЕ РОССИЮ (NO OLVIDÉIS RUSIA)

El último día de corresponsal en Moscú, en octubre del 2000, Natasha nos regaló un CD. Natasha era la contable, de expresión triste, vida dura y salud endeble. Fumadora. Y prácticamente sorda. Natasha desprendía ternura y el primer invierno —la vida en Rusia se mide en inviernos— apareció una mañana con dos pares de calcetines de lana virgen para ver si evitaban que mis pies se congelaran, unos calcetines tejidos por aquellas *babushkas* (abuelas) que vendían lo poco que tenían en los pasadizos del metro. El disco que nos regaló Natasha como despedida es un compendio de canciones tradicionales rusas; en el estuche está aún la nota que pegó en ruso y en castellano: "No olvidéis Rusia".

No la hemos olvidado. No la he olvidado. Los sinsabores y los momentos felices. Unos años intensos en los que todas las emociones fueron profundas, extremas: la frustración, la impotencia, la tristeza, la pena, el frío, el alcohol, la belleza, el amor al arte.

Explicaba Anatoli Ribakov, en aquella entrevista que le hice en diciembre de 1990, que la URSS era el país donde más literatura se leía "no porque los libros sean muy baratos, sino porque a lo largo de su historia los ciudadanos no han recibido información. Ni con los zares ni con el poder soviético hemos tenido prensa libre. Lo único que nos ha permitido desarrollo intelectual han sido los libros. Con la liberalización de la prensa la gente dedicará su tiempo a los periódicos, las revistas y la televisión. Solo en casos de gran calidad literaria o gran interés histórico leerán libros".

Sí, la Rusia que yo conocí era una Rusia que amaba la literatura, que recitaba un sinfín de poesías de memoria y adoraba la música. Se me agolpan

en el recuerdo escenas que me admiraron. La ternura y la melomanía de una *babushka* con su nieto, pegados ambos al foso de la orquesta antes de que empiece la representación de *El lago de los cisnes*, que le va explicando al niño a qué personaje corresponde cada melodía mientras los músicos afinan. El buen ambiente en el bar-restaurante Maestro y Margarita, donde un pianista y un violinista extraordinarios combinaban magistralmente la música y el humor. ¡El humor! Y en invierno esas pistas de hielo improvisadas sobre cualquier descampado o lago helado. Basta con barrer la nieve que ha caído sobre la capa de hielo y ya está lista la pista para jugar al hockey, patinar o practicar cualquier otro juego improvisado sobre esa pista resbaladiza. En junio, las noches blancas en San Petersburgo con su espectáculo de miles de personas agolpadas cerca de los puentes sobre el Neva, o en barcas propias o alquiladas, para disfrutar el momento mágico en que todos los puentes se abren, se levantan, y una extraordinaria flota civil los cruza con un ensordecedor sonido de sirenas. O los conciertos de campanas en algunas de las iglesias recuperadas y reconstruidas. Fascinante. "¿En qué otro lugar vivirías estas experiencias?".

Moscú fue mi primer destino como corresponsal y dejó un impacto profundo en mí. Profesional, pero, sobre todo, emocional. Ser testigo cotidianamente del desprecio absoluto del poder por la vida de las personas a quienes debe gobernar, la ausencia del concepto de ciudadanía con derechos, me producía una mezcla de rabia y congoja. Y también miedo. Recuerdo el alivio cada vez que pasaba sin problemas la aduana de salida en el aeropuerto de Sheremetyevo para salir. ¡Uf, no me han retenido! Y el suspiro cuando embarcaba en un avión de compañía extranjera. ¡Ya estoy fuera! ¿Porque yo era joven? Seguro que eso influyó, pero más de dos décadas después puedo decir que no fue el factor principal, porque he vuelto después, más adulta, más veterana, y he reencontrado la misma lógica del poder y el mismo desamparo de quienes nada tienen, y me ha producido la misma congoja, el mismo nudo en el estómago. Ahora, en este final del 2022, me llega cercano el mismo desespero de las madres con hijos en edad de ser reclutados por el ejército. Si el personaje que interpreta Federico Luppi en la película *Martín (Hache)* dice eso de que Argentina "no es un país, es una trampa", de Rusia muchos podrían, podríamos, decir que es una cárcel. Una

cárcel grande, inmensa, fascinante, pero cárcel.

EPÍLOGO

Escribiendo este libro he vuelto a mirar aquel programa especial de TVE, *Moscú diciembre 1990*, cuando pisé Rusia por primera vez, y con la perspectiva de treinta y dos años me ha resultado premonitoria una reflexión del escritor Anatoli Ribakov: "Sobre los soviéticos pesan todavía las secuelas de la era estalinista, castradora de toda iniciativa personal. Despojarse de ellas les llevará años".

Terminaré con dos citas más, una de la bielorrusa Svetlana Alexiévich, merecidísima premio nobel de Literatura en 2015, imprescindible cualquiera de sus libros para meterse en la mentalidad y la cotidianidad de la Unión Soviética: "En el fondo somos guerreros. Porque estamos en guerra o nos estamos preparando para hacerla. Nunca hemos vivido de otro modo. De ahí viene nuestra psicología militar. Incluso en tiempo de paz todo era como en la guerra".

La otra cita es de un testimonio recogido por Monika Zgustova, en su libro *Vestidas para un baile en la nieve*[12], que le da la razón a Ribakov:

> Rusia sigue siendo la misma que cuando la conocíamos en la Unión Soviética, aunque haya cambiado de nombre, de bandera, de himno y de líder. [...] En la Rusia de hoy encuentro mucha pomposidad, además de una injusticia galopante a todos los niveles, la misma arbitrariedad que antes y una hipocresía como no he visto en otras partes. Pero lo peor de todo es el olvido, la amnesia organizada desde arriba. Y muchos, la mayoría, aceptan obedientemente la obligación de olvidar.

Natalia Gorbanévskaya, disidente y superviviente del Gulag, en París, a finales del 2012, Vladímir Putin iba a cumplir doce años en el poder (como presidente o como primer ministro manejando a Dmitri Medvedev). En el

momento de cerrar este recuerdo de la ascensión a la cumbre política de aquel desconocido, Vladímir Putin ha cumplido veintitrés años al mando de Rusia, y el juego de *matrioshkas* que me traje de recuerdo aquel año sigue vigente: la muñeca grande es Putin y al abrirla del interior van saliendo, uno tras otro, Yeltsin, Gorbachov, Chernenko, Andropov, Breznev, Jrushov, Stalin, Lenin y el zar Nicolás II. Del imperio zarista a la Rusia de Putin, pasando por la Unión Soviética, todos eslabones de una misma cadena, y nadie se atreve a predecir cómo evolucionará la serie de *matrioshkas*.

Badalona-Madrid, enero del 2023

AGRADECIMIENTOS

A Los Libros de la Catarata, por invitarme a escribir este libro.

A Adriana y Ángel, por acogerme en su *pinche patio* para arrancar este proyecto.

A Pilar, Carol, Rachel, Mónica, Marta, Yolanda, Anne, Manolo, Joan-Pere y mis padres, por sus ánimos y consejos.

A Luis Rivas, por acercarme con mejor mirada a Tata.

A Carmelo, por no hacerme caso aquel verano de 1998 y apoyarme en esta incursión literaria.

Y sobre todo, a todas aquellas personas, ciudadanos de la antigua URSS, que con su confianza y generosidad me han ayudado a acercarme a su cultura, su tradición y sus sentimientos.

NOTAS

1 . Oscar a la mejor película de habla no inglesa en 2006, el protagonista es un espía de la Stasi, la policía secreta de la RDA, dedicado a escuchar las conversaciones en domicilios privados.

2 . Svetlana Alexiévich, *El fin del 'Homo sovieticus'*, Acantilado, Madrid, 2015.

3 . Los apartamentos compartidos de la era soviética, donde a cada familia le correspondía una sola habitación.

4 . Uno de los apelativos de Iosif Stalin.

5 . *Zorba, el griego* (1964), película protagonizada por Anthony Quinn, con guion y dirección de Mihalis Kagogiannis, célebre por la escena del *sirtaki;* en la escena anterior, el teleférico que ha construido Zorba para transportar troncos se derrumba el día de la inauguración.

6 . Gregor Samsa es el protagonista de la novela *Metamorfosis*, de Franz Kafka.

7 . Casa tradicional rusa construida con troncos de madera.

8 . Joaquín Luna, "El joven Putin en Barcelona", *La Vanguardia*, 3 de marzo de 2022; Cristian Segura, "Los inicios corruptos de Putin en la Barcelona olímpica", *El País*, 22 de mayo de 2022.

9 . "De Lenin a Pedro I y de Einstein a Napoleón", *El País*, 7 de agosto de 1999.

10 . Anna Politkovskaya, *Una guerra sucia: una reportera rusa en Chechenia*, RBA Editores, Barcelona, 2003.

11 . *Pepe Gotera y Otilio, chapuzas a domicilio*. Personajes de cómic creados por Francisco Ibáñez.

12 . Monika Zgustova, *Vestidas para un baile en la nieve*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017.